



*V*ENDIDA  
COMO  
*M*ERCANCÍA

BRENNNA DAY

# INDICE

[Prólogo](#)  
[DUMAR](#)  
[Capítulo 1](#)  
[BELLA](#)  
[Capítulo 2](#)  
[DUMAR](#)  
[Capítulo 3](#)  
[BELLA](#)  
[Capítulo 4](#)  
[DUMAR](#)  
[Capítulo 5](#)  
[BELLA](#)  
[Capítulo 6](#)  
[BELLA](#)  
[Capítulo 7](#)  
[DUMAR](#)  
[Capítulo 8](#)  
[DUMAR](#)  
[Capítulo 9](#)  
[BELLA](#)  
[Capítulo 10](#)  
[BELLA](#)  
[Capítulo 11](#)  
[DUMAR](#)  
[Capítulo 12](#)  
[BELLA](#)  
[Capítulo 13](#)  
[BELLA](#)  
[Capítulo 14](#)  
[DUMAR](#)  
[Capítulo 15](#)  
[BELLA](#)  
[Epílogo](#)  
[DUMAR](#)  
[Más de Dumar y Bella](#)

[La Secretaria del Jeque](#)

[Capítulo 1](#)

[LUANA](#)

[Capítulo 2](#)

[ZADIR](#)

[Esposa Humillada](#)

[Capítulo 1](#)

[NADIA](#)

[Capítulo 2](#)

[IBRIEL](#)

[Copyright](#)

# Prólogo

# DUMAR

Nubes de polvo oscurecen el sol y paseo mi vista por el campo adyacente al palacio de Zadir. Mis guerreros están en fila, decenas de miles de hombres ordenados en batallones, pendientes de mi orden de partida.

Respiro profundamente y mi caballo relincha con la misma ansiedad que siento yo por ponerme en marcha.

Estoy listo para la guerra.

Saludo al jeque que se encuentra en la cima de las gradas junto a su esposa Luana. Mi amigo y yo nos miramos en silencio reconociendo que esta podría ser la última vez que nos vemos. Los demás soberanos que han llegado desde los reinos aliados me miran con una mezcla de admiración y pavor. Me doy la vuelta y levanto una mano por encima de mi cabeza. De inmediato oigo la respuesta: el sonido de miles de hombres cuadrándose ante mí. Como comandante del ejército de Nueva Abisinia, es mi deber conducir a estos hombres a la victoria en tierras lejanas e inhóspitas. No es la primera vez que lo hago. Pero si todo sale bien esta será la última.

Desde hace unos meses he comenzado a pensar seriamente en retirarme del ejército para formar una familia. El problema es que no había conocido a ninguna mujer lo suficientemente especial para motivarme a abandonar mi carrera por ella...

Hasta ayer por la tarde.

Cuando vi a la princesa por primera vez supe que debía ser mía.

Joder, desde aquí puedo verla y tengo que hacer un esfuerzo para concentrarme y no mirar en su dirección todo el tiempo. A la derecha del jeque Zadir se encuentra el rey Darío y sus tres jóvenes hijas. Pero únicamente ella existe para mí. Su nombre es Bella y de inmediato me vi atraído por ella de una manera irracional, casi obsesiva. Es algo más baja que sus hermanas y, a diferencia de ellas, no parece disfrutar de esta clase de ceremonias públicas. No la he visto sonreír ni una vez y eso intriga aún más mi curiosidad de macho.

Tampoco es morena como sus hermanas, su cabello lleno de rizos tiene el color de las espigas de trigo y lo lleva recogido en un moño. Y aunque intente ocultarse tras una fachada de reserva y timidez, sus grandes ojos verdes brillan con un fuego que indica un carácter indómito y rebelde.

Ayer por la tarde en varias ocasiones la sorprendí echando miradas furtivas

en mi dirección mientras hablaba con mis generales ultimando detalles y pasaba revista a mis tropas. Ahora vuelve a hacerlo, pero al sorprenderla enseguida agacha sus ojos mirándose la punta de sus sandalias. No podría decir si la princesa me mira con admiración o con desprecio. El hecho es que me mira con interés y eso es todo lo que importa.

Será un desafío de lo más interesante transformar su desprecio en admiración, y su admiración en amor...

¡Maldita sea, Dumar!, ¿puedes centrarte en tu puñetero trabajo? Me vuelvo hacia mis hombres recriminándome interiormente y doy la orden para que los caballeros y príncipes que integran mis tropas inicien el desfile protocolar frente a las gradas para saludar a los monarcas.

Por el raballo del ojo veo que las hijas de Darío se ponen en pie. Serán las encargadas de entregar la rosa que simboliza la victoria a cada príncipe que combatirá por Nueva Abisinia. Entre los cientos de miles de soldados a mi cargo hay príncipes de varios reinos que se han alistado en mi ejército buscando nuevas aventuras y, sobre todo, hambrientos de gloria. Yo no hago ninguna diferencia entre ellos. Trato a todos mis guerreros con la misma fiereza, y los príncipes lo saben y aceptan mis reglas. Pero en ceremonias oficiales ellos aún tienen privilegios de los que los demás soldados no gozan. O debería decir no gozamos, porque aunque soy el comandante y tengo poder de mando sobre todos ellos, no soy príncipe. Eso quiere decir que para la élite gobernante soy igual a cualquier otro soldado raso. Por ello debo permanecer a un lado aguardando hasta el último momento mi turno para acercarme a ella. Aprieto mis labios mientras observo cómo la princesa Bella se inclina para entregar la rosa a cada príncipe que pasa delante de la tarima. Ellos a su vez cogen su mano y se la besan como indica el protocolo. La furia recorre mi cuerpo y rechino mis dientes cada vez que los sucios labios de uno de aquellos príncipes manchan su piel inmaculada.

A pesar de ello intento mostrarme lo más frío posible. Mi expresión no refleja ninguna emoción más que el rictus de severidad que me caracteriza. Después de todo soy un guerrero entrenado y puedo autocontrolarme como pocos. ¡Pero la verdad es que lo estoy pasando fatal! Aprieto los puños y contraigo mis músculos pensando únicamente en llevármela lo más lejos posible y encerrarla conmigo para que ya no pueda besar a ningún otro hombre más que a mí. Mierda, ¿desde cuándo te pones así por una mujer a la que ni siquiera conoces? Yo no suelo actuar de esta manera, ¿qué coño me está sucediendo? Sacudo mi cabeza intentando volver a la normalidad.

Ya han pasado los príncipes y solo quedo yo, así que con paso marcial hago avanzar mi caballo hacia las gradas. Mis ojos están puestos en la princesa. Su figura es menuda pero mi ojo experimentado anticipa unas curvas de lo más sensuales debajo de su vestido negro lleno de volados y ornamentos inútiles. ¡Dios mío, cómo se lo arrancaría de un tirón si tuviera la oportunidad de estar a solas con ella!

Al detenerme frente al rey Darío éste reconoce mi presencia con un movimiento imperceptible de su cabeza. Es un saludo frío y forzado. Enseguida aparta su mirada desviando la vista al suelo como si me temiera. Me encojo de hombros restándole importancia y avanzo hacia el sitio donde Bella me dará la rosa. La veo iniciar el movimiento para acercarse a mí pero en ese momento las manos del rey se posan con firmeza sobre sus delicados hombros indicándole que regrese a su lado. Increíblemente me quedo observándole con los ojos entrecerrados pero el maldito rey ni siquiera se digna a devolverme la mirada.

¿Me trata como a una mierda solo por no ser príncipe? ¡Soy el maldito comandante del ejército más numeroso y terrible de la región! ¡Tengo en mis manos el destino y la vida de cientos de miles de hombres! ¿Cuántos soberanos darían un brazo por estar en mi posición?

Cabreado me doy la vuelta dejando atrás las gradas, pisoteando con mi caballo las rosas que han quedado esparcidas en el suelo. Esto solo confirma lo que ya sé, pienso con amargura, en el mundo social de apariencias y formalidades, equivalgo poco menos que a un leproso, y el rey jamás me dará la mano de su hija.

Estoy alejándome del lugar cuando de repente un nuevo pensamiento me asalta traspasándome como un rayo. ¿Desde cuándo debes pedir permiso a alguien para obtener lo que quieres? Nadie jamás te ha detenido, ¿por qué ahora dejas que un viejo te falte el respeto de esta manera?

Con resolución tiro de las riendas de mi caballo y regreso sobre mis pasos hasta volver a ponerme delante del rey y sus hijas. Sin desmontar me inclino para recoger una de las rosas que han quedado en el suelo y se la ofrezco a mi princesita que abre sus ojos como platos sonrojándose hasta la raíz del pelo. Su rubor la vuelve cien veces más apetecible. A su lado, sus hermanas se inclinan sobre ella alarmadas para murmurar advertencias en su oído, y el rey me fulmina echando chispas por los ojos. Por un momento Bella mira a su familia sin saber qué hacer. Expectante contengo la respiración. Para sorpresa de todos ella alarga su mano hacia mí. Sus finos dedos temblorosos apenas

rozan los míos, pero ese contacto basta para que ella retire su mano como si mi piel le quemara. Como si en vez de una flor le estuviera ofreciendo la manzana del pecado. Súbitamente abochornada se vuelve a mirar a su padre mientras éste tira de ella para protegerla de mí.

Dejo la rosa a los pies de la princesa y me vuelvo para mirar al rey.

—Será mejor que la cuides como a un tesoro —le advierto siseando entre dientes, hablándole con una insolencia que quizás nadie se haya atrevido a emplear para dirigirse a él—. Y será mejor que le reces a tu dios para que yo no regrese con vida de esta guerra.

Al ver la expresión confundida del rey río entre dientes mirando a mi Bella por última vez antes de alejarme de allí.

Vale, así es como el rey Darío ha querido jugar a este juego, me digo azuzando mi caballo para ponerme al frente de mi tropa. Pues me da igual, escupo al suelo con un gesto de desprecio.

Le pese a quien le pese Bella será mía. Me he robado el tacto de sus dedos sobre mi piel y me llevo sus ojos verdes grabados a fuego en mi mente. Serán mi acicate para aplastar al enemigo y regresar cuanto antes con una victoria que me permita reclamar a la princesa como mi mujer. Calmar mi necesidad de poseerla en cuerpo y alma. De protegerla como ningún otro hombre podría hacerlo.

Después de todo siempre obtengo lo que quiero, me sonrío con malicia. Y jamás he deseado algo con tanta ferocidad como deseo a esta dulce y sensual princesa.

—¡Adelante! —doy la orden final con voz potente y de inmediato mis soldados se ponen en marcha mientras suenan las fanfarrias y nos despiden por todo lo alto.

Hasta muy pronto, mi dulce princesa.

Estaré pensando en ti.



# Capítulo 1

# BELLA

Un año después...

—No es posible. Debe haber un error —me repito mirando por la ventana como si temiese que en cualquier momento pudiera llegar Dumar, el hombre que ha hecho el arreglo con mi padre para comprarme.

Mi hermana Theresa salta de la cama.

—No es ningún error. Te quiere a ti y eso lo ha dejado claro.

Mi hermana Sara me mira resoplando.

—El único error es no haber aceptado al príncipe Ferdinand cuando te pidió en matrimonio.

Me muerdo el labio inferior pensando que igual tiene razón. Debí haber aprovechado cuando las cosas marchaban bien y mi padre era un rey popular y querido, sin deudas ni problemas. Después de todo Ferdinand es uno de los príncipes más importantes de la región y yo no soy precisamente una de esas princesas deslumbrantes por las que los hombres se vuelven locos. Más bien todo lo contrario, soy bastante retraída y no me gusta ser el centro de atención.

Cuando el príncipe Ferdinand me pidió como esposa le rechacé porque no quería separarme aún de mis hermanas pequeñas. No estaba preparada para la vida en matrimonio. A mis veinte años creía que tendría varios años por delante antes de tener que casarme con alguien. Pero ahora con casi veinticuatro me encuentro en una situación que jamás hubiera anticipado.

—Mira el lado positivo. Al menos con él no te faltará el dinero—comenta Theresa tratando de hacerme sentir mejor. Me vuelvo para mirarla con el ceño fruncido.

—¿De veras crees que me importa su dinero?

Sara se pone en pie.

—Pues entonces estás fregada porque dinero es lo único que podrá ofrecerte ese troglodita —dice cruzándose de brazos—. Me dan escalofríos de solo imaginarme a solas junto a ese hombre...

—¿Qué sabes tú?—interviene Theresa fulminando a Sara con la mirada antes de venir a sentarse a mi lado—. Nada de lo que dices ocurrirá. Déjala en paz —luego me mira a mí y me abraza dándome ánimos—. Tú no le hagas caso. Verás que todo saldrá bien.

La miro con incredulidad.

—Sara puede ser una borde pero en el fondo tiene razón. ¡Yo no quiero irme con ese monstruo! ¡Quiero quedarme a vivir aquí con vosotras! Quiero mi cuarto, mis vestidos, mis juegos y paseos. ¿Acaso es tan difícil que nuestro padre lo comprenda?

Sara y Theresa se miran frunciendo la nariz.

—Pues como las cosas continúen así, acabará vendiéndonos a las tres — dice Sara con amargura.

Theresa suspira con sus grandes ojos de cervatillo.

—Padre solo quiere lo mejor para nosotras.

Miro a mi hermanita enarcando una ceja con incredulidad.

—Querrás decir para vosotras dos. Porque entregarme a ese bruto es lo peor que podría haberme hecho —digo apoyando mi barbilla sobre mis manos—. ¡Dios mío, mi vida está arruinada!

Theresa desvía su vista sin responder porque sabe que tengo razón. Ellas se quedarán aquí y todo seguirá igual hasta que algún príncipe azul llegue a pedir las en matrimonio para llevárselas luego a un sitio civilizado donde serán tratadas como reinas y vivirán felices para siempre.

En cambio yo ya no podré tener nada de todo aquello. Estoy condenada a pasar el resto de mis días entre salvajes junto a ese bruto que ha dejado claro con su comportamiento ruin que no tiene ningún escrúpulo en hacer lo que sea por salirse con la suya.

Sara hace un gesto restándole importancia a mis palabras.

—¡Bella, por favor no seas tan dramática!

Theresa gira su cabeza hacia ella con una mirada asesina indicándole que calle y Sara se encoge de hombros. A continuación Theresa coge su portátil de la mesilla y lo coloca sobre mi falda.

—Mira, no todo es tan malo como parece. ¿A que es guapo?

Echo un vistazo a la imagen que aparece en la pantalla. Es el mismo tío grandote y serio que tiempo atrás vi en Nueva Abisinia. En la foto sale con su uniforme de la guardia real y destaca por su altura y por su cuerpazo, debe medir al menos dos metros, yo diría que bastante más, con unos brazos y piernas increíblemente musculosas, y de espaldas tan amplias como una pared.

Suspiro con un estremecimiento que me recorre el cuerpo entero. ¡Es un gigante y yo soy tan pequeña que a su lado me siento casi insignificante! Dios mío, no comprendo cómo alguien así puede haberse fijado en mí. ¿Qué

podría ofrecerme semejante bruto? Somos tan distintos que no debería encontrarlo atractivo. Y sin embargo...

Vuelvo a mirar la imagen y la amplío aún más para concentrarme en su rostro que parece tallado en bronce. Es moreno y lleva el pelo corto y algo revuelto al estilo de los hombres de su país. Su mandíbula es cuadrada y fuerte, su nariz es agradable aunque su tabique parece estar ligeramente torcido, como si se lo hubiese roto en plena batalla.

Al llegar a sus ojos debo detenerme para tragar saliva. Madre mía, recuerdo esa mirada lobuna... Aquellos ojos grises, casi transparentes, recorrían mi cuerpo de arriba abajo con insolencia, como si ya en aquel momento estuviera poniéndome precio. Amplío la foto en la pantalla y noto que tiene una ceja partida. Me estremezco porque ese detalle solo logra acentuar aún más su aire misterioso y atormentado.

Tuerzo la boca y niego con la cabeza. No, este hombre no se parece en nada a mi ideal de chico guapo. De niña crecí esperando al príncipe azul y me lo imaginaba con cara de ángel, espigado, gentil y de buenas maneras. Un príncipe dispuesto a cortejarme, que se interesara por mis aficiones y me conquistara con su conversación inteligente y respetuosa. En resumidas cuentas, un hombre inofensivo.

Pero este hombre no tiene nada de inofensivo, me inquieta a tal punto que jamás querría estar a solas con él.

—¿Qué te parece? —pregunta Theresa dándome un codazo. Le miro con expresión preocupada.

—Pues que sigue pareciéndome un bruto.

Ella chasquea la lengua impaciente y se pone a buscar entre las otras fotos que aparecen en internet.

—Fíjate, aquí sale más favorecido, no digas que no.

—Mmm... —dudo pero ya no quiero seguir mirando sus fotos. Me resulta tan peligroso que prefiero alejarle todo lo posible de mis pensamientos.

Theresa me mira y frunce el entrecejo.

—Creo que le has tomado ojeriza, hermana, porque yo no lo veo tan mal.

—Pues quédate con él si tanto te gusta —digo levantándome mosqueada.

Mi hermanita levanta su vista de la pantalla para seguirme con la mirada.

—¡Pero es que este hombre se ha gastado una pasta para estar contigo, Bella!

Bajo la vista sonrojándome. Cada vez que recuerdo que Dumar ha pagado una fortuna solo para vivir conmigo, me abochorna tanto la idea que desearía

que me tragara la tierra.

Con un bufido Sara se deja caer en la cama y perdiendo la paciencia nos mira con ojos irónicos.

—¡Qué narices importa que sea guapo! No es más que un soldado que ha hecho su fortuna en una guerra. No es un príncipe y por consiguiente no puedes casarte con él. Eso jamás cambiará. Te ha comprado, Bella, ¿sabes lo que eso significa? ¡No serás su esposa, serás su...!

Theresa se lleva su mano a la boca y Sara se detiene antes de decir una barbaridad.

—¡Calla Sara, eres una borde! —chilla Theresa con lágrimas en los ojos.

Mi hermana se sonroja dándose cuenta que acaba de pasarse tres pueblos.

—Perdona, Bella, es que no quiero que te vayas con ese tío. Tú te mereces un príncipe que te ame y respete.

Miro a mis hermanas y suspiro. Ellas no tienen la culpa. Las pobrecillas están tan confundidas como yo, que llevo días dándole vueltas a la cabeza sin ver una salida clara a esta situación.

—Venga, darme un abrazo —les digo y las dos se abalanzan sobre mí. Durante un rato nos abrazamos haciéndonos cosquillas y riendo nuevamente como cuando éramos felices y no teníamos este tipo de problemas.

Sara sonrío y me aparta un mechón de la frente.

—Todo esto pasará y al final del camino te encontrarás con tu príncipe azul, ya lo verás.

Theresa se entusiasma.

—¡Tú no te preocupes, nosotras te ayudaremos a escapar de ese bruto! Aunque debamos cavar un foso de tres metros y tenerte escondida allí durante años.

—Vaya, pues gracias —repongo irónica—. Vivir en un foso durante años es lo último que me faltaba...

En ese momento suena un portazo que hace que las tres peguemos un bote en la cama. Un grupo de guardias irrumpe en nuestra habitación y sin decir agua va comienzan a abrir los cajones del armario desordenándolo todo y sacando mi ropa para meterla luego dentro de una maleta.

—¿Qué narices es esto? ¡Dejar aquello en su sitio! —exclamo al ver que comienzan a sacar mis braguitas del cajón de la ropa interior.

Teresa se arroja contra uno de los guardias y se monta sobre sus espaldas gritándole al oído.

—¡¿Acaso eres sordo?!

—Solo cumplo órdenes, Alteza —el hombre masculla entre dientes y continúa metiendo ropa en la maleta como si nada.

Cuando otro de los guardias acude al rescate de su compañero cogiendo a Theresa del brazo, Sara salta de la cama como una fiera y embiste contra él. El hombre se la quita de encima sin ceremonias y Sara cae de culo sobre la moqueta jadeando indignada.

—¡Me has lastimado, bastardo! ¡Veremos que dice mi padre cuando le cuente que le pegas a sus hijas!

—Pues diré que las tres necesitáis un buen zarandeo —dice mi padre entrando en el dormitorio con el entrecejo fruncido y señalando a mis hermanas con un dedo acusador añade—. Si ya habéis acabado de hacer el payaso, dejar trabajar a mis hombres en paz.

Sara mira a mi padre con la boca abierta antes de ponerse a chillar como una marrana.

—¡Deprisa! —ordena mi padre a los guardias sin hacer caso de Sara, mirando su reloj y chasqueando la lengua impaciente.

Theresa viene a mi lado y se abraza a mí con ojos llorosos. Mis ojos también se llenan de lágrimas al darme cuenta que esta es nuestra despedida.

—¡¿Dónde la lleváis?! —pregunta Theresa desesperada al ver que los guardias me cogen separándome de ella, pero a pesar de sus protestas los guardias logran sacarme del dormitorio por la fuerza arrastrándome por los pasillos a toda prisa. Mi padre viene detrás meneando su cabeza como si se avergonzara del comportamiento de sus hijas.

Salimos del palacio y mientras los guardias meten mis cosas en el maletero de un coche negro sin distintivos oficiales, mi padre abre la portezuela e intenta empujarme dentro pero yo me resisto agarrándome del marco con todas mis fuerzas. Finalmente deben acudir los guardias en su ayuda y entre todos logran meterme a la fuerza en el asiento trasero dando luego un portazo.

Mientras mi padre se sienta en el asiento del copiloto, lloro y pataleo golpeando el respaldo de la butaca. Se vuelve en mi dirección resoplado exasperado.

—¡Desagradecidas! ¡Eso es lo que sois! ¡Después de todo lo que me he sacrificado por vosotras!

Tras recriminarme se vuelve hacia el chófer haciéndole un gesto para que se ponga en marcha de inmediato.

Me hago un ovillo en un rincón de la amplia butaca mirando a mi padre

con odio sin poder creerme que me esté haciendo esto.

—Limpia tus lágrimas y arréglate el cabello. No quiero que mi hija vaya dando lástima por ahí —luego añade entre dientes para sí aunque alcanzo a escucharle—. No vaya ser que Dumar se arrepienta y acabe devolviéndote...

En un último intento desesperado por salir de aquí me aferro a la manilla y sacudo la puerta con furia pero el chófer ha activado los cerrojos y acelera el coche haciendo chirriar los neumáticos en la gravilla. Giramos alrededor de la gran fuente redonda para enfilarse la larga avenida de entrada. A lo lejos los portones automáticos que custodian la entrada comienzan a abrirse lentamente. Los guardias saludan a mi padre con una reverencia mientras salimos a la calle poniendo rumbo quién sabe dónde. Me siento como una mercancía con destino a un sitio infernal y tiemblo de miedo imaginando el momento de encontrarme con el bruto que me ha comprado.

Cierro los ojos y puedo ver su rostro acercarse al mío, traspasándome con sus malditos ojos grises, mientras la sombra de su cuerpazo se cierne amenazante sobre mí como una tormenta.

## Capítulo 2



# DUMAR

—Te echaremos de menos.

Miro a mi mejor amigo y a su esposa y asiento con la cabeza removiéndome incómodo en mi sitio. ¡Maldición!, nunca pensé que la despedida fuese tan difícil. Tengo un puñetero nudo en la garganta y no sé qué hacer con él. Jamás me emociono. Pero es que nunca nadie me había dicho tan abiertamente lo importante que puedo ser para alguien. Y ahora, al dejar a mis únicos amigos en el mundo, a las únicas personas a quienes les importo de verdad, siento un gran peso en mi alma. Otro dolor más con el que cargar...

Mierda, tengo que dejarles ahora mismo o acabaré comportándome como un idiota.

A lo mejor en un futuro podría traer a Bella aquí y pasar un tiempo en el palacio con ella. No, eso sería imposible, tendría que dar demasiadas explicaciones, y no soy un hombre al que le guste explicarse.

Luana me mira con preocupación.

—¿Estás seguro de esto?

—Es lo que debo hacer.

Ella me mira asintiendo antes de añadir.

—¿Sabes? Eres tan cabezota como mi esposo. Compadezco a esa pobre princesa que se ha enamorado de ti. Pobrecilla, no sabe dónde se mete.

Aunque sus palabras son en tono de broma, se clavan en mi pecho como cien dardos envenenados.

Joder, te has convertido en un despreciable mentiroso, me digo mientras me recuerdo por enésima vez que debo evitar preguntas sobre mi relación con la princesa Bella. El acuerdo comercial es un secreto y he prometido al rey no divulgarlo. Esa fue la condición principal para finalizar la transacción y sellar el acuerdo.

Coño, estoy arriesgando mi posición y mi capital por una mujer que ni siquiera me quiere.

*Aún*, me corrijo rápidamente. No me quiere aún. Será mi deber asegurarme que aprenda a hacerlo.

Miro a mis amigos forzando una sonrisa.

—Pues ella no se ha quejado hasta ahora —miento con descaro.

Luana pone una mano en su cintura y ladea su cabeza para mirarnos a los

dos con una sonrisa.

—Sois unos cabritos, ¿verdad?

Zadir me mira con complicidad antes de abrazar a su esposa por la cintura.

—Pero te encanta, nena, no digas que no.

Luana acaricia su rostro.

—Sabes que sí.

Ese pequeño gesto de amor remueve algo en mi interior. Envidia. Una feroz necesidad de que la princesa Bella me admire y me ame de esa manera. La necesidad de hacerla mía en cuerpo y alma.

Entonces el corazón se me encoge dolorosamente porque para ella solo soy un canalla despreciable. Aunque el rey ha aceptado entregarme a la princesa por un precio, sé muy bien que me he apropiado de ella contra su voluntad.

Si quiero hacerla mía, verdaderamente mía, y no solo poseerla como una mercancía, tendré que trabajar duro para ganarme su confianza.

Tomo aire y miro a Zadir. Para él tampoco ha sido nada fácil su relación con Luana. Pero si para él fue difícil, para mí es casi imposible.

Desde el momento en que puse mis ojos en la hija mayor del rey Darío supe que ya no me conformaría con ninguna otra mujer. Y que aquello me traería un sinfín de problemas porque no soy un príncipe y eso me impide pedir su mano formalmente. Reconozco que antes de la guerra, hubiera sido insensato pretender a una princesa como Bella, pero ahora las cosas han cambiado. Tras conquistar nuevas tierras y riqueza para mi reino, me he vuelto un hombre acaudalado más allá de todas mis fantasías. Y lo que me ha sido negado a causa de mi humilde linaje, puedo tomarlo por la fuerza usando mi dinero.

Aun así, no puedo evitar sentir una punzada de culpa por lo que estoy a punto de hacer. ¡Joder, si tan solo se me permitiera cortejarla por las vías normales...!

Pero jamás he pedido permiso para nada, mucho menos para reclamar lo que considero mío. Y aunque en un principio deba forzarla a estar junto a mí de una forma tan vil, estoy dispuesto a hacer todo para que Bella acabe entregándose a mí, pues mi corazón sabe que es nuestro destino estar juntos.

Me vuelvo hacia mis amigos.

—Jamás olvidéis que sois familia para mí —les digo.

Zadir sonrío emocionado y me da unas palmadas en la espalda.

—Viejo amigo, se te echará mucho de menos. ¡Pero todo sea por tu felicidad!

Estrecho la mano de mi amigo tragando saliva porque sé que probablemente no regresaré.

Luego me alejo de ellos con todo pesar, entro en mi todoterreno y lo pongo en marcha. Lentamente dejo atrás a mis amigos que continúan despidiéndose de mí con una mano en alto. Al salir de la residencia real y enfilarse la carretera pierdo la sonrisa respirando profundamente por la nariz. Es hora de enfrentar tu destino, me digo apretando las manos sobre el volante.

Pongo en el GPS la dirección del punto de encuentro acordado con el rey. Mi pulso se acelera al pensar en lo que estoy a punto de hacer. Tantas noches pensando en ella, sacando fuerzas de su imagen para resistir el fragor de la batalla. Y ahora que estoy tan cerca de obtener lo que quiero siento que el tiempo se ha detenido. Como si el destino me advirtiese del peligro de tomar algo que está prohibido para mí, una mujer que no debería ser mía.

Pero sé que Bella está destinada para mí. Lo siento en mi sangre y en mis entrañas. Y si algo he aprendido peleando para mi reino en tierras enemigas es que jamás debo ignorar mis instintos.

¿Recibiré eventualmente mi castigo por atreverme a desafiar las convenciones?

El tiempo lo dirá.

Solo una cosa es segura. ¡No pienso detenerme ante nada ni nadie!

Después de varias horas de viaje por carreteras polvorientas la voz del GPS anuncia que estoy llegando al sitio indicado.

Estoy cada vez más cerca de la costa y si cierro los ojos puedo oler el mar. Salgo de la carretera por un desvío. Este sitio es un maldito páramo, no hay señalización ni otras personas a la vista. Giro por un camino de gravilla que desemboca a lo lejos en una playa de arenas amarillas. Soy el único coche que circula por la zona y eso me inquieta. ¿Por dónde demonios llegarán?

Finalmente aparco a metros del mar entre dunas. Aquí es, el sitio convenido. Solo se ven gaviotas, espuma blanca y arena. Tamborileo sobre el volante nervioso mirando hacia todos lados buscando rastros del coche del rey.

Cuando estoy a punto de dar marcha atrás para desandar el camino de repente alguien aparece frente a mi ventanilla. Permanezco alerta al ver a dos tíos de aspecto atlético haciéndome señas para que abra las puertas del coche. Van de civil pero por su postura y actitud asumo que son parte de la guardia real. Con el entrecejo fruncido y mi cuchillo desenvainado presiono el mando para abrir los cerrojos. Sin decir agua va alguien abre la puerta trasera y

arroja una maleta dentro. Unos segundos después veo aparecer a la princesa que aterriza sobre el asiento jadeando de indignación. Antes de que pueda ver quién la ha empujado dentro cierran con un portazo y sin decir media palabra los hombres vuelven a desaparecer detrás de las dunas.

Salgo del coche y corro tras ellos pero no alcanzo a verles por ninguna parte. ¡Pero qué cojones es todo esto!

Comprendo que el rey no haya querido arriesgarse a ser reconocido, pero esta vez el cabrón ha ido demasiado lejos.

Regreso a mi sitio frente al volante y me vuelvo para observar a la princesa con preocupación. Aunque evita mi mirada estirando el vestido sobre sus rodillas, alcanzo a notar que sus ojos están enrojecidos, como si hubiera llorado durante horas, y el rímel se le ha corrido. Sintiendo una repentina punzada de furia me remuevo en el asiento debatiéndome entre ir a buscar a esos hijos de puta que han hecho sufrir a mi princesa o salir de aquí cuanto antes y tomar la carretera para llevármela de regreso a mi tierra.

Finalmente decido calmarme. Debo tener la cabeza fría para trasladarla a salvo hasta mi país. Me vuelvo para mirarla una vez más. ¡Madre mía, es tan hermosa que me quita el aliento! Carraspeo antes de hablarle.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo antes de partir?

Ella alza su barbilla lentamente y se limita a hacer una mueca de dolor. Preocupado me adelanto hacia ella y alargo mi mano con la intención de apartar el cabello de su frente para verla mejor, pero antes de que pueda tocarla ella da un respingo y rápidamente se desliza al extremo opuesto de la butaca, mirándome con sus ojos entrecerrados como si yo fuera una especie de monstruo a punto de atacarla.

—Bella, no voy a hacerte daño.

Ella se encoge contra el respaldo y tiembla como un pajarillo. Joder, me digo pasándome una mano por el pelo. Esta muchacha tiene los nervios destrozados. ¿Qué le han hecho a mi princesa?

Sabía que ella no estaría precisamente feliz de tener que dejar su palacio para venir con un extraño, pero jamás imaginé encontrarla en este estado. Aprieto mis dientes pensando que alguien pudo haberla maltratado y la sangre hierve en mis venas. ¡Mierda!, esto no está saliendo como lo había planeado. Pongo el coche en marcha tratando de ahuyentar esos pensamientos oscuros. Al llegar a la carretera principal el tráfico vuelve a ser normal. No dejo de vigilar a la princesa en todo momento. Por el retrovisor veo que se ha sentado con la espalda erguida y parece algo más tranquila. Respiro aliviado.

Ahora estás conmigo, nena. Y mientras estés a mi lado juro que nadie volverá a hacerte daño.

# Capítulo 3

# BELLA

Dumar conduce en silencio. Hace varios minutos que andamos por la carretera y aún no me atrevo siquiera a respirar por temor a hacer ruido y llamar su atención.

Miro por la ventanilla concentrada en el zumbido del motor casi inaudible. No sé hacia dónde vamos y estoy muy asustada. Hemos salido del reino, de eso estoy segura. Pero es que no conozco las tierras que se extienden más allá de las fronteras de mi país. La parte salvaje, como le llama mi padre, donde gobiernan los jeques del desierto con mano de hierro y las costumbres del pueblo son retrógradas y bárbaras.

Esperaba ver sol y desierto durante quilómetros, pero me sorprende con un prado verde con colinas que se alzan a ambos lados de la carretera. Señales de tráfico indican la distancia entre distintas ciudades con flechas apuntando hacia arriba y hacia los lados. No puedo leerlos porque están escritos en lo que parece ser otro alfabeto. Y eso me hace sentir tan extraña como si estuviera en otro planeta.

Me recuesto en el respaldo cerrando los ojos y unas lágrimas caen por mis mejillas. Madre mía, me siento tan vulnerable... Estoy a merced de este hombre, tiemblo de solo pensarlo. Miro de reojo a mi comprador. No conozco el temperamento de Dumar, no sé si es de fiar ni qué intenciones tiene conmigo...

No seas ingenua, me digo amargamente. Si te ha comprado no será porque quiera tenerte como adorno. Querrá hacerte su mujer en cuanto se presente la primera ocasión. Mis mejillas arden y nerviosa me retuerzo los dedos. Tengo que dejarle claro que sé que ha firmado un contrato y eso significa que no puede hacer conmigo lo que quiera. ¡Eso es! El contrato me protege. Me aferro a esa idea como un náufrago a un leño y muy despacio giro mis ojos en su dirección.

Desde aquí es poco lo que puedo ver de él más allá de las manos sobre el volante y su perfil apenas vislumbrado. Noto que es demasiado grande para caber en su asiento como una persona normal. Su espalda sobresale bastante del respaldo y sus hombros son muy anchos. Los músculos se le marcan a través de la ropa. Me inclino hacia delante imperceptiblemente y advierto que la parte superior de su túnica está abierta, dejando su cuello moreno y parte de su pecho al descubierto. Disimuladamente le estudio hasta que sus ojos

captan mi movimiento y se vuelve hacia mí sorprendiéndome. Sobresaltada vuelvo a recostarme contra el respaldo de mi butaca con el pulso enloquecido. Tomo aire intentando calmarme repitiéndome sin cesar que no puede hacerme daño mientras conduce. Él me mira fijamente con una ceja levantada y tras unos segundos muy incómodos vuelve a girar su cabeza para mirar el camino.

Estoy a salvo... al menos de momento.

De a poco vuelvo a armarme de valor para mirarle nuevamente. Su piel bronceada contrasta con la claridad del lino de su túnica. Lleva el pelo negro peinado hacia atrás y con frecuencia le cae algún mechón sobre la frente que rápidamente aparta soplando el aire por un costado de su boca. Es un gesto que me resulta... muy masculino. Su pelo se ve espeso y sedoso y huele a una mezcla de sándalo y menta. De repente caigo en la cuenta de que nunca antes he estado a solas con un hombre así. Trago saliva y me sonrojo sintiendo que vuelven a encenderse las alarmas en mi mente. Alerta, Bella, recuerda que estás sola con este bruto en medio de la nada. Respiro para calmarme, pero mis rodillas tiemblan sin control.

Dumar es un guerrero, me digo. Un comandante de un ejército poderoso y tiene una reputación que cuidar. No me hará daño. Le conviene respetarme, está en su interés que no me suceda nada malo.

Después de todo, cuando los guardias de mi padre me arrojaron dentro de su coche, él me preguntó si me encontraba bien y se le veía sinceramente preocupado por mí. Y aunque su voz tan grave y profunda me hizo estremecer, no sonó como la voz de un ogro, como cuando aquella vez en Nueva Abisinia le oí gritar las órdenes a su ejército, o como cuando en la misma ceremonia amenazó a mi padre.

Esta vez no necesitó gritar para transmitir la misma sensación de autoridad, para hacerme sentir que Dumar no es un hombre con quien se pueda jugar.

¡Dios mío, no tengo la suficiente experiencia para tratar con semejante hombre! ¿Cómo se supone que deba actuar ante él? Definitivamente no se parece en nada a otros hombres que he conocido, ni a aquellos príncipes europeos que tímidamente me admiraban desde lejos en cenas y galas. Tampoco a los guardias fastidiosos que no saben hacer otra cosa que obedecer órdenes. Ni siquiera puedo compararlo con mi padre, que es un rey pero tiene muchas debilidades.

Dumar es distinto a todos. Aunque no sabría decir exactamente qué le hace tan distinto. No es su porte, ni su aspecto, ni siquiera su voz. Es algo más...



como un aura de poder que repele y atrae a la vez. Una sensación que no sé cómo definir en palabras. Lo único cierto es que desde que le vi por primera vez lo he sentido. En aquel momento me impuso tanto que en los meses siguientes no pude evitar soñar con él casi a diario. Solo recuerdo que eran unas pesadillas de las que despertaba jadeando y con el camisón empapado en sudor, pero de las que nunca podía recordar otro detalle más que sus ojos amenazantes, cuya mirada lobuna me desnudaba sin piedad.

—¿Bella?

Su voz me saca de mis pensamientos y le miro con aprehensión.

—¡No me llames así!

—¿No te llamas Bella?

—Sí, pero solo mi familia lo hace, ¡no quiero que tú lo hagas!

Al terminar de decir esto siento que la sangre abandona mis mejillas y me muerdo el labio inferior. ¿Qué he dicho? ¿Acaso estoy loca?

Dumar me mira seriamente durante unos segundos y luego asiente con la cabeza.

—De acuerdo, su alteza, como usted lo prefiera —dice con un deje de burla que me hace cabrear aún más, pues detesto ese término, nunca me ha gustado que me llamen así, suena tan remilgado, como si yo estuviera en un pedestal inalcanzable. Jamás he creído estar por encima de las demás personas. Estoy a punto de decirle que tampoco puede llamarme su alteza, pero finalmente opto por callar. Ya he hablado demasiado y no quiero seguir tentando la suerte. Él me mira con curiosidad antes de añadir. —Tú puedes llamarme Dumar, si lo deseas. Y también puedes mirarme sin disimulo. No me ofendo tan fácilmente como tú.

Muerta de vergüenza, me hundo en la butaca deseando poder hacer un hueco por el que escabullirme del coche. Pero eso es imposible, estoy atrapada y lo único que puedo hacer para defenderme de este hombre misterioso es apretar mis labios y no volver a decir otra estupidez.

Mientras miro el paisaje por la ventanilla oigo a Dumar reír entre dientes, y aunque estoy tentada de mirarle no le doy el gusto y finjo que no le he oído.

—No eres una gran conversadora, ¿verdad? Da igual, tampoco yo soy de hablar mucho. Prefiero la acción a las palabras.

Me encojo de hombros y no volvemos a hablar durante las siguientes dos horas. Ya no hay valles ni campos a los lados de la carretera. Solo arena y desierto.

De repente Dumar alarga su mano hacia el asiento del copiloto y abre el

cierre de una bolsa de viaje. Según va sacando prendas de la bolsa y tirándolas en mi dirección, las voy cogiendo con los ojos abiertos como platos.

—Son para ti. Escoge la que más te guste y pónstela.

Le miro con incredulidad.

—¿Qué es esto?

—Abayas. Debes cubrirte o podríamos tener problemas.

—¿Me hablas en serio?

Pero Dumar no me responde porque en este momento estamos entrando en el puesto de aduanas. Aunque es pleno día un letrero luminoso pone “Bienvenidos a Qaffi”. Me enderezo alarmada cuando unos policías llegan hasta el coche y Dumar se pone a hablar con ellos. No comprendo ni media palabra pero por sus gestos y miradas deduzco que están hablando de mí.

Asustada miro a Dumar que entrega su cédula de identidad a los hombres. La expresión de los policías cambia de inmediato como si acabaran de reconocerle, y pronto empiezan a hacer reverencias como si estuvieran delante del mismísimo jeque. Pronto dan la orden para que avancemos y nos dan la bienvenida al país con una sonrisa hospitalaria. Respiro aliviada, pero Dumar no sonrío. Sin perder un momento cruza la barrera acelerando y toma uno de los carriles de la autopista alejándose de allí a toda prisa. Me estremezco cuando me mira por el retrovisor.

—Esto no es un juego, Alteza. ¡Ya ponte la ropa!

Miro las prendas esparcidas sobre el asiento. Hay dos túnicas largas, una negra y otra bordó, con algunos brillantes cosidos a la gruesa tela. También hay unos pañuelos de tela oscura que supongo serán para cubrirse una la cabeza. Tuerzo la boca porque hace calor y lo último que me apetece es ponerme una túnica encima de mi vestido. Dumar me observa con impaciencia.

—Será mejor que te des prisa.

Levanto la cabeza y desde otro coche una familia se me queda viendo con reprobación. Les saco la lengua y ellos desvían la mirada avergonzados. Me inclino para mirarme en el espejo delantero. Madre mía, me veo fatal, tengo el maquillaje corrido y el pelo pegado a la frente. Igual si me vendría bien ese pañuelo sobre la cabeza.

—Como no me hagas caso...

—¿Qué harás? ¿Me devolverás como una mercancía defectuosa?

Él me mira fijamente por el retrovisor y yo me tapo mi boca con las

manos deseando poder retirar lo dicho. ¡Es que este hombre me trastorna!

Impaciente se pasa una mano por el pelo y se gira para mirarme a los ojos.

—Me obligarás a detener el coche y ponerte la ropa yo mismo. ¿Quieres eso?

Trago saliva negando con la cabeza.

—¡Pues entonces obedece! Estás en mi país y aquí las cosas no son como tú quieres.

—Lo siento, pero es ridículo tener que cubrirme solo porque a tu gente le apetece.

Él resopla poniendo los ojos en blanco.

—Apuesto a que ni tu padre te aguantaba. Por algo ha decidido ponerte en venta.

Le miro con la boca abierta por la sorpresa. Mis mejillas arden y me muerdo la lengua para no soltar un taco. ¿Quién narices se piensa que es este engreído para hablarme así? Nunca antes me han hablado con tanta insolencia. Levanto la barbilla y busco sus ojos en el espejo retrovisor mirándole desafiante sin pensar en las consecuencias de lo que estoy haciendo.

—¡Vete a tomar por culo! —le suelto roja de furia.

Él se sonríe con una arrogancia que me irrita aún más.

—¿La he vuelto a ofender, su alteza? Pues me alegro porque esa era mi intención. Tienes un concepto de ti demasiado grande. Solo espero que valgas al menos la mitad de lo que tú misma crees que vales —dice mirándome de arriba abajo durante unos segundos y después se echa a reír de forma tan descarada que estallo furiosa.

—¿Y qué clase de hombre eres tú que necesitas comprar a una mujer, eh?

Él pierde la sonrisa de golpe y el silencio entre nosotros se vuelve tan incómodo que me remuevo nerviosa en el asiento esperando cualquier cosa de él. Más insultos, una bofetada, que detenga el coche para abandonarme en el medio de la nada, cualquier cosa. Pero para mi sorpresa cuando vuelve a hablar lo hace en un tono medido, casi indiferente, como si mis palabras no le hubiesen afectado.

—¿De verdad quieres saberlo? Pues te lo diré. La clase de hombre al que se le niega la mujer que ha elegido solo por el hecho de no haber nacido príncipe.

Abro la boca para protestar pero las palabras se enredan en mi lengua. Ofuscada me cruzo de brazos y vuelvo la cabeza hacia la ventanilla. Después

de un rato de contemplar el monótono paisaje cojo abruptamente una de las abayas.

—Vale, no tiene caso discutir por naderías —digo suspirando y me pongo la túnica por la cabeza. —¿Conforme? —le pregunto levantando las manos al aire haciendo sonar mis pulseras.

Él sonrío satisfecho pero me hace un gesto indicando el pañuelo. Pongo los ojos en blanco y me cubro la cabeza con él.

—Es una pena tener que ocultar tu precioso cabello pero es preferible no llamar la atención sobre nosotros.

Frunzo el entrecejo porque no me gusta el tono en que ha dicho eso. ¿Por qué se preocupa tanto por no llamar la atención? ¿Acaso tiene pensado hacerme algo malo? Vuelvo a recordarme que estoy en manos de un bruto sanguinario y que no tengo a nadie a quien acudir en caso de emergencia.

Me vuelvo hacia él con los ojos entrecerrados.

—¿Se puede saber dónde narices me llevas?

Dumar parpadea sorprendido como si acabara de hacerle la pregunta más extraña.

—A mi casa, supongo.

Le miro resoplando con impaciencia.

—¿Supones?

Le veo quedarse pensativo. Tras unos momentos me inclino hacia él con una mueca burlona.

—¿Acaso no sabes dónde vives?

Le observo morderse el interior de la mejilla antes de responder.

—Tengo una casa que era de mis padres, pero no he vivido allí desde los diecisiete años. A decir verdad, ni siquiera estoy seguro que siga en pie —dice encogiéndose de hombros como si tal cosa.

Le miro con la boca abierta.

—Estás de coña, ¿no? ¿Quieres decir que tienes el dinero suficiente para pagarle a mi padre una fortuna, pero no tienes un sitio donde alojarme?

Río incrédula. Él se limita a sonreír enigmáticamente y vuelve la vista al camino.

—Algo así —dice finalmente.

Recuesto mi cabeza en el respaldo de mi butaca mientras pienso en mis hermanas. ¿Qué estarán haciendo en este momento? El sol empieza a caer lentamente sobre el horizonte. El paisaje vuelve a cambiar lentamente. Ahora estamos otra vez en suelos fértiles con sembrados a ambos lados de la

carretera. Los ojos se me cierran del cansancio y bostezo. Madre mía, quién sabe donde acabaré durmiendo esta noche...

De repente abro los ojos como platos porque un pensamiento inquietante acaba de cruzar por mi mente.

La pregunta no es “dónde”, sino “con quién”.

Aterrada observo a Dumar. ¿Acaso me obligará a dormir con él en la misma cama? El pulso se me acelera y los ojos se me llenan de lágrimas. Me obligo a tragármelas porque no puedo mostrarme débil. Tomo aire intentando tranquilizarme. Ya he comprobado que puedo hacerle frente.

No te agobies, tú eres una tía fuerte, me repito tratando de darme ánimos y luego miro de reojo la manilla de la puerta. Alargo la mano tentativamente, pero enseguida me arrepiento. No seas tonta, me digo, no te apresures. Si quieres huir de él debes esperar una mejor oportunidad.

Al llegar a un cruce de caminos Dumar gira hacia la derecha y enfilamos un camino en mal estado. Durante kilómetros avanzamos dando botes y la vibración del vehículo se vuelve insoportable.

—¡Menudos andurriales! —comento haciendo chasquear la lengua.

—No te preocupes. Ya casi llegamos.

Abro los ojos como platos. ¿Que no me preocupe? Estos parajes no lucen como un sitio donde yo pueda vivir. No pienso quedarme aquí, podría ser peligroso. Me vuelvo bruscamente hacia él señalándole con un dedo.

—Si algo malo me sucede será tu responsabilidad y lo pagarás muy caro.

Dumar enarca una ceja.

—Vaya, procuraré recordarlo, su alteza —dice mofándose de mí.

Me cruzo de brazos.

—¡No le veo la gracia!

Él se encoge de hombros.

—No te pasará nada mientras estés a mi lado.

—¡Pues a tu lado o no, no pienso quedarme aquí!

En ese momento el coche da un bote tan fuerte que chillo aferrándome del respaldo de la butaca delantera. Dumar se vuelve para asegurarse de que estoy bien. Luego resopla.

—De acuerdo, encontraremos un sitio apropiado para ti. Te lo prometo —y tras una pausa incómoda durante la que no deja de mirarme por el retrovisor con sus ojos grises entrecerrados añade—. ¿Ahora podrías dejar de berrear como una chiquilla malcriada?

Jadeo indignada ante su desplante.

—¡Eres un insolente! ¿Acaso no te han enseñado a tratar a las damas?

Dumar se encoge de hombros.

—Siempre las he tratado de la misma manera y hasta el momento ninguna se ha quejado. Yo diría que todo lo contrario —sonríe con arrogancia guiñándome un ojo.

¡Esto es el colmo! Le miro roja de furia.

—Pues si te va tan bien con la mujeres, ¿por qué no te quedas con una de ellas en vez de fastidiarme a mí?

Él sopla el aire por un costado de la boca y sonríe con una franqueza que me desarma.

—Porque tú tienes algo que las demás no tienen —sonríe de manera misteriosa antes de añadir—. Tú me das paz.

Me quedo mirándole desorientada porque esa respuesta es lo último que me esperaba que saliera de sus labios.

Sus palabras provocan algo en mí, algo que no puedo explicar pero que hace que mi corazón se acelere. Pero eso provoca que me cabree aún más y le respondo con intención de herirle.

—¡Eres detestable y no quiero saber nada contigo! ¡Tú no me conoces y no sabes con quién te has metido! ¡Yo no te daré paz, te daré guerra! —chillo elevando cada vez más la voz odiándome porque he vuelto a perder los papeles.

Dumar pisa los frenos haciendo chirriar los neumáticos y el coche se detiene bruscamente. Pasando un brazo alrededor del respaldo de su asiento se vuelve hacia mí trasasándome con una mirada de fuego.

—Suficiente, Bella.

Su voz es calma pero su tono autoritario hace que me estremezca hasta los huesos.

—Madre mía —susurro asustada al verle casi abalanzarse sobre mí con su cuerpazo. Se detiene a pocos centímetros de mi rostro. Mis mejillas arden y desvío la vista incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo. La suya es una presencia avasallante y aunque me resulte el hombre más odioso del mundo, tenerle tan cerca hace que mi vientre se contraiga de un modo indebido.

En el silencio que se ha hecho dentro del vehículo solo escucho su respiración y los latidos enloquecidos de mi corazón.

—¿Prefieres darme guerra? Como gustes —sisea él entre dientes y puedo sentir su aliento fresco sobre mi cabello—. Pero no olvides que la guerra es

mi especialidad.

# Capítulo 4



# DUMAR

¡Mierda! Esto no es lo que tenía en mente.

Paseo por cada una de las habitaciones en ruinas. Miro hacia arriba estudiando el techo y niego con la cabeza. ¿Qué coño esperabas después de más de una década de abandono?, me recrimino. Al llegar al cuarto que antiguamente fue mi dormitorio, chasqueo la lengua y me paso una mano por el pelo. No podría arreglar este desastre ni con un millón de dólares de reformas. Bella tenía razón. Definitivamente este no es sitio para mi princesa.

Sonríó complacido al recordar nuestra conversación en el coche porque todo ha salido a pedir de boca. Con mis provocaciones he logrado hacerla salir de su caparazón. Y aunque aún no confía en mí, sé que ya no me tiene miedo. Es un primer paso exitoso, me digo.

Luego camino de regreso hacia la puerta de entrada y voy observándolo todo con nostalgia a mi paso. Esta casa ya no es mi hogar. No queda más remedio que salir a buscar el sitio perfecto para iniciar mi nueva vida con Bella.

Al volver al salón donde la dejé sentada leyendo una revista, veo la silla vacía y siento escalofríos. Alarmado salgo corriendo de la casa y miro en todas direcciones. El alma se me cae a los pies al no verla por ningún sitio. Maldiciéndome entre dientes echo a andar hacia mi vehículo y tras revisar su interior, regreso a la casa para rodearla y al llegar nuevamente a la puerta de entrada sin encontrarla golpeo mi puño contra la pared haciendo que se desprenda una nube de yeso.

¡Qué idiota he sido! No debí haberla perdido de vista ni por un momento. Giro para divisar el camino y los alrededores. Han sido apenas un par de minutos, no puede haber ido demasiado lejos. Pero mientras me debato pensando en qué dirección tomar, ella continúa alejándose de mí y mi desesperación crece con cada segundo que pasa.

El corazón se me encoge y un subidón de adrenalina me impulsa a desandar a toda prisa la avenida de entrada de mi vieja casa. Al llegar al camino público solo veo las huellas de los neumáticos. Ni un puto rastro de ella, suspiro llevándome una mano a la cabeza mientras mi mente trabaja frenéticamente buscando una solución. Más allá del camino hay maizales que se extienden hasta donde la vista alcanza. ¿Se habrá metido en ellos para esconderse? Miro al cielo y veo que el sol declina, en menos de una hora

oscurecerá. Debo tomar una decisión ahora mismo. Vuelvo a echar un último vistazo en todas direcciones antes de concentrarme finalmente en el maizal.

Me paso una mano por la frente sudorosa. Joder, esto no puede estar ocurriéndome a mí... Debo encontrarla como sea. Gruño mirando los diferentes pasillos que dan acceso al sembrado. ¡Da igual por dónde entre, lo importante es moverse rápido! Venga va, no hay tiempo que perder, me digo internándome en el maizal aguzando el oído y examinando el suelo en busca de pisadas o de cualquier otra señal que Bella pueda haber dejado a su paso. Los tallos de las mazorcas rasguñan mi pecho y al pasar la vista por encima de ellos es poco lo que consigo ver. Esto es un puñetero laberinto y aunque ella anduviera cerca no podría verla pues es tan pequeña que estaría a cubierto.

Tan pequeña y vulnerable...

Suspiro pensando que daría el resto de mi fortuna para que ella apareciese sana y salva sin pensármelo dos veces. Mi maldito dinero no sirve de nada en esta situación, me digo con amargura al tiempo que reviso cada pasillo metódicamente. Las copiosas gotas de sudor hacen arder mis ojos, pero no pienso detenerme hasta encontrarla. Me obligo a correr aún más rápido reprimiendo mis ganas de gritar su nombre por no asustarla. Si llegara a sobresaltarla con mi voz podría echar a correr y lastimarse, y eso jamás me lo perdonaría.

Después de un largo rato de correr en su busca me detengo unos momentos para recuperar el aliento, pero enseguida me obligo a continuar. Nunca he estado tan desesperado en mi vida, ni siquiera en el campo de batalla. La sangre fría que suelo tener en combate aquí se ha transformado en un torrente caliente que nubla mi maldito juicio haciendo que me imagine lo peor. Necesito encontrar y proteger a Bella, cueste lo que cueste... Orientándome gracias a las primeras estrellas que aparecen en el cielo voy trazando una medialuna con la idea de atajarla a través, sin importar la dirección que haya tomado.

Pero entonces un pensamiento trágico se apodera de mí. ¿Y si ella nunca entró en el maizal? ¿Y si ha dado un rodeo y se ha escondido en algún sitio de la casa que no he revisado? Me paso una mano por el pelo sin saber qué hacer repitiéndome que ahora mismo no puedo darme el lujo de dudar. Sin perder las esperanzas redoblo mis esfuerzos. Esto es una puta pesadilla y debo darle fin cuanto antes.

De repente me detengo en seco porque creo oír un chillido en algún punto

a mis espaldas. Me doy la vuelta y abro los ojos de par en par esforzándome por detectar el punto exacto desde donde proviene. Enseguida me lanzo en esa dirección con todas mis fuerzas, saltando los surcos y atravesando las tupidas plantas de mazorca como si fueran de papel.

Voy a tientas, alargando las manos hacia los costados para abarcar más terreno en mi rastrillaje de la zona cuando de golpe siento un impacto en mi estómago que hace un ruido sordo y el impulso me hace tropezar yendo a dar de bruces contra el suelo. A mi lado se encuentra Bella, sentada de culo y frotándose la cabeza adolorida. ¡Joder, gracias al cielo! Enseguida alargo mi mano y la aferro por una pierna para que no pueda huir de mí. Ambos respiramos agitados y me pregunto si estará herida cuando sorprendentemente ella me pateo como una mula liberándose de mi agarre intentando volver a ponerse en pie para escapar. Mis reflejos son más rápidos y alcanzo a cogerla de un tobillo para enseguida arrastrarla por el suelo hacia mí. Me echo encima de su cuerpo inmovilizándola con mi gran masa. Gimiendo de frustración, mi princesa forcejea debajo de mi cuerpo.

—Tú te quedas conmigo —siseo en su oído cabreado y aliviado a la vez, asegurándome que no pueda volver a escapar.

Envueltos en la sombra del maizal luchamos por recuperar el aliento. Ella está tan pegada a mí que puedo sentir sus rápidos latidos. Cuando me vuelvo a mirarla, en sus ojos veo tanto fuego que el deseo se apodera de mí y tomo su boca con fuerza, como si quisiera marcarla para siempre como mi propiedad.

Usando toda mi fuerza de voluntad rompo el beso y sin darle tiempo a reaccionar la levanto del suelo para revisarla. Temo que el golpe le haya causado daño.

—¿Dónde te duele?

Ella se señala la frente y yo aparto su cabello para descubrir el chichón que comienza a amoratarse.

—Mierda.

Niego con la cabeza y sin perder un momento me la cargo sobre un hombro. Ella se pone a chillar y patalear, pero no le hago caso. A poco de andar abro los ojos con sorpresa porque siento su mordida en mi hombro. La miro gruñendo por el dolor mientras ella continúa clavándome sus pequeños y afilados dientes blancos. Me detengo para darle una nalgada con mi gran mano abierta que suena como un latigazo. Ella abre los ojos como platos chillando más por la sorpresa que por el dolor.

—¿Cómo te atreves...? ¡Eres un troglodita! ¡Exijo que me sueltes!

La miro a los ojos con el ceño fruncido.

—A partir de ahora las reglas se han endurecido, alteza. Y será mejor que empieces a acostumbrarte a mí porque seré tu maldita sombra.

Bella protesta durante el camino de regreso. Se ha hecho de noche y cuando llegamos al todoterreno la deposito dentro y cierro todas las puertas con cerrojo. De inmediato ella se pone a golpear los vidrios.

—Puedes golpear todo lo que quieras que no lograrás nada.

Vuelvo a entrar a la casa para buscar un paño limpio que empapo bajo el único grifo que funciona. Luego regreso al coche y me siento junto a ella.

—Sujétate esto contra la frente —le ordeno tendiéndole el paño y ella obedece haciendo una mueca de dolor—. Pronto te aliviarás.

Por un momento me quedo allí sentado observándola y ella me saca la lengua antes de volverse para darme la espalda. Suspiro pensando que he subestimado la situación y medito en qué hacer a continuación con esta fierecilla sopesando mis opciones. Podría llevarla a un hotel. No, es demasiado arriesgado. Fijo que intentará hacer un escándalo para llamar la atención de los demás pasajeros.

Necesitamos pasar la noche en un sitio seguro, bajo mi estricta supervisión... al menos hasta que logre dominarla.

Oh sí, porque dominaré a esta fierecilla cueste lo que cueste... Aunque debo reconocer que no la hacía tan guerrera. Menudo carácter, me digo sonriendo para mis adentros. Mejor así, tanto más dulce será el desafío de hacerla mía.

Todo ese fuego en sus ojos... Puede darme guerra cuanto desee, pero la quiero dócil en mi cama. Me humedezco los labios recordando el sabor de su boca, la sorpresa en su rostro al tocar sus labios con la punta de mi lengua. Y enseguida sus ojos cerrándose bajo el influjo del placer, respondiendo a su pesar a mis caricias apasionadas. Apenas con un beso le he demostrado que puedo hacer con su cuerpo lo que me apetezca. Pero esto es apenas el inicio...

Enciendo el motor y al mirar al costado la sorprendo mirándome desde su butaca. Frunzo mi entrecejo pero ella ya no desvía su vista. En cambio levanta su barbilla desafiante.

Paciencia, me repito mientras nos ponemos en marcha, pronto le enseñaré a quererme, aunque sea lo último que haga en mi vida.



# Capítulo 5

## BELLA

Después de descartar la idea de alojarnos en un hotel junto a la carretera, Dumar ha detenido el coche en un campamento en pleno desierto.

Unos hombres envueltos en túnicas y con sables en las manos salen a recibirnos y rodean el coche de manera amenazante.

—Tú quédate aquí y no te muevas a menos que te lo indique. ¿De acuerdo?

—Vale.

Me hago un ovillo en mi butaca tratando de espiar lo que sucede sin ser vista por esos hombres. Dumar sale y se pone a negociar con ellos en su idioma. Se ve tranquilo y seguro, incluso cuando los hombres empiezan a elevar la voz cada vez más. Mi corazón late desbocado y temo por Dumar, porque si llegase a sucederle algo a él, ¿qué sería entonces de mí?

Echo un vistazo a las llaves en el contacto y me preparo mentalmente para tomar el volante y salir pitando si las cosas llegaran a complicarse.

No puedes dejarle aquí, me digo de pronto. Será un bruto pero ha cuidado de ti hasta aquí. No puedes traicionarle, me reprocho y tomando aire pienso que lo que estoy por hacer es una estupidez. De todos modos alargo mi mano hacia la manilla para salir en su auxilio.

La discusión se ha caldeado pero Dumar parece en control de la situación. Tengo el corazón en la garganta y estoy a punto de abrir la puerta cuando de golpe le veo asentir con la cabeza y sacar de su bolsillo algo de dinero. El hombre más viejo, que parece el jefe de los beduinos, se lo mete rápidamente entre sus ropas y después le tiende la mano a Dumar que se la estrecha. Aparentemente han llegado a un arreglo y me recuesto en el respaldo de mi butaca exhalando aliviada. Madre mía, qué tensión, no gano para sustos...

Dumar se acerca al coche y abre la puerta cogiéndome de la mano.

—Alteza, déjeme acompañarla hasta sus aposentos.

—Muy gracioso —digo soltándome de su mano y salgo del coche estirando mis piernas entumecidas. La noche está bastante fría y me froto los brazos para entrar en calor. Una mujer junto a un grupo de niños curiosos se nos acerca y con un gesto nos indica que le sigamos. Miro a Dumar y él asiente. Echamos a andar tras ella. Los niños levantan sus caritas hacia mí y abren sus ojos extrañados. Les intriga mi tez pálida y mi cabello rubio que el pañuelo no alcanza a cubrir del todo.

—Arréglate ese hiyab, no quiero que lames la atención —susurra Dumar

en mi oído.

Bufando me cubro lo mejor que puedo. Él me guiña un ojo y yo desvío la vista chasqueando la lengua mosqueada. Por fin nos detenemos ante una fogata donde unos ancianos están rostizando algún tipo de ave sobre las brasas enrojecidas. La mujer nos invita a sentarnos y nos anima a comer. Dumar coge un trozo de carne del fuego y se pone a mascar aprobando con un gesto de satisfacción. Luego pincha unos cuantos trocitos con un palillo y me lo ofrece. Le miro fijamente sugiriendo que está loco si piensa que comeré eso. Él resopla impaciente.

—Debes alimentarte. No has probado bocado en todo el día.

A lo lejos se oyen ruidos y pronto nos llegan unas voces desafinadas que canturrean y el entrecerrar de botellas. Dumar se vuelve para echar un vistazo con los ojos entrecerrados. Le miro asustada.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Con un brazo me atrae hacia su cuerpo asegurándome que todo va a estar bien. Me remuevo incómoda porque el repentino contacto de su cuerpo fuerte provoca que mi corazón se acelere. Trato de apartarme de él pero al notarlo él me pega aún más contra su torso, de una manera tan posesiva que no quedan dudas que piensa que soy de su propiedad.

En ese momento los primeros hombres empiezan a aparecer en el resplandor del fuego. Visten como los demás hombres de la tribu y tienen un aspecto peligroso. Sus rostros están ajados y curtidos por el sol, y beben directamente de botellones dando risotadas. Al vernos hacen silencio. Con mucho cuidado se acercan al fuego y con sendas cuchillas cortan trozos del ave llevándoselos directamente a la boca sin dejar de mirarnos fijamente. Me entra tanto miedo que cojo el brochette con esa carne inmunda y comienzo a mordisquearla solo para que Dumar me vea comiendo y poder irnos de aquí lo más rápido posible.

Uno de los hombres se dirige a Dumar en un idioma que no comprendo y él le responde algo que hace sonreír a los demás hombres que pronto empiezan a animarse nuevamente. Le pasan un botellón del que Dumar bebe un trago y se limpia la boca con el antebrazo como un salvaje. Parece sentirse cómodo en su presencia y yo le miro azorada. Si no fuera por la diferencia en las pintas diría que Dumar es uno de ellos.

Unos muchachos piden permiso para acercarse a nosotros. A medida que hablan Dumar traduce.

—Se han ofrecido a levantar una tienda para nosotros.



Asiento con la cabeza y Dumar se pone en pie tendiéndome una mano. Al ver que no se la cojo chasquea la lengua y se da la vuelta echando a andar. Aterrada ante la idea de quedarme sola entre esos hombres extraños me pongo en pie y le sigo dándome prisa.

Los muchachos nos llevan hasta el sector del campamento donde se alzan las tiendas. Esperamos a un lado mientras ellos trabajan. Miro a Dumar reprochándole que me haya traído a un sitio tan inhóspito y salvaje.

—¡Estás loco! ¿Qué tal si son peligrosos y nos hacen daño?

Él me mira a los ojos y sonrío con una arrogancia que me hace cabrear y sentir protegida a partes iguales.

—Descuida, tengo un trato con ellos y esta gente es leal. Además, jamás se atreverían a tocarte un pelo mientras yo esté aquí. Saben que tú eres mía.

Trago saliva al oír sus palabras. ¡Puede haberme comprado pero jamás será suya! Resoplo enfadada cruzándome de brazos.

—Estás tiritando, nena.

Ladeo la cabeza y le miro fijamente.

—¿Cómo me has llamado?

Él pone los ojos en blanco y hace un gesto con la mano restándole importancia.

—Olvidalo.

En ese momento los muchachos llaman a Dumar informándole de que han terminado. Él les da una propina generosa y los muchachos se retiran agradecidos y sonrientes. Al quedar nuevamente a solas, nos miramos durante un momento incómodo hasta que con un gesto del mentón él me anima a entrar en la tienda.

—Venga, echa un vistazo a tu nuevo hogar.

Abro las puertas de lona de la tienda y meto la cabeza. Enseguida hago una mueca de disgusto. El interior es demasiado rústico, el piso es de tierra y me imagino durmiendo en medio de arañas y otros bichos repugnantes y tiemblo de asco. Me vuelvo hacia él horrorizada.

—¡No pienso dormir aquí! Prefiero quedarme en vela toda la noche.

Dumar cierra los ojos y sisea.

—Mira, alteza, como no colabores...

—¿Qué harás? —alzo mi barbilla desafiándole pero él da un paso hacia mí aceptando el reto. Enseguida me arrepiento de haberle provocado y retrocedo echando un vistazo sobre mi hombro. A mis espaldas la oscuridad es total y no me atrevo a dar un paso más allá.

—¿Qué haré? ¿De veras quieres saberlo? —pregunta entornando sus ojos acercándose peligrosamente hacia mí.

—Pues me da igual, no pienso dormir sobre la tierra... —protesto débilmente sabiendo que mis opciones se limitan a meterme en la tienda junto a este troglodita o regresar a la fogata donde merodean esos hombres tan extraños.

—No te dejes engañar por lo que ves. No es tan malo como parece —dice él.

—Para ti no lo será porque eres tan salvaje como ellos —digo señalando con la barbilla en dirección a la fogata —pero yo tengo ciertos estándares.

Dumar levanta una ceja y tras mirarme durante un momento acaba encogiéndose de hombros.

—Como quieras.

Se vuelve dándome la espalda y tras quitarse los zapatos se mete en la tienda. Le sigo con la vista y le veo caminar hasta el fondo, rebuscar algo en el suelo y después volverse hacia mí levantando en alto dos alfombras de piel polvorientas hechas con lo que parece ser el cuero de algún pobre animal peludo.

—¡Mira lo que he encontrado! Esto es mejor que una cama, te lo aseguro.

Hago una mueca de disgusto.

—¿Tú llamas cama a eso? ¡Pues yo no pienso acostarme sobre un animal muerto!

Dumar suelta una carcajada sentándose sobre una de las pieles y encendiendo un pequeño brasero apoyado sobre un pie de hierro.

—Tú te lo pierdes.

Envuelvo mi cuerpo con mis brazos porque aquí fuera el frío es penetrante.

—No tiene gracia. ¿Estás dispuesto a permitir que muera de hipotermia aquí fuera mientras tú descansas tan tranquilo junto al fuego? ¡Eres tan cruel!

—Y tú eres tan tiquismiquis... ¡Hazme el favor y entra de una puñetera vez!

—Pero no puedo dormir así, amaneceré con la espalda rota y mordida por las pulgas.

Oigo que Dumar resopla desde el interior.

—Es preferible eso a amanecer congelada, ¿no te parece? ¡Anda ya, ven aquí! Me aseguraré que no pases frío.

Le miro con suspicacia tratando de discernir en sus palabras un doble sentido. Pero sin darme tiempo a reaccionar él alarga su mano y tira de mí de

tal manera que con el impulso caigo en su regazo. Jadeo apartándome de él y gateo hacia el fondo de la tienda.

—¡Serás cabrón!

Él suelta una carcajada.

—Soy un salvaje, princesa. Tan salvaje y libre como estos beduinos. Si eso me hace un cabrón, pues que así sea.

—¡Eres un cabrón y además un insensato!

Dumar endereza la espalda.

—Eso no.

—¡Eso sí! Un hombre sensato habría pensado en cosas tan básicas como alojamiento y comida antes de comprometerse a comprar a una persona.

Él me mira pensativo antes de responder.

—Un hombre sensato jamás se atrevería a comprar a una princesa como tú. Abro los ojos con indignación.

—¿Qué narices quieres decir con eso?

—Que hasta ahora no has sido más que un dolor de huevos para mí... con perdón de la palabra, alteza.

Me quedo de piedra ante su grosería.

—¡Eres repugnante!

Dumar tuerce la boca.

—Lo siento. La vida militar me ha vuelto un animal —dice fingiendo solemnidad, pero puedo ver la risa en sus ojos.

Me acerco echando chispas.

—¿Te estás burlando de mí?

—Jamás me atrevería—dice llevándose la mano al pecho sugiriendo que he herido su honor con mi suspicacia.

Le veo contener la risa y cuando ya no puede aguantar estalla en otra de sus carcajadas irónicas. Estoy que echo espuma por la boca. ¡Nunca alguien me ha hecho cabrear tanto!

Me pongo en pie de un salto señalándole con un dedo.

—¡Eres un cerdo y ni sueñes que me quedaré aquí contigo!

Doy media vuelta y echo a correr hacia la salida trasponiendo las puertas de lona. Pero a poco de andar siento un brazo fuerte alrededor de mi estómago que tira de mí dejándome sin aire, al tiempo que mi espalda choca contra su pecho sólido. Gimo tratando de liberarme mientras siento su respiración agitada. Con su mano libre aparta mi cabello y sus labios húmedos susurran contra la piel sensible de mi cuello.

—No seas estúpida. El campamento está lleno de estacas y tirantes. Podrías haberte matado...

—¡Pues morir sería mejor que quedarme aquí contigo!

Dumar aparta su rostro y frunce su entrecejo mirándome con desaprobación.

—Jamás vuelvas a decir eso, ¿me comprendes? —sisea furioso y parece cabreado de verdad—. Chiquilla estúpida, ya no sabes ni lo que dices.

—¡Suéltame!

Me sacudo tratando de liberarme de él porque su tacto provoca unas corrientes eléctricas que recorren mi cuerpo desde la cabeza hasta la punta de los pies.

—¡Quieta!

Me revuelvo aún más, pero no puedo hacer nada contra su fuerza. Lágrimas de furia escuecen en mis ojos y le miro respirando con dificultad. Frustrada y sin resuello, escupo mis palabras en su oído.

—¡Estoy hasta las narices de ti! ¡Eres un hombre sin corazón y mereces lo peor!

Estoy fuera de mí y no puedo evitar decir cosas hirientes que en el fondo no siento. En verdad no le deseo lo peor, ni a él ni a nadie, pero las tensiones del día me han hecho explotar. Él me limpia las lágrimas con su áspero pulgar.

—Parece que aún no te enteras de que ya no puedes hacer lo que te venga en gana. Eres mía, Bella. Es hora de que lo entiendas de una vez.

Al oír esas palabras le miro jadeando de indignación. ¡Cómo se atreve...! Pero entonces me rodea con sus grandes bíceps pegándome a él de forma posesiva, dejando claro con un gesto animal que, aunque me niegue a admitirlo, él me ha comprado y ahora soy de su propiedad.

Debería sentirme indignada, defenderme, gritarle cuatro cosas, pero me quedo sin palabras porque su gesto no admite discusión. Por primera vez me doy cuenta que este hombre no está jugando.

Dumar ha pagado por mí y de verdad se considera con el derecho de poseerme.

Su voz vuelve a sonar en mi oído autoritaria.

—Estás bajo mi custodia, princesa, y esta noche dormirás bajo mi cuerpo, donde pueda sentir hasta el más leve movimiento que intentes.

Jadeo indignada. ¿Dormir debajo suyo? ¡Antes muerta! Entonces siento que me aprieta aún más fuerte contra sí haciéndome sentir la fuerza

descomunal de su enorme cuerpo y trago saliva. Este bruto es capaz de eso y más. ¡Mucho más! Debo intentar negociar con él. Desesperadamente me devano los sesos buscando qué decir para convencerle.

—¡De acuerdo, tú ganas! Dormiré sobre una de las pieles y prometo no traerte más problemas a partir de ahora.

Él niega con la cabeza lentamente.

—No puedo correr más riesgos contigo. Has intentado escapar de mí dos veces. Comprende que ya no puedo confiar en ti.

Levanto mi barbilla mirándole a los ojos.

—¡Sí que puedes! Solo dame una oportunidad... —suplico mientras vuelvo a agitarme con desesperación intentando escabullirme de debajo suyo.

Por un momento la vista se me nubla y me siento desvanecer. Mi mejilla está pegada contra su pecho y mi respiración es rápida y rasgada.

La voz de Dumar suena inmovible.

—Te guste o no, debo enseñarte a ser mi mujer. Todo depende de ti, princesa. Si te resistes y no me aceptas, pues entonces la lección será muy dura. Pero si te sometes a mí aprenderás rápidamente a complacerme.

Niego con la cabeza. ¡No tiene derecho a tratarme así! Intento empujarle pero es demasiado grande para mí. Gimo con impotencia y me muerdo el labio inferior al oír sus siguientes palabras.

—Te diré lo que haremos. Nos tumbaremos junto al brasero y yo te quitaré la ropa —me mira con sus ojos lobunos. Trago saliva y la boca se me reseca al oír que añade con malicia—. Es hora de inspeccionar mi mercancía. Al fin conoceré el verdadero valor de lo que he comprado.

Abro los ojos como platos mientras él aferra mis brazos y los levanta por encima de mi cabeza. Con su mano libre me cubre la boca para que no pueda chillar. Sintiéndome vulnerable y completamente expuesta a este bruto, le observo recorrer mi cuerpo con sus ojos hambrientos. Sus ojos grises están oscurecidos y es como si pudiera traspasarme con una mirada.

De repente gimo al reconocer esa mirada. Es la misma mirada oscura que tantas veces he visto en mis pesadillas, y mi carne se estremece temiendo lo que este hombre pueda hacer conmigo a continuación.

# Capítulo 6

# BELLA

—Quítate la ropa —me ordena pero yo me hago un ovillo abrazando mis piernas y estiro la falda de mi vestido hasta cubrir mis rodillas.

Oigo el silbido de su cinturón deslizándose por la cinturilla de sus pantalones hasta salir por completo.

—¿Qué... crees que haces?

Dumar me mira con ojos brillantes y sonrío de lado.

—Uff, cuánto tiempo llevaba deseando quitarme esta ropa.

Se quita el pantalón y lo arroja a un lado.

—Pero ha... hace frío —farfullo como una tonta sin poder evitar mirar sus fuertes piernas desnudas. Él levanta una ceja.

—¿Aún tienes frío? ¿Quieres mi camisa?

Y a continuación se quita su túnica y empieza a desprenderse los botones de su camisa con una sonrisa irónica.

Le miro desesperada. No sé qué decirle para que desista.

—¡No! —me tapo los ojos sonrojándome—. Esto... déjate puesto, por favor. Te viene que ni pintado...

—¿Así que ahora también me queda bien la ropa? Si te descuidas pronto me estarás diciendo que soy guapo —ríe con una carcajada a la vez que abre su camisa descubriendo su inmenso torso. Me quedo con la boca abierta al verle. Su pecho es amplio y musculoso. Tiene el cuerpo natural de un guerrero y jamás pensé que un hombre pudiera lucir de esta manera. Se alza sobre mí en toda su estatura y me impone tanto que retrocedo deslizándome mientras le miro azorada. Él se detiene ladeando su cabeza con interés.

—Eres adorable, ¿lo sabías?

—¡Y tú un cavernícola!

Se acerca despacio hasta mí y se inclina para cogerme con sus grandes manos. Agarrándome con fuerza me levanta por el trasero. Abro los ojos como platos y rápidamente coloco mis manos abiertas sobre su pecho para protegerme. Sus músculos pectorales se contraen bajo mis palmas y siento una electricidad pasar de su piel caliente a mis manos. Me estremezco a tal punto que debo quitarlas de inmediato. Él se pega contra mí aplastando mis senos y acortando drásticamente las distancias. Su boca está ahora a centímetros de la mía.

—¡Suéltame o grito! —siseo turbada por su excesiva cercanía.

Dumar se sonríe con malicia.

—¿De veras crees que los hombres de la tribu se espantarán solo porque una mujer se ponga a dar gritos dentro de una tienda?

Tuerzo la boca porque tiene razón. En las demás tiendas probablemente esté sucediendo algo parecido. Además, no parece que ellos tengan demasiada consideración por sus mujeres.

—¡No soy tu esclava! ¡Tengo derechos!

Dumar entrecierra sus ojos y bruscamente se inclina sobre mí. Tomo aire sobresaltada al sentir cómo él succiona el lóbulo de mi oreja en su boca y empieza a mordisquearlo con sus grandes dientes blancos y rectos. Cierro los ojos con la respiración agitada y un hormigueo recorre mi piel. ¿Qué... qué es esto? Asustada por las sensaciones extrañas que me provoca su contacto me obligo a abrir los ojos. Al volver la cabeza veo el brasero ardiendo detrás de Dumar.

Entrecierro los ojos porque una idea empieza a tomar forma en mi mente. Si solo pudiera tumbar ese brasero...

Dumar susurra en mi oído con su voz profunda y sedosa.

—El contrato que firmé me da pleno derecho sobre ti durante un año. ¿Comprendes que puedo hacer contigo lo que me plazca?

—¡Eso no es cierto! —protesto desesperada—. ¡El contrato no te permite casarte conmigo!

Noto que Dumar endereza su espalda y suelta mi oreja de golpe. ¡Bingo! Mis palabras parecen haber dado en el blanco. Él se vuelve lentamente hacia mí para mirarme a los ojos con el ceño fruncido.

—No necesito casarme contigo para hacerte mía.

Envalentonada insisto.

—¡Jamás seré tuya!

Él gruñe con sus labios casi rozando los míos.

—En estas tierras todo se negocia, alteza.

—¡No todo! El amor no puede negociarse.

Dumar me observa por un momento con curiosidad y luego suelta una carcajada irónica.

—¡No sabes de lo que hablas! Solo eres una niña mimada que no tiene idea de cómo funciona el mundo.

—No soy ninguna niña —digo entre dientes.

—¡Oh, sí que lo eres! Ni siquiera besas como una mujer. Apuesto a que antes de mí no habías besado a nadie.



Me sonrojo y empiezo a debatirme furiosa entre sus brazos. Él me sujeta con firmeza obligándome a mirarle a los ojos. Siento mi orgullo herido, pero me repito que él no puede saber si he besado a alguien o no. Solo está tratando de provocarme. ¿Quiere jugar conmigo? Vale, le daré de su propia medicina.

—¿Qué sabes tú de mí? Por supuesto que he besado a otros hombres. Y he hecho otras cosas que mejor callarlas —comento provocándole con descaro.

Dumar inspira por la nariz y sus ojos grises se oscurecen aún más. Entonces me coge la cara entre sus manos enormes. ¡Dios mío, me impone demasiado que me mire de esa manera! De repente siento vértigo de mirar a sus ojos y me aferro a sus hombros para no desvanecerme.

—¡Ningún otro hombre te ha tocado ni te tocará jamás! Ese es mi privilegio. Seré el primero y el único.

Desvía su mirada hacia mi boca observando mis labios y las mejillas me arden al instante.

—¿Y sabes por qué lo sé? Porque si algo he aprendido en mi vida es que la piel no miente.

Nerviosa me muerdo el labio inferior al sentir cómo sus manos grandes y ásperas suben por mis brazos desnudos. Él gruñe con voz enronquecida:

—¿Tienes idea de lo mucho que esperé por ti?

Sus manos continúan subiendo y con su índice traza el contorno de mi boca. Con su otra mano aparta las tiras de mi vestido. Me doy prisa en pegar los brazos a mi cuerpo para que la pechera no se deslice hacia abajo. Él me examina ladeando la cabeza y al seguir su mirada veo que el enlace de mi sujetador se ha asomado iluminado bajo la luz temblorosa del brasero. Dumar recorre mi pecho con sus ojos insolentes y se inclina para susurrar en mi oído —. Alteza, ahora soy yo quien te controla y haré contigo lo que me plazca.

Mi brazos permanecen inmóviles contra mi cuerpo y respiro agitada. Alzo mi barbilla para fulminarle.

—¡Te arrepentirás de esto!

Dumar sostiene mi mirada mientras pasa una mano por detrás y acaricia mi espalda desnuda antes de desprender el broche de mi sostén con un movimiento brusco. A continuación me hace tumbar sobre la alfombrilla. Mi espalda se hunde en la piel rústica y el aire frío de la noche eriza mi carne desnuda. Estoy tiritando y al sentir mis pezones endurecerse cruzo las manos sobre mi pecho para cubrirme, pero él coge mis muñecas con una mano y levanta mis brazos por encima, más allá de mi cabeza.

Mi pulso se acelera al verme nuevamente en una posición tan vulnerable y ladeo la cabeza desviando la mirada. Por el rabillo del ojo vuelvo a ver el brasero que ahora se encuentra a centímetros de mis pies.

Es mi oportunidad, me digo. Puedo hacerlo. Solo debo encontrar el momento justo...

Pero Dumar reclama mi atención apoyando una mano sobre mis senos. Los acaricia ligeramente con el borde de su mano y mi pecho sube y baja respirando agitadamente. Él se humedece los labios y me devora con la mirada. No entiendo qué me ocurre porque mis pezones se vuelven duros como piedras, y cuando él los pellizca y los hace rodar entre sus dedos, echo la cabeza hacia atrás como si acabaran de darme un sartenazo. ¡Madre mía! Las cosquillas me suben por el vientre y entro en pánico al ver que su boca desciende sobre mi pecho atrapando primero un pezón y luego el otro, succionándome de la forma más bárbara y repugnante. ¡Jamás imaginé que tendría la saliva de un hombre en estas partes de mi cuerpo!

A pesar de la repulsión inicial, la sensación que me invade no es desagradable. Diría que todo lo contrario. Estoy como hipnotizada por su tacto posesivo. Mis ojos se cierran involuntariamente, pero lucho por mantenerlos abiertos. ¡Debes resistir!, me digo recriminando mi conducta. Respiro profundamente y me obligo a concentrarme.

Es una tortura pensar con claridad mientras él me hace estas cosas. Pero al fin lo consigo y aprovechando que él está tan distraído besando mis senos alargo una pierna todo lo posible y pateo en el aire hasta dar con el pie del brasero. Al oír el golpe sordo del cuenco de metal sobre la lona contengo la respiración. Pero los segundos pasan sin que nada suceda y Dumar no se ha dado cuenta de lo que he hecho. Cierro los ojos de repente porque en ese momento él muerde mi pezón y succiona con fuerza arrancándome un gemido. Mis manos vuelan a su cabeza y me agarro de su cabello con miedo por lo que él está haciendo conmigo. La piel de su mentón es rasposa y la restriega en el surco entre mis senos y luego comienza a deslizar el mentón hacia abajo hasta tocar mi ombligo con la punta de su lengua haciendo que mi bajo vientre se tense contrayéndose sin control. Arqueo mi espalda mientras él me devora sin piedad. Lo que estoy sintiendo es demasiado intenso y me muerdo el labio inferior para no gritar.

Dumar mordisquea el interior de mis muslos y se detiene un momento para decir.

—Me has mentado, alteza, porque en verdad soy el primer hombre que te

toca de esta manera tan íntima...

Jadeante me incorporo sobre mis codos alzando la cabeza apenas para mirarle con mis ojos entornados. Tiene su rostro entre mis piernas y aspiro el aire sobresaltada cuando él roza mi centro con su nariz.

—Mmm, se siente delicioso. Esperar por ti ha merecido la pena, nena.

Pero entonces Dumar endereza su espalda de golpe dilatando las aletas de su nariz. Le miro preocupada y encojo mis piernas.

El humo, pienso con el corazón en la boca. Él me mira por un segundo entrecerrando los ojos con suspicacia antes de echar un vistazo por encima de su hombro.

—¡Mierda! —exclama al ver el brasero en el suelo y las llamas azules subiendo por las paredes de lona a toda velocidad.

Tras ponerse en pie de un salto intenta dar un paso en dirección a las llamas pero se cubre el rostro con un brazo y vuelve a retroceder fulminándome con su mirada.

Abro los ojos como platos al ver que las llamas han bloqueado la entrada de la tienda. Desvío la vista al suelo sintiendo una punzada de culpa. Sin saber qué hacer doy un paso hacia él.

—¡No te muevas! —me ordena extendiendo su mano hacia mí.

Miro a mi alrededor. El fuego trepa inflamando el material y la luz de las llamas hacen bailar nuestras sombras enloquecidamente.

—Ya regreso —dice él y gimo asustada al verle adentrarse en la humareda. Empiezo a toser cubriéndome la boca con las manos. Ya no puedo verle y me entra el pánico al quedarme sola en la tienda ardiendo. Pero enseguida escucho el sonido de algo que se rasga. Tengo la imagen mental de Dumar desgarrando la lona de la tienda con sus propias manos. Contengo el aliento suplicando que no le ocurra nada malo y solo cuando oigo su voz a través del humo respiro aliviada.

—¡Voy a por ti!

Me quedo paralizada en mi sitio viendo las llamas alzarse sin control a mi alrededor. Gimo al darme cuenta que estoy desnuda. Apenas atino a coger el vestido y la abaya del suelo cuando siento el brazo de Dumar que rodea mi cintura pegándome a su cuerpo.

—Tranquila, nena. Será solo un momento, ¿vale? Pronto estaremos fuera.

Observo que coge su cuchillo poniéndoselo entre los dientes antes de levantarme en vilo sosteniéndome con firmeza entre sus brazos. En sus ojos puedo ver la seguridad de quien ha controlado la situación. En ese momento

mi intuición me dice que no me sucederá nada malo mientras él esté a cargo. Me dejo envolver en sus brazos arrebuñándome en su pecho para protegerme mientras él echa a andar hacia el fuego. Durante unos momentos siento un intenso calor y gimo cuando una ola de aire frío golpea mi cara como una bofetada. Doblo mi cuerpo con un repentino ataque de tos. A mi lado Dumar acaricia mi cabello protegiéndome y calmándome. Finalmente logro controlarme y con los ojos aún vidriosos giro mi cabeza hacia la tienda que arde y se derrumba en cuestión de segundos.

—Joder, nena... —le oigo mascullar entre dientes mirándome con desilusión como si supiera que yo he provocado el incendio.

El aire de la noche es helado pero en su abrazo no siento frío. Aún estoy desnuda apretando mi ropa en un puño cuando Dumar me deposita en el suelo y veo que los beduinos comienzan a llegar desde todas direcciones dando voces. Dándome prisa me enfundo primero en el vestido y luego en la abaya, mientras Dumar se adelanta para recibirles, parándose delante de mí como protegiéndome de las miradas de aquellos hombres. Él también está casi desnudo, pero eso no parece importarle. ¡No quiero imaginar lo que estarán pensando aquellos hombres de nosotros!

El viejo jefe de la tribu se acerca a Dumar con el ceño fruncido, señalando con un gesto la tienda destrozada. Les oigo discutir durante un buen rato sin entender media palabra y finalmente Dumar se inclina hacia mí para traducirme la resolución final.

—Podremos quedarnos en el campamento, pero tendremos que dormir junto a la fogata. Me he comprometido a quedarme de guardia y mantener el fuego encendido durante el resto de la noche.

Entonces el jefe beduino se vuelve hacia mí haciendo un esfuerzo por hablar en mi idioma.

—Lo siento, señorita. Sé que ha sido un desafortunado accidente. Enseguida haré que os preparen un lecho junto a la fogata.

Al oír la palabra accidente Dumar se vuelve para mirarme con los ojos entrecerrados. Me sonrojo profundamente y trago saliva antes de responder tartamudeando.

—Esto... gracias por vuestra hospitalidad. Y lamento mucho el accidente.

El hombre asiente y de inmediato se vuelve a sus hombres que traen mantas y pieles para que podamos guarecernos del frío.

Cuando nos dejan a solas me vuelvo hacia Dumar que ha puesto sus brazos en jarra y en silencio me mira con reproche. Nerviosa retuerzo mis manos y

pregunto con voz temblorosa.

—¿Sabes cómo se inició el fuego, verdad?

Asiente lentamente con la cabeza y yo bajo la mirada avergonzada.

—Lo siento, soy una tonta.

Me mira seriamente.

—Tú no tienes un pelo de tonta. Eres una princesa taimada y puede que estés algo loca. Pero de tonta, nada. ¿Acaso no te das cuenta que podrías habernos matado?

Le miro con la boca abierta sorprendida por sus palabras, pero enseguida asiento con la cabeza reconociendo que tiene razón. Podría haber provocado una tragedia por no pensar en las consecuencias.

—Lo siento de verdad. Pero es que tú no me has dejado opción...

Dumar se queda mirándome fijamente.

—¿Tanto detestas que te toque?

Suspiro mirando el cielo negro sin saber qué decirle. Él niega con la cabeza y se lleva las manos detrás de la nuca sonriendo de lado.

—Creo que te molesta que este troglodita sepa cómo tocarte.

Me sonrojo y desvío la mirada al suelo.

—No digas tonterías.

Él insiste con malicia.

—Este bruto sabe cómo enloquecerte de placer y eso no lo puedes tolerar. ¿Me equivoco?

Abochornada le doy la espalda sintiendo que toda mi sangre se ha agolpado en mi cabeza. Para disimular mi turbación señalo con un dedo el lecho que han preparado para nosotros.

—Este sitio es un horror... —empiezo a decir.

Pero antes de que pueda seguir quejándome, Dumar me hace girar para que me encare a él y con sus ojos señala hacia el cielo. Entonces levanto mi cabeza y me quedo contemplando las estrellas con la boca abierta. ¡Dios mío! En mi vida he visto un cielo tan iluminado y tan hermoso...

—Todo depende de cómo se mire, ¿no te parece? —comenta él mientras se agacha para coger un leño grueso con que alimentar la fogata. Luego me mira de forma enigmática durante un momento antes de añadir—. El fuego aún sigue vivo, alteza.

Tiemblo al escuchar sus palabras. Algo me dice que no se refiere al fuego de la fogata.



# Capítulo 7

## DUMAR

—Quiero que te tumbes aquí donde pueda vigilarte.

Le indico un sitio tibio sobre la arena a mi lado. Bella me mira con desconfianza a varios pasos de distancia de mí, pero sin atreverse a apartarse demasiado de la fogata. Suspiro y arrojó otro leño al fuego que crepita con fuerza. La princesa es un hueso duro de roer, pero su cuerpo responde dócilmente a mis caricias. Pronto lo hará también su corazón. Pero para ello primero debo hacer que su cuerpo arda por mí.

Me vuelvo hacia ella.

—No tienes que ocultar que te gusto, tu cuerpo ya ha hablado por ti —le digo provocándola con toda intención—. Hagas lo que hagas terminarás en mi lecho bajo mi cuerpo.

Oigo su jadeo indignado y reprimo la risa.

—¡No me gustas! ¡Eres un cerdo arrogante! —grita acercándose a mí con el dedo índice en alto como si se preparara para darme un sermón. Sorprendiéndola alargó mi mano y la cojo por un tobillo haciendo que pierda el equilibrio y caiga de culo sobre la arena blanda. Me mira con la boca abierta y roja de furia me tira un puñado de arena a la cara. La arrastro hacia mí pegándola a mi cuerpo y mirándola con severidad.

—¡No más juegos! Quiero lo que es mío y lo tomaré ahora.

Ella empieza a protestar pero le tapo la boca con una mano y la observo. Ella me mira desafiante con sus grandes ojos verdes. Hay tanto fuego en ellos que me he empalmado de solo mirarla. La tumbo a mi lado y me inclino sobre ella acariciando la piel blanca de su garganta con mi gran mano morena. Me excito tanto al sentir que traga saliva. Mi contacto la afecta más de lo que está dispuesta a admitir. Paseo mi mirada por su pequeño cuerpo lleno de curvas. Se ve tan suave y blando que debo controlarme para no marcarla con mis ásperas caricias.

—Estoy muy satisfecho con lo que he comprado —susurro en su oído y noto que mi voz se ha enronquecido por el deseo. Mi instinto me empuja a tomarla sin contemplaciones, pero respiro y me fuerzo a controlar mi temperamento fogoso. Debo ir despacio, me recuerdo mordiendo el interior de mi mejilla.

Con la mano libre levanto el ruedo de su túnica y deslizo mis dedos por su piel acariciando sus muslos. Ella se remueve inquieta y con una leve presión



de mi otra mano sobre su boca le indico que permanezca quieta. Al levantar la abaya dejando al descubierto su vientre blanco y redondo, Bella gime y mi polla tiembla de anticipación. Es perfecta, tan suave e inmaculada. Pienso en que algún día ese vientre llevará a mis hijos y me empalmo de una forma tan chungu que hago una mueca de dolor.

—Abre tus piernas —ordeno con la respiración agitada. Ella aprieta sus rodillas con fuerza—. ¡He dicho que te abras para mí!

Perdiendo la paciencia meto mi mano libre entre sus piernas y de un tirón arranco sus braguitas cuyo elástico se corta con un chasquido seco. Inspiro rápidamente al ver que los pequeños labios rosados de su coño han quedado expuestos a mi mirada.

—Eres increíble, Bella... —susurro con verdadera admiración.

Acerco mis largos dedos para acariciar apenas sus pliegues. Su carne se hincha respondiendo a mi toque con necesidad.

—Pobrecilla, mi dulce provocadora... Ningún hombre te ha tocado así. Nunca has tenido el alivio que mereces, ¿verdad?

Bella gime contra mi mano.

—¿Verdad, nena? —insisto exigiendo una respuesta.

Ella por fin asiente con la cabeza.

Sonrío de lado pensando que estoy a punto de abrirle un mundo nuevo de placer. Cierro los ojos por un momento sintiendo una furiosa necesidad de correrme dentro suyo. ¡Mierda, debo liberar mi verga de mis boxers demasiado estrechos! Al hacerlo mi miembro golpea contra mi estómago con un plas y hago una mueca pensando que nunca antes he estado tan excitado como ahora. Acomodo mis caderas entre sus piernas y respirando con agitación apoyo mi glande sobre su centro. Es una caricia íntima que alimenta mis ansias de poseerla. Tenso mis mandíbulas maldiciendo entre dientes. No puedo desvirgarla aquí. Su corazón aún no es mío y no puedo tomarla como quisiera. Pronto, pero no todavía, me repito incesantemente. Al ver la forma en que sus pliegues relucientes y tan suaves como la seda me envuelven y empapan creo enloquecer.

—Estás tan mojada, Bella —gruño sin aliento.

Ella gime mordisqueando la mano que la amordaza. Me sonrío porque su cuerpo está respondiendo a mí como lo anticipé y me concentro en explorar con mis dedos su interior estirando suavemente su canal demasiado estrecho. Tras unos momentos retiro los dedos empapados con su néctar y me los llevo a la boca cerrando los ojos para saborearla. Después de hacerlo, abro mis

párpados. Ella me mira fijamente con sus ojos entornados. Acercó estos mismos dedos a su boca y tras un momento de vacilación veo que empieza a chuparlos con la punta roja de su lengua. Empujo mis dedos dentro de su boca y ella deja escapar un gemido largo y lastimero sin dejar de succionar, tan excitada por lo que le estoy haciendo que es incapaz de mantener los ojos abiertos.

Aspiro el aire por la nariz tratando de contener mi excitación. ¡Maldición, nunca me ha resultado tan difícil controlar mi propio cuerpo! Con mi polla pulsando de forma enloquecida acerco mi glande hinchado hasta apoyarlo directamente sobre su clítoris. La suavidad y el calor de mi piel más íntima trazando círculos alrededor de su pequeño brote resulta un estímulo demasiado intenso para mi princesa, cuyo diminuto coño empieza a sacudirse con espasmos. Mi mirada permanece fija en la unión de nuestras pieles, observándolo todo con fascinación, pero no quiero que ella se corra sin que yo le dé la orden. Refrenándome me quedo quieto esperando a que Bella se calme.

—Respira, Alteza. Pronto te otorgaré tu alivio, pero de momento quiero que respires.

Ella me obedece respirando por la nariz y entreabriendo sus ojos para observarme con su mirada empañada por el deseo.

Cuando compruebo que su coño se ha aquietado, acerco mi boca a su clítoris erecto y soplo mi aliento sobre él. Bella se retuerce chillando y debo sujetarla con mis brazos contra la arena. Juego con ella mordisqueándola, succionando su carne dentro de mi boca y soltándola, una y otra vez hasta que de golpe enderezo mi espalda para mirarla.

—Córrete para mí, Bella. ¡Hazlo ahora!

Sé que la he empujado hasta el límite y gruño al ver cómo se estremece. La sujeto por las caderas con mis grandes manos mientras que su cuerpo se contrae de manera violenta temblando con su primer orgasmo de verdad. Su primer orgasmo con el hombre que la ha reclamado como suya.

Cuando sus gritos y quejidos empiezan a suavizarse vuelvo a tomar su clítoris entre mis dedos masajeándolo entre mis yemas haciendo que su orgasmo se alargue aún más. Mientras lo hago ella abre sus ojos como platos y se desgañita volviendo a quebrar el silencio nocturno con sus alaridos de placer. Estoy tan orgulloso de mi princesa, ha respondido a mí como si siempre hubiera estado bajo mi control. Me inclino sobre su oído mientras ella continúa gimoteando perdida en su delirio de placer.

—Tu cuerpo jamás conocerá más que mis caricias, nena. ¿Puedes sentir cómo tu cuerpo me necesita?

Ella asiente mordiéndose su labio inferior con sus pequeños dientes. Al mirarla siento que mis testículos se encogen tanto que el dolor es insoportable. Tengo que correrme, ya no soy capaz de esperar un solo segundo más.

Me inclino sobre ella respirando con agitación y dejo que mi semen riegue con fuerza la línea que une su vello púbico con su vientre. El torrente baja hacia sus ingles y resbala por sus muslos temblorosos.

Acercó mi cara a la suya y tomo sus labios enrojecidos en mi boca con voracidad. Ella gime agarrando mi pelo con sus dos manos cuando la acaricio con la punta de mi lengua haciendo que su cuerpo se pegue al mío con desesperación. Me sonrío mientras ahondo el beso para saborear todos los resquicios de su boca y ella me da todo el acceso que necesito. Cuando decido romper el beso y apartar mi boca ella abre sus ojos entornados y protesta con una serie de gruñidos muy graciosos tratando de impedirme que me levante.

Ladeo mi cabeza con interés.

—¿Acaso mis besos ya no te dan asco?

Ella se sonroja hasta la raíz del pelo, y me quedo observándola maravillado, viendo su pecho desnudo subir y bajar con su respiración agitada que se funde con el sonido del crepitar de las llamas.

Esta mujer es lo más hermoso que he visto en mi vida, me digo antes de ponerme en pie y cubrirla con una manta.

—Duerme, me quedaré despierto para protegerte.

La veo arrebujarse y sonreír. Aún me resulta increíble que una suma de dinero, por más grande que sea, pueda darme acceso a una mujer así. Pienso con desprecio en su padre, un rey obtuso hundido hasta la coronilla en deudas. Ha descuidado primero a su pueblo y luego a sus hijas. Niego con la cabeza maldiciéndole por no haber sabido proteger a lo más valioso que tenía. Bella no se merecía un padre así. Pero tendrá a su lado a un hombre que dará su vida por hacerla feliz.

Según acaricio su cabello su respiración se va haciendo cada vez más lenta y profunda hasta quedarse dormida.

—Dulces sueños, princesa —susurro en su oído.

Levanto la cabeza mirando el cielo nocturno cubierto de estrellas y prometo para mis adentros nunca separarme de ella. Lo haré todo para que

aprenda a quererme. Y entonces podré tomar por fin su inocencia haciéndola mía para siempre.

Pero para ello necesito que Bella acabe de darse cuenta que ya ha empezado a quererme.

# Capítulo 8

# DUMAR

Alguien me despierta tocando mi brazo y pego un bote mirando por sobre mi hombro. Es el jefe de la tribu que enseguida se deshace en disculpas al ver mis malas pulgas. Miro a mi alrededor frunciendo el ceño. ¡Maldición! ¿Cómo he podido quedarme dormido? Alargo mi mano para acariciar la frente de mi princesa y respiro aliviado al ver que duerme tranquilamente a mi lado.

De la fogata solo quedan rescoldos y la mañana está bastante fría. Me pongo en pie insultando para mis adentros por haber corrido un riesgo innecesario. No debí dejarme vencer por el sueño. Unos pasos más allá de donde duerme Bella algo extraño llama mi atención y me acerco para comprobar que alguien ha dejado una cesta con ropa limpia para nosotros. Levanto una ceja al ver una túnica negra con bordados de oro para mí y una abaya roja con piedras preciosas para Bella. Son prendas demasiado lujosas. Confundido me vuelvo hacia el jeque beduino.

—¿Qué demonios ocurre aquí?

El hombre parece turbado.

—Lo siento, señor... Yo... esto... necesito hablar con usted.

Entrecierro mis ojos con suspicacia. ¿Por qué de repente soy “señor” y no el tío sospechoso que ha llegado con una mujer occidental?

—Si es por el dinero, ya le he dicho que tengo suficiente para pagar la tienda y cualquier otro daño que os haya causado —digo con una mueca de desprecio haciendo el gesto de ir a por mi cartera. Pero el beduino enseguida levanta sus manos para impedírmelo y agacha su cabeza desviando la vista en señal de respeto. Me quedo mirándole extrañado. Cuando un hombre no acepta dinero es porque algo se trae entre manos.

Miro a Bella tan inocente bajo las mantas y pienso que no puedo darme el lujo de enfrentarme a estos hombres. Si estuviera solo no me preocuparía en lo más mínimo, pero debo mantener a mi princesa fuera de todo peligro.

El jefe beduino junta las manos delante de su pecho en un gesto de sumisión.

—Señor, por favor reciba mis más humildes respetos. Esta mañana me he reunido con el jefe espiritual de la tribu y fue él quien le ha reconocido y me ha avisado de que usted estaba en el campamento —llegado a este punto se hinca delante de mí—. Me alegro mucho de que el excelentísimo comandante

del ejército de Nueva Abisinia esté de regreso en Qaffi y haya decidido honrarnos con su presencia.

Pongo los ojos en blanco sintiendo repugnancia por su actitud rastrera pero al mismo tiempo me relajo visiblemente. Solo ha descubierto quién soy en realidad. Puedo lidiar con eso. Suspiro profundamente y el beduino me mira con ojos expectantes aguardando mi aprobación. Asiento con la cabeza pidiéndole que se ponga en pie y él estrecha mi mano con fervor dándome la bienvenida. Antes de que pueda decirme nada más, hago un ademán pidiéndole un momento de privacidad. Él asiente varias veces y luego se aparta con prudencia dándose la vuelta mientras me agacho junto a mi princesa para cubrirla con mi manta. Sonrío al oírla gemir y arrebujarse en el calor del abrigo. Su perfil dibujado en la luz matinal, con su naricilla y su labio inferior apenas más grueso, me parece una obra de arte y desearía poder contemplarla durante horas, pero me obligo a ponerme en pie y camino hacia el jeque que al ver que regreso se inclina haciendo una reverencia.

Resoplo con impaciencia porque lo último que quiero es perder el tiempo en ceremonias y demás formalidades. El hombre parece apenado y agacha la cabeza al decirme.

—Estoy tan avergonzado, excelentísimo señor. Sepa disculpar mi ignorancia. Es que aunque he oído mucho acerca de usted y sus logros en Nueva Abisinia, la verdad es que nunca he tenido oportunidad de verle siquiera en imágenes. Comprenderá que aquí vivimos al margen de los asuntos mundanos, pero la investidura del jeque Zadir de Nueva Abisinia y de su valiente comandante merecen todo nuestro respeto y admiración.

Agradezco sus palabras con una sonrisa de cortesía pero me muestro reservado y distante, pues lo último que necesito son las lisonjas de un líder tribal advenedizo. Le dejo en claro que no quiero que la noticia de mi presencia en Qaffi salga de aquí. Debo evitar que empiecen a correr rumores acerca de Bella. Al traerla aquí pensé que estaba siendo prudente, pero ahora veo que en ningún sitio estaremos verdaderamente a salvo de los rumores.

Debo conseguir un nuevo hogar para mi princesa. Y debo darme prisa o Zadir acabará por enterarse más temprano que tarde de lo que estoy haciendo con la hija del rey Darío.

El beduino me asegura que de los confines de su tribu no saldrá ni media palabra. Después de mirarle durante unos instantes con severidad, relajo mi actitud.

—Vale, ahora mi mujer y yo necesitamos desayunar algo antes de

continuar camino.

Ansioso por complacerme, el jefe de la tribu esboza una sonrisa radiante.

—Descuide, yo mismo me encargaré de que toméis un desayuno en toda regla.

Tras hacer una última reverencia, se excusa echando a andar a toda prisa y le veo desaparecer entre las tiendas.

Oigo un bostezo a mis espaldas y me vuelvo para ver que Bella ha despertado. Mira a su alrededor con un gesto de preocupación y al encontrar mi mirada no puede evitar sonreír. De inmediato trata de ocultarlo, pero ya es demasiado tarde. Se ha alegrado de verme y ahora lo sé. Aquella sonrisa es el mejor regalo que podría haber recibido. Mi corazón se ha encendido con una alegría desconocida. Pero debo reprimir mis emociones y vuelvo a mostrar mi rostro severo de siempre. Al fin y al cabo este es un juego de seducción y si quiero ganarlo no puedo mostrar mis cartas tan temprano.

Mientras enciendo el fuego señalo la abaya y el hiyab perfectamente doblados y perfumados dentro de la cesta.

—Tus nuevas galas, alteza. Me temo que el jefe beduino planea recibirnos con todos los honores.

Ella coge las prendas abriendo los ojos con sorpresa

—¿Entonces saben quiénes somos?

—Saben quién soy yo —la corrijo—. No les he dicho nada acerca de ti. Cuanto menos sepan, mejor.

Bella se encoge de hombros fingiendo indiferencia mientras sostiene la túnica delante de sus ojos para examinarla.

—Es muy bonita, lástima que el rojo no me sienta nada bien.

Me muerdo el interior de la mejilla mirándola fijamente.

—Apuesto a que el rojo te sienta fantástico.

Ella se vuelve hacia mí con ojos brillantes.

—¿Tú crees?

La atraigo hacia mí pegándola a mi cuerpo. Ella levanta su cabeza para mirarme y acaricio su suave barbilla.

—Nena, eres perfecta —susurro.

Ella pone los ojos en blanco pero no puede evitar sonrojarse.

—Serás exagerado.

Tras empujarme suavemente con sus manos se aparta de mí para probarse la abaya. Al rato regresa junto al fuego estirándose la pechera con las manos.

—¡Se siente tan ligera! Es más lujosa que cualquiera de mis vestidos.



—Pues acostúmbrate —digo guiñando un ojo—. Ser la mujer de un famoso comandante tiene sus privilegios.

Poco después un grupo de mujeres llegan a buscarnos para llevarnos a desayunar. Mientras caminamos entre las tiendas varias personas se acercan para observarnos. Algunos muchachos ríen y cuchichean a nuestro paso. Risueño me inclino sobre el oído de Bella.

—Probablemente te hayan oído gritar anoche.

Ella abre los ojos como platos y roja como un tomate me da un codazo antes de alejarse de mí para mezclarse entre las mujeres. Me sonrío caminando algunos pasos detrás de ellas, deteniéndome cada tanto a saludar a los hombres que se acercan a mostrarme sus respetos y estrecharme la mano.

Por fin llegamos a la tienda, apenas unos palos sosteniendo un largo tejido de pelo de camello, pero el aroma que llega de ese sitio es celestial. Bella se lleva una mano a la boca y gime de la sorpresa porque han dispuesto para nosotros un verdadero banquete. Grandes alfombras redondas con los manjares más apetitosos y en el centro una pila de cojines mullidos donde nos invitan a tomar asiento. Sonrío a Bella que observa sin poder ocultar su asombro cómo las mujeres continúan trayendo platillos y fuentes en un desfile incesante de delicias. Cuando terminan, se despiden de nosotros con una reverencia. Nos miramos a los ojos.

—¡Vaya tela —exclama ella—, esto es suficiente para alimentar a todo un regimiento!

Asiento con aprobación.

—Y a dos también —digo recordando mis días en las trincheras donde muchas veces nos pasábamos semanas enteras sin probar bocado.

Cojo un trozo de pan dorado y crocante, y tras mojarlo en queso de cabra fundido, se lo ofrezco a mi princesa.

—Mmm... huele esto, alteza.

Bella se lleva la pieza a la nariz y aspira el aroma sonriendo encantada.

—¡La boca se me hace agua!

—Venga, Pruébalo —la animo.

Gimiendo de gusto cierra los ojos mientras degusta la pieza lentamente. Sonrío complacido. Me gusta que mi princesa se alimente bien. Sirvo té para los dos y luego cierro los ojos al probar los bollos dulces rellenos con mermelada de dátiles.

—Joder, hace siglos que no probaba esto. Es como regresar a mi infancia.

Ella asiente con una sonrisa bebiendo de su taza humeante con deleite.

Pero acto seguido me mira arqueando una ceja al notar de repente que, sentados en esta posición, nuestras piernas se tocan. Encogiéndolas rápidamente como si mi tacto la quemara se aparta de mí. Ríe divertido pero no hago ningún comentario al respecto pues no quiero seguir incomodándola. En cambio digo.

—Apuesto a que ni siquiera en tu palacio se sirven esta clase de manjares.

Ella me mira con la boca llena.

—Pues la verdad que no. Esto está para chuparse los dedos.

Al oír sus palabras no puedo evitar recordar la noche anterior. Las imágenes me invaden de golpe. Inspiro por la nariz al recordar la expresión de mi princesa chupando mis dedos con lujuria, perdida en su propio placer. Enseguida me vuelvo a mirarla fijamente con una sonrisa maliciosa. Ella parece darse cuenta de lo que estoy pensando pues se ruboriza intensamente. Acerco mis labios a su oído y la provocho un poco más.

—¿Estás recordando los orgasmos brutales de anoche, verdad?

Ella se atraganta de pronto y yo pierdo la sonrisa cuando empieza a toser con desesperación. Alarmado la cojo entre mis brazos.

—¿Nena, estás bien?

Ella levanta una mano para indicar que lo está, y cuando por fin se repone se aparta echando chispas por los ojos—. ¡Eres un cabrón! ¿Lo sabías?

Levanto las cejas sonriendo de lado ante su enfado. Es verdaderamente encantadora cuando se mosquea. Sin perder un segundo la atraigo hacia mí sentándola sobre mi regazo. Ella se revuelve quejándose durante los primeros momentos, pero finalmente se calma recostando su espalda contra mi pecho.

—Vale —digo con una sonrisa—, debo admitir que a menudo lo soy, pero es que no puedo evitarlo, me gusta cuando te sonrojas.

Ella se cruza de brazos frunciendo los labios.

—Ya no quiero que hablemos de eso.

Ladeo mi cabeza divertido.

—¿“Eso”? Ni siquiera te atreves a decir la palabra sexo... ¡Eres una mojigata!

Ella se vuelve desafiándome con sus bellos ojos verdes.

—¡No lo soy!

La miro entrecerrando los ojos.

—¿Entonces por qué te pones así?

—Porque es algo muy íntimo y tú te lo tomas a broma.

La miro a los ojos preocupado.

—¿De veras crees que me tomo a broma lo nuestro?

Ella se revuelve en mi regazo tratando de apartarse pero yo se lo impido apretando mi brazo alrededor de su cintura.

Ella gira su cara hacia mí y me señala furiosa.

—¡Sabes muy bien que lo nuestro es una maldita transacción comercial! ¡Deja de hablar como si esto fuera una relación normal de pareja!

En ese momento dos guardias se acercan hasta la entrada de la tienda y se hincan ante mí mostrando sus respetos.

—Excelentísimo comandante, nuestro líder se pregunta si vuestra majestad le haría el honor de conferenciar con él.

Aún aturdido por las palabras hirientes de Bella, miro a los guardias con impaciencia. No me apetece conferenciar con nadie, solo pienso en llevarme a Bella de aquí y demostrarle que lo nuestro es real, aunque me haya visto forzado a comprar el derecho de tenerla conmigo.

—¿Y dónde está el jeque, si se puede saber?

—Le espera en su tienda, señor.

Miro a mi princesa que enfadada evita mis ojos y luego suspiro dirigiéndome a los guardias.

—Vale, iré. Pero os advierto que llevaré a mi mujer conmigo, pues no pienso separarme de ella. ¿Alguna objeción?

Los hombres se miran atónitos. Luego se ponen a murmurar entre sí sin saber qué hacer. Reconozco que mi exigencia debe de parecerles un sacrilegio o directamente una locura. Acostumbrados a considerar a sus mujeres como meros adornos vistosos, estos hombres se ponen muy nerviosos cuando alguien trata a su mujer como a su par. Yo era como ellos antes de marcharme de estas tierras. No los culpo, esta vida es todo lo que han conocido. Pero de todos modos en esto seré inflexible. Si el jefe de la tribu realmente desea hablar conmigo deberá aceptar que donde yo voy mi mujer viene conmigo.

Sin más remedio que aceptar mis condiciones, nos conducen hasta la tienda del jeque donde sus custodios nos reciben en la entrada impidiéndonos el paso. Estos hombres no me durarían ni cinco minutos en un combate mano a mano, ¡y aún así tienen el morro de mirar con desprecio a Bella delante de mí! Al notar su hostilidad paso un brazo por la cintura de mi princesa y la atraigo hacia mí pegándola a mi cuerpo. Desde el interior el jefe de la tribu pega cuatro gritos indicando a sus custodios que se aparten de una maldita vez para dejarnos pasar. Finalmente guío a mi princesa hacia el interior de la

tienda con una mano en el bajo de su espalda, mientras fulmino con una mirada asesina a los hombres que agachan su rostro a nuestro paso. Meneo la cabeza pensando con ironía que si Bella me considera a mí un troglodita por mi conducta, estos tíos definitivamente se llevan la palma.

El sol de la mañana se cuele por las amplias ventanas y el interior de la tienda reluce con ornamentos de oro y diamante. Las jóvenes esposas del líder beduino abren los ojos como platos al vernos entrar. Se miran entre sí dándose codazos y cuchicheando. Apuesto a que mi princesa es la primera mujer que entra a conferenciar de igual a igual con el jefe de la tribu.

—Tomar asiento, por favor —nos sonríe el viejo chapurreando el idioma de Bella para tratar de congraciarse conmigo, y al ver mi expresión de fastidio se apresura a añadir—. Siento mucho el trato que mis hombres os han dado. Para recompensaros, podéis pedirme cualquier cosa que esté en mi poder y os lo concederé.

Bella y yo nos miramos antes de responder a la vez.

—¡Una casa!

El jeque ladea su cabeza risueño como si no pudiera comprender para qué podría alguien necesitar una casa pudiendo levantar una tienda en minutos.

Bella asiente con una sonrisa.

—Hemos comprobado que la vida nómada no es para nosotros —sonríe mirándome a mí.

Me complace la actitud de mi princesa, aunque permanezco alerta. Conociendo su espíritu indomable, no me extrañaría que estuviera tramando algo, quizás esperando un momento de distracción para volver a intentar huir.

—El caso es que estamos dispuestos a comprar una casa para nosotros y la querría cuanto antes —añado.

—Comprendo —dice el jeque con suma prudencia y permanece pensativo fumando su narguile durante varios minutos que se me hacen eternos.

Mientras tanto sus esposas empiezan a mirarme con un deseo evidente sin siquiera tomarse la molestia de disimularlo. Una de ellas se pone en pie, viene hacia mí contoneándose y me coge la mano con sus dedos finos y helados.

—Mmm, tienes mano de guerrero. ¿Quieres conocer tu destino?

—No, gracias, lo conozco de sobra —digo retirando mi mano bruscamente y mirando a mi Bella con una sonrisa de lado. Ella es mi destino, es todo lo que me importa.

La mujer retrocede visiblemente ofendida por mi rechazo. A su vez, Bella

no la pierde de vista fulminándola con la mirada. De repente coge mi mano apretándola fuerte y acariciándola entre sus manos como si quisiera borrar la huella de la otra mujer, al tiempo que levanta la barbilla desafiando a las demás esposas del jeque que intentan tentarme y seducirme. Me quedo mirando fascinado a mi princesa. ¿Acaso siente celos de ellas? Sonrío para mis adentros. ¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba.

Eventualmente el jefe de la tribu parece regresar a la realidad. Carraspeando y con el ceño fruncido se vuelve hacia sus esposas que se enderezan en sus cojines adoptando de repente un aire de fieles doncellas y mirándole con adoración. El viejo resopla negando con la cabeza y les da la espalda para dirigirse a nosotros.

—Bien, creo que tengo la morada ideal para vosotros. Solo necesito unas pocas horas para arreglarlo. ¿Qué os parece?

Me encojo de hombros mirando a Bella.

—Suenan estupendo.

El resto de la mañana lo pasamos aguardando noticias de parte del jeque. Todos en el campamento nos tratan con honores y nos llueven las atenciones y los obsequios, aunque la mayoría de ellos no comprenden por qué de golpe nos hemos vuelto tan populares para su líder, pero se limitan a obedecer órdenes y nosotros permanecemos callados disfrutando de su hospitalidad.

A mediodía el jeque vuelve a convocarnos. Su expresión indica que hay buenas noticias.

—El gran Suleimán desea tener el honor de hospedaros en uno de sus palacios.

El nombre de Suleimán deja fría a Bella, pero yo me remuevo incómodo en mi sitio pues para mí ese nombre es sinónimo del hombre más poderoso de la región y no quiero deberle favores a un tipo como él.

—No estoy buscando dádivas —aclaro rechazando su oferta categóricamente.

El jeque levanta las manos mostrando sus palmas en señal de disculpa.

—Lo siento, excelentísimo, creo que me he expresado mal. El sultán está dispuesto a vender su propiedad por el precio que os parezca razonable. Para él sería un verdadero honor que semejante héroe viviera en uno de sus palacios.

Sonrío aliviado.

—Pues si es así estamos interesados. ¿Y cuándo podríamos ver ese palacio?

—Ahora mismo, si así lo deseáis.

Un coche importado nos espera en las afueras del campamento beduino. Un par de hombres vestidos con túnicas y turbantes azules y grandes relojes de oro en sus muñecas salen a nuestro encuentro. Por su apariencia deben de ser los enviados de Suleimán. Se ven tan fuera de lugar en el campamento como nosotros.

—¿Tenéis coche propio? —pregunta uno de ellos y, al señalar yo mi todoterreno con la barbilla, añade. —Seguirnos, por favor.

Tras montarse en el coche importado, los hombres enfilan la polvorienta carretera que lleva a la autovía. Me subo al todoterreno y le abro la puerta del pasajero a mi princesa, que recuesta su cabeza sobre el respaldo de cuero suspirando con resignación.

—No quiero saber dónde acabaremos esta vez...

Me vuelvo hacia ella con una sonrisa maliciosa, disfrutando anticipadamente de su reacción cuando descubra el desmesurado gusto arquitectónico del viejo sultán.

# Capítulo 9

## BELLA

Según avanzamos por la autovía los edificios se vuelven cada vez más grandes y más altos. Modernos rascacielos que solo he visto en Nueva York o Dubai, aquí florecen como si nos encontráramos en el centro del mundo.

Todo es tan moderno que me parece que el campamento beduino que dejamos atrás ha sido un sueño. ¡El contraste no podría ser más grande!

Echo un vistazo a Dumar que ha puesto la radio y canturrea siguiendo la melodía de la canción. Le miro por el rabillo del ojo procurando que no se dé cuenta que lo estoy haciendo.

Ahora está cantando con tanto sentimiento, como si sintiera el ritmo y la letra de la canción. Aunque no entiendo ni una palabra porque la mujer que canta lo hace en árabe, aún así no puedo dejar de observarle.

—Es una vieja canción —comenta de repente y me sobresalto enderezando mi cabeza y mirando al frente fingiendo que no le he estado mirando y que voy concentrada en el camino.

—Pues parece que te mola bastante —digo con tono indiferente.

—Es una canción de amor.

Trago saliva y hago todo lo posible por fingir desinterés.

—Mira tú por dónde.

Me muerdo la lengua apartando mi rostro para mirar por la ventanilla pero sé que él tiene sus ojos fijos en mí porque puedo sentir su mirada quemándome.

El coche negro importado va por delante guiándonos y yo me pregunto cómo demonios me he metido en este lío.

Desesperada por cambiar de tema comento.

—Me gusta esta parte de tu país, parece muy moderna.

—Pues entonces te gustará el Palacio Blanco de Suleimán.

—¿El Palacio Blanco?

—Así se llama su residencia en Qaffi.

—¿Tú ya lo has visto?

—Una sola vez por televisión, cuando los paparazzis buscaban al sultán que había desaparecido con una de sus amantes.

Sorprendida levanto las cejas, pero no me atrevo a preguntarle más porque no quiero desviar la conversación hacia un tema espinoso. ¡Sobre todo teniendo en cuenta lo que sucedió entre nosotros anoche!



Me sonrojo escandalizada cada vez que vuelvo a recordar la forma en la que Dumar me trató anoche. Puedo sentir cada una de sus caricias en mi cuerpo y eso no hace más que mortificarme. Al menos ha respetado mi virtud, me digo. Me estremezco de solo imaginar que pudiera poner su inmenso miembro dentro de mí. ¡Soy demasiado pequeña para él! Con solo un descuido podría aplastarme tan fácilmente bajo su peso y hacer crujir todos mis huesos. Pensarlo hace que mi vientre se encoja. ¡Dios mío, esa forma de tocarme y agarrarme, tan posesivo y brutal! Si algo ha quedado más que claro es que este hombre piensa de verdad que soy de su propiedad y que puede hacer conmigo lo que se le antoje. Actúa como si tuviese el dominio absoluto sobre mi persona y eso es lo que más me mosquea.

¿Por qué Dumar se ha obsesionado conmigo? ¿Por qué me ha elegido justo a mí habiendo tantas princesas que pagarían para huir con él?

Mi mente vuelve insistentemente a lo que sucedió junto a la fogata, y aunque trato de apartar esos pensamientos pecaminosos solo logro volverlos más vívidos y persistentes. Me cruzo de brazos frunciendo el ceño. Vale, analicemos la situación, me digo tratando de ser razonable. Dumar es indudablemente un hombre de mundo. Debe de haber tenido trato con mujeres desde joven y sabe qué hacer exactamente para lograr que una mujer pierda su juicio en el lecho. Es solo una cuestión de experiencia. Y esa experiencia le permitió aprovecharse de mí en un momento de debilidad...

Eso es todo. Él no es nada especial.

Arrugo mi nariz sin estar convencida de mi explicación.

¿Eso es todo? ¿Solo un hombre con experiencia que ha sabido aprovecharse de mí?

Las imágenes pecaminosas vuelven a dispararse en mi cabeza y me recuesto en el respaldo cerrando los ojos y suspirando resignada porque mi mente es una traicionera que únicamente se empeña en poner delante de mis ojos imágenes de su cuerpo desnudo y tenso sobre mí, inmovilizándome sobre la arena mientras explora con sus manos zonas tan íntimas de mi cuerpo que ni siquiera me atrevo a nombrarlas.

Diablos, no puedo negar que sentí placer. ¡Mucho placer! Tanto que pensé que moriría. Jolín, nunca imaginé que mi cuerpo pudiera temblar y explotar de la forma que lo hizo.

Definitivamente sabe cómo tocar a una mujer. ¡Y justamente eso es lo que me hace rabiarse tanto! Suspiro y frunzo el ceño. Creo que por fin puedo empezar a poner en palabras lo que siento. Es como si los demás hombres

solo fingieran ser hombres, pero Dumar no tiene que fingir porque él es un hombre, ¡un hombre de verdad!, pienso de repente con alarma, y eso me aterra aún más. ¡No quiero estar a merced de un hombre así! A los otros los puedo convencer, puedo adivinar lo que piensan, lo que van a decirme para tratar de congraciarse conmigo, son tan predecibles.

Pero con Dumar es distinto... Me asusta demasiado no poder adivinar lo que este hombre hará a continuación.

En ese momento un sacudón me saca de mi ensimismamiento porque el coche acaba de hacer una maniobra brusca. Dumar ha salido de la autovía y descendemos rápidamente por un accidentado camino de gravilla hasta que nos detenemos con un frenazo que me hace chillar e inclinarme con los brazos hacia delante solo para enseguida rebotar contra el respaldo de mi asiento gracias al cinturón de seguridad que me sujeta.

—¿Estás bien, princesa?

Respondo con un gemido y levanto los ojos tratando de ver qué sucede allí delante. Para mi sorpresa veo a un grupo de cabras que se nos han atravesado y desfilan frente a nosotros balando y mirándonos con sus ojillos muy abiertos.

—Lo que faltaba —comento riendo de los nervios mientras Dumar bufa mosqueado porque se ve obligado a hacer un rodeo para seguir avanzando.

El coche que nos guía se ha alejado bastante de nosotros, dejando como único rastro una nube de polvo en el horizonte. Le damos alcance unos kilómetros más adelante cuando finalmente giramos en una calle arbolada que parece un bulevar con hileras dobles de palmeras datileras y nos detenemos ante un portal donde unos hombres uniformados detrás de unos cristales blindados levantan una barrera al reconocer nuestro coche. Tiene toda la pinta de ser una fortaleza. Miro a Dumar con un gesto interrogante, pero él se limita a encogerse de hombros.

—Es la urbanización más exclusiva de Qaffi. No temas, te aseguro que aquí dentro no hay beduinos.

—Muy gracioso.

En este sector de la ciudad ya no se ven torres. Según vamos subiendo la carretera que serpentea a lo largo de una suave colina, unos casoplones que quitan el aliento comienzan a aparecer unos tras otros. Todas las propiedades se encuentran protegidas detrás de murallas, pero las construcciones son tan altas y complejas que desde aquí se aprecian perfectamente. A la izquierda se ve un lago artificial, cada mansión de ese lado tiene su puerto de amarre

donde flotan grandes yates y embarcaciones más pequeñas tan relucientes como si los acabaran de comprar.

—Vaya lujo... —murmuro entre dientes.

En mi reino jamás vemos este despliegue de riquezas. A pesar de los problemas financieros de mi padre, nuestra cultura es de austeridad y reserva. A ninguna persona adinerada se le ocurriría ostentar su fortuna. Pero aquí sucede exactamente lo opuesto. Reina la opulencia y nadie parece cortarse a la hora de exhibir sus posesiones materiales.

Un poco más adelante ya no se ven mansiones, solo una extensión de terrenos con grama artificial que me recuerdan estadios de fútbol. Metros y más metros de tierra vacante a la redonda, eso sí, con unas vistas paradisíacas.

Levanto una ceja.

—Creo que esos tipos han equivocado el camino —digo.

—Tranquila, es aquí. En cualquier momento verás aparecer el Palacio Blanco. El gran Suleimán valora su privacidad.

Boquiabierta señalo la extensión inabarcable de tierra.

—¡Pero mantener todo esto debe costar un dineral!

Dumar me guiña un ojo.

—Pues deberé negociar el precio con uñas y dientes.

¡Madre mía, no me quiero ni imaginar cuánto le costará este capricho! De a poco hacia nuestra derecha empieza a alzarse una muralla blanca y majestuosa. Cuando nos detenemos frente a la entrada custodiada por guardias armados hasta los dientes, un frío recorre mi espina porque sé que una vez que hayamos traspuesto esta puerta, ya no podré huir tan fácilmente. Estaré definitivamente atrapada junto a Dumar.

—Este sitio me da repelús —comento refiriéndome a las medidas de seguridad extremas.

—Puede resultar chocante al principio pero pronto te acostumbrarás.

—No quiero acostumbrarme a vivir así...

—¿Así cómo? Venga, dílo.

—Como tu prisionera.

Dumar menea la cabeza.

—No sabes lo que dices.

Endezco la espalda y pongo una mano sobre mi cadera desafiándole.

—¿Y acaso tú lo sabes? No lo creo.

Él aprieta los labios y me perfora con sus ojos lobunos.

—Debes aprender a hablar con respeto, Bella —dice fríamente acentuando mi nombre con su voz profunda de una forma que me hace hormigear la piel.

—¡Y tú debes aprender a tratar a una mujer!

Chasqueando la lengua me advierte:

—Como no te comportes, me veré obligado a castigarte.

Me cruzo de brazos y le fulmino con una mirada.

—¡Estar contigo es mi castigo!

Irónico levanta una ceja.

—Vaya, gracias.

—¡De nada!

Me mira por un segundo antes de acelerar y la fuerza del envión me hace reclinar hacia atrás maldiciendo entre dientes.

Su reacción me inspira a agujonearle aún más. Se equivoca si piensa que me quedaré callada y dejaré que me avasalle con su talante arrogante.

—Te crees muy macho, ¿verdad?

—No te pases, alteza.

—¡Pues eres tú quien se ha pasado tres pueblos conmigo! —exploto señalando su pecho con un dedo y añado con un toque de mala leche—. Si el tal Suleimán llegara a descubrir que a su héroe le gusta aprovecharse de princesas en desgracia, estoy segura que de inmediato te metería en vereda...

El coche pega otro frenazo y esta vez tengo que agarrarme con ambas manos al salpicadero.

—¡Eres un bruto! —exclamo.

Dumar se vuelve hacia mí con sus ojos entrecerrados.

—Y tú eres una pequeña provocadora. ¡Es a ti a quien debo meter en vereda! Enhorabuena, te acabas de ganar un castigo.

Sostengo su mirada con reproche.

—Pues entonces gritaré al salir de aquí y alguien tendrá que ayudarme.

Antes de que pueda siquiera parpadear él alarga su mano y captura mi barbilla entre sus dedos. Aunque ejerce una presión controlada puedo sentir el poder de su mano de guerrero. Si este hombre lo quisiera, podría triturarme la mandíbula fácilmente usando solo la fuerza de sus dedos. Respiro con agitación y el pulso se me acelera mirando sus pupilas casi transparentes.

—Eres mía, que te quede claro de una vez por todas. Puedo castigarte o recompensarte según me dé la gana. Es mi derecho exclusivo.

Trago saliva echando chispas por los ojos. Salvo mi padre, jamás nadie me

ha hablado así, y lo siento como un golpe a mi dignidad. Aún así, cuando él desliza su mano por mi rostro acariciando mi mejilla me estremezco tanto que cierro los ojos y gimo al sentir su calor contra mi piel. Percatándome de lo que estoy haciendo abro los ojos de golpe y aparto mi cara rápidamente de su mano. Oigo que él chasquea la lengua volviendo a colocar sus manos sobre el volante.

—Eres muy arisca, nena. Necesitas un poco de disciplina militar —dice mirándome de reojo con una media sonrisa maliciosa.

—Muy gracioso —mascullo confusa por la repentina mezcla de emociones que sacuden mi cuerpo, y rápidamente me vuelvo hacia la ventanilla con los labios apretados, jurándome que no volveré a hablar con este troglodita.

Avanzamos en silencio hasta cruzar una segunda muralla que se abre al gran Palacio Blanco que parece salido de mis cuentos infantiles. Con sus cúpulas doradas, sus columnas sosteniendo un sinfín de terrazas en distintos niveles, sus arcos y esculturas que se elevan hacia el cielo de una forma majestuosa. Mi palacio de estilo europeo empalidecería frente a esta obra arquitectónica alucinante, llena de curvas tan sensuales que incluso da pudor admirarla.

Alucinada continúo observándolo todo mientras giramos alrededor de una fuente con cascada enfilando luego una avenida de entrada que nos deja justo a las puertas de la propiedad. Levanto mi cabeza para admirar la entrada. Al final de una escalinata de mármol hay una puerta de cedro de cuatro hojas tan altas que podríamos atravesarlas montados en un camello sin tener que agachar la cabeza.

Me vuelvo hacia Dumar con la boca abierta, pero él no parece sorprendido en lo más mínimo por el espectáculo. Se nota que aún sigue mosqueado y ni siquiera me mira cuando se baja del coche. Al ver que no me muevo finalmente se vuelve hacia mí.

—¿No vienes?

Niego con la cabeza apretando los labios.

Le veo encogerse de hombros, dar media vuelta y echar a andar hacia la casa. Me cruzo de brazos bufando. ¡Uy, qué odioso! Si por mí fuera no volvería a hablarle jamás.

Del coche de delante se bajan los dos hombres y enseguida van al encuentro de Dumar que ha empezado a moverse por la casa revisándolo todo con ojo crítico. Niego con la cabeza al ver que ya ha empezado a actuar como si fuera el dueño de la propiedad. ¡Uf, cómo detesto a la gente arrogante! ¡Y

este hombre se lleva la palma! Su actitud autoritaria se refleja en todos sus movimientos. Trata a esos hombres de apariencia importante como si fueran insignificantes. Vale, es cierto que su presencia impone y su tamaño empujea a quien se le ponga al lado. Pero de todos modos no es justo, suspiro con frustración.

Extrañados seguramente porque no les acompaño, los dos hombres se vuelven hacia mí durante un momento antes de seguir a Dumar dentro de la casa. Los ventanales de la fachada están abiertos de par en par y puedo verles en el salón conversando. Dumar está de espaldas, que son tan anchas como las de un nadador, y sin quererlo mis ojos se desvían hacia su culo tan firme y musculoso que se marca incluso a través de su túnica. Sacudo la cabeza y enciendo la radio para intentar distraerme, pero un momento después la apago con impaciencia.

¡Vaya, estoy como una cabra y es por culpa de este hombre que me pone de los nervios!

Finalmente mi curiosidad puede más que mi enfado y salgo del coche mirando a mi alrededor. El sol está fuerte y desde aquí puedo ver a los guardias apostados en lo alto de las torres de la muralla con rifles y no me atrevo a dar un paso en ninguna otra dirección que no sea hacia el dichoso Palacio Blanco.

Subo la escalinata y me acerco hasta la puerta entreabierta dudando si entrar, cuando alguien me coge por el brazo y me mete dentro con brusquedad tras lo cual me inmoviliza con su cuerpo contra la puerta cerrada. Respirando con agitación levanto la cabeza para ver a Dumar, que apoya su frente en la mía mirándome con deseo. Con una mano quita una hebra de cabello de mis ojos y me la pone detrás de la oreja. Su gesto es tan simple pero a la vez tan íntimo que hace que mi enfado se esfume de golpe. Las cuatro cosas que pensaba gritarle a la cara se me quedan atragantadas y apenas logro mascullar una serie de disculpas incoherentes.

Él sonríe y me acaricia lentamente mientras indica con un movimiento de su mentón el gran salón en el que nos hallamos.

—¿Qué te parece?

Miro a mi alrededor, es lo más exuberante que he visto en mi vida. El mobiliario parece salido de una película de época, tanto que me parece que estuviera en un estudio de filmación y no en una casa. Tantas obras de arte, tantos caires de cristal, tantas alfombras persas... en fin, tantos detalles que me tomaría días apreciar por completo. ¡Y este es solo el vestíbulo!

Le miro abrumada.

—Esto es demasiado... —dudo buscando la palabra exacta.

—Demasiado frío —completa él adivinando mis pensamientos. ¡Odio cuando hace eso!

Él me aprieta contra su cuerpo aplastando mis senos con la presión de su tórax.

—Tienes razón —susurra mirándome de forma enigmática—. Le falta calor de hogar... le falta tu toque femenino. Pero eso ya lo arreglaremos.

Antes de volverse me guiña un ojo. Me quedo mirándole mientras se traslada a un área con sofás de piel estilo inglés donde los otros hombres le aguardan para hablar de negocios.

Mi cuerpo aún tiembla envuelto en su calor y no me atrevo a dar un paso porque mi entrepierna está algo hinchada. Madre mía, pienso sonrojándome por cómo me he puesto, y giro en mis talones buscando un sitio donde sentarme. Cerca de mí hay una silla con las patas curvas y el respaldo tapizado de terciopelo azul que parece una reliquia de siglos de antigüedad. Moviéndome cuidadosamente con temor a romper algo, me siento en el borde del asiento y con los codos en las rodillas sostengo mi cabeza en mis manos y suspiro largamente mirando alrededor, resignándome a que esta sea a partir de ahora mi jaula de cristal.

# Capítulo 10



## BELLA

Dumar sigue discutiendo con los hombres del sultán. Su rostro permanece impassible mientras los hombres se explican con grandes ademanes como si fuesen ellos quienes trataran de convencerle de que se quede a vivir aquí. Definitivamente este hombre sabe cómo negociar. No quiero imaginar las cifras millonarias que deben de estar barajando...

De pronto los tres se levantan estrechando sus manos y enderezo mi espalda al verles pasar delante de mí en dirección a la salida. Al parecer se marchan. ¿Habrán llegado a un acuerdo?

Corro hacia la ventana. Dumar les acompaña y tras montarse en su coche los hombres del sultán se marchan. Me aparto de la ventana para que Dumar no pueda verme y nerviosa espero volver a verle en la puerta de un momento a otro con noticias. Pero al ver que no regresa me levanto para echar un vistazo.

No hay rastros de él. Con el ceño fruncido bajo la escalinata de entrada y camino alrededor del parque sin verle. Sin saber qué hacer me vuelvo para admirar las decenas de balcones y ventanas en este sector del Palacio Blanco cuyos contornos serpentean interminablemente. El calor y el silencio me envuelven sofocantes, solo puedo oír el canto de algún pájaro a lo lejos. Dejo caer mis brazos a los lados del cuerpo y suspiro de repente sintiendo algo que no pensé que jamás sentiría. Le echo de menos. Me siento terriblemente sola sin Dumar y eso me hace enfadar tanto que regreso al salón y me dejo caer en un sofá enorme cruzándome de brazos. No vuelvo a verle durante varias horas. Me gustaría poder llamarle a su móvil, pero siempre lo deja en su coche, como si no quisiera que nadie pudiera ubicarle. Es un hombre misterioso, y reconozco que eso me atrae bastante de él. Horrorizada por mis pensamientos, me tapo la cara con las manos. ¡Dios mío, estoy perdida! ¡Mi vida está arruinada! Durante un buen rato me compadezco de mí misma. ¿Acaso podría estar enamorándome de ese bruto? Aparto esta idea de mi mente lo más rápido posible. ¡Deberías sentir repulsión! ¡Te ha comprado y no quiere nada serio contigo! ¿Acaso no te das cuenta que solo eres un juguete para un hombre poderoso que piensa que puede hacer contigo lo que le apetezca?

Es solo un año, me digo poniéndome en pie de un salto tratando de darme ánimos. ¡Luego de eso seré libre nuevamente y podré regresar junto a mis

hermanas! Pero entonces empiezo a imaginarme un año junto a Dumar, compartiendo la vida diaria con él, desayunos, cenas, charlas y paseos. Durmiendo y despertándonos juntos, compartiendo el lecho...

Me remuevo incómoda abanicándome la cara con una de las revistas de la mesita porque de pronto siento todo el cuerpo acalorado.

—¿Aburrida?

—¡Ay! —me giro sobresaltada llevándome una mano al pecho. Desde sus dos metros de estatura, Dumar me mira con una sonrisa maliciosa—. ¿Quieres matarme de un susto? ¿Dónde narices te habías metido?

Se inclina sobre mí enarcando una ceja.

—¿Y desde cuándo te preocupas por mí?

—¡No me preocupo por ti! De hecho, no me importa nada de lo que te suceda. ¡Por mí que te parta un rayo!

Él suelta una carcajada como si todo fuera un juego. Le miro exasperada.

—¿No tienes nada que decir?

Se rasca el mentón fingiendo que medita seriamente acerca de mi pregunta y finalmente dice.

—Que eres adorable cuando te cabreas.

—¡Uf, eres insufrible!

—Y tú eres un encanto —dice cogiéndome entre sus brazos mirándome directamente a los ojos antes de añadir en un susurro sensual. —Y además me la pones dura como una roca.

Abro los ojos como platos cuando él adelanta sus caderas y siento su erección presionando contra mi estómago.

—¡Serás cerdo! ¡Suéltame!

Echa a reír apretándose aún más a mi cuerpo mientras da pasos hacia delante y yo retrocedo tratando de no llevarme nada por delante.

—La casa es nuestra —anuncia de pronto y yo me esfuerzo por reprimir una sonrisa. Él frunce el cejo al ver mi reacción fría—. ¿No quieres saber qué he estado haciendo fuera tanto tiempo?

Mosqueada niego con la cabeza. Él se encoge de hombros y ríe entre dientes.

—Te lo diré de todos modos. Conectaba los servicios de agua y gas. ¿Sabes por qué?

Pongo los ojos en blanco. ¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿Acaso no es obvio por qué una casa necesita tener conectados los servicios básicos?

Él sigue avanzando acorralándome y yo me muevo hacia atrás hasta que no

hay por donde retroceder. Dumar se detiene justo antes de aplastarme contra la pared y susurra en mi oído.

—Porque me apetece darte un baño.

Confundida me aparto para mirarle a los ojos porque creo que no le he entendido bien.

—¿Dices que te apetece un baño?

Él niega lentamente con la cabeza sonriendo de lado.

—No, alteza. He dicho que me apetece darte... yo... a ti... un baño. ¿He sido claro?

Chillo por la sorpresa cuando me levanta en sus brazos cargándome sobre su hombro como si fuera un saco de patatas. Empezamos a subir las escaleras en forma de media luna y recorremos un pasillo interminable hasta que nos detenemos en el interior de un cuarto de baño tan inmenso que parece una sauna. Las paredes están cubiertas por tilos blancos, dorados y rosados con grandes espejos por doquier y hay una piscina con una bañera de hidromasaje incluida que burbujea echando vapor. Me giro para mirarle con los ojos entrecerrados porque sé que él lo ha preparado todo. Jadeo indignada cuando me arranca la abaya de un tirón y desesperada golpeo su espalda con mis puños exigiendo que me suelte. Después de quitarme las sandalias arrojándolas a un lado me pone en pie sobre el suelo que está tibio y muy agradable.

—He puesto el agua como me gusta a mí, muy caliente, espero que no te moleste.

—¡No quiero darme un baño contigo! —le señalo con un dedo acusador—. ¡Solo quiero que te vayas a tomar por culo y me dejes en paz de una puta vez!

—Menuda boca tienes, alteza.

Siento otro tirón y mi vestido se rasga como si estuviera hecho de papel, enseguida lo veo volar hacia un lado. Al encontrarme desnuda en sus brazos me revuelvo furiosa pero él vuelve a levantarme con sus grandes manos depositándome dentro de la bañera a pesar de mis protestas. Gimo al sentir el ardor del agua escociendo mis nalgas. La temperatura está algunos grados por encima de lo que preferiría y mi piel sensible pronto se enrojece.

Estoy completamente desnuda salvo por el sujetador, pero por suerte el vapor me envuelve rápidamente. Dumar se queda de pie observándome y abochornada me sumerjo en el agua hasta el cuello. Le miro echando chispas.

—¿Por qué tienes que ser tan bruto?

Él se sonríe.

—Porque eso es justamente lo que más te excita de mí.

Abro los ojos ante su descaro y con ambas manos salpico agua en su dirección empapándole. Él se limpia mientras comienza a remangarse la túnica. Luego mete sus antebrazos morenos en el agua.

—¿Qué cojones haces? —pregunto apartándome de él horrorizada.

Cuando saca los brazos mojados, el vello negro de sus brazos se ha oscurecido aún más y trago saliva sintiendo que el corazón me da un vuelco.

—Te lavaré, por supuesto.

Me revuelvo indignada empapando su túnica. Él me sujeta pacientemente hasta que me quedo quieta. Es imposible luchar contra él, es demasiado fuerte. Le veo coger una esponja enjabonada y escurrirla sobre mi cuerpo. Gimo al sentir que sus grandes manos ásperas empiezan a restregar mi cuerpo. Me trata sin ninguna delicadeza y mi pulso se acelera.

—Levanta los brazos —me ordena y le obedezco a regañadientes. Primero frota mis brazos rozando mis senos con sus brazos. Con el roce mis pezones se endurecen de inmediato y cierro los ojos muerta de vergüenza, maldiciéndole entre dientes por hacerme sentir este bochorno.

—Ahora gírate —me ordena.

Al ver que no reacciono chasquea la lengua y él mismo me hace girar agarrando mis caderas. Lo hace con tanta facilidad que me cabreo aún más. Comienza a masajear mi espalda y gimo con los ojos cerrados al sentir que los nudos de tensión van desapareciendo con su masaje constante. Pero de repente abro los ojos como platos al sentir que desciende con la esponja por mi espalda baja acercándose peligrosamente a mi trasero. Cuando comienza a frotar con fuerza sobre mis glúteos muerdo mi labio inferior sintiendo mis mejillas arder. No me atrevo ni a respirar mientras me lava el interior de los muslos y la entrepierna. Cuando sus manos rozan mi sexo doy un respingo ahogando un chillido.

¡Esto es inaudito! Miro por encima del hombro y le veo tan concentrado en su tarea que me quedo observándole durante unos segundos. Estoy tan turbada que mi voz sale ahogada y ronca.

—¿Ya has terminado?

Dumar me mira entornando sus párpados.

—¿Qué pasa? ¿No lo disfrutas?

—¡No! —miento descaradamente.

Él se encoge de hombros.

—Pues qué pena, porque yo me lo estoy pasando en grande.

—¡Claro, te lo pasas en grande torturándome!

Niega con la cabeza ocultando su sonrisa antes de añadir.

—Nena, no seas quejica. Sé muy bien que tú también lo disfrutas.

Frunzo el entrecejo y salpico agua en su cara. Él me coje de las muñecas y apoyando sus labios sobre mi cabello mojado me dice con un siseo.

—Ya basta.

Le miro con malas pulgas mientras él termina de enjuagar el jabón de mi cuerpo. Luego vuelve a levantarme para sacarme de la bañera. De golpe se detiene frente a uno de los espejos de cuerpo entero y con sus ojos guía mi mirada hacia nuestro reflejo.

—Observa qué preciosa te ves en mis brazos —susurra sobre mi oído con su voz grave.

Le miro a los ojos y niego con la cabeza.

—Jamás me veré bien junto a ti. Somos demasiado diferentes.

Él parpadea sonriendo.

—A eso me refiero —con un gesto de la barbilla vuelve a insistir para que observe el reflejo—. Eso es lo que nos hace perfectos el uno para el otro.

Resoplo ladeando mi cabeza para concentrarme en nuestra imagen en el espejo y lo que veo me deja sin aliento. Mi cuerpo rosado y vulnerable luce tan femenino sujeto de esta manera entre sus bíceps anchos y morenos... Nunca antes me he visto así, me encuentro tan... tan... Bella.

Me sonrojo al sentir que por primera vez estoy viendo mi verdadera belleza. Jamás me consideré especialmente agraciada, y muchas veces creí que mi nombre era una especie de broma cruel del destino. ¡Pero es que jamás me había visto de esta manera! No sabía que podía lucir como una mujer de verdad.

Dumar también luce impactante. Su túnica está empapada y algo abierta revelando su pecho poderoso. Su cuerpo es duro como el acero y sus músculos se marcan bajo la tela como si estuvieran tallados en piedra. Irradia una fuerza masculina descomunal que envuelve mi cuerpo de forma protectora. Su piel se siente áspera, un cuerpo habituado al rigor de los elementos, y mi piel es suave y sensible, siempre protegida entre sedas y algodones. Somos tan distintos pero Dumar tiene razón, juntos lucimos perfectos.

Atónita parpadeo varias veces ante el espejo y su voz profunda rompe mi trance.

—¿Puedes ver lo que yo veo? Somos perfectos el uno para el otro. ¿Puedes

sentirlo, Bella? —susurra en mi oído y su aliento provoca una cosquilla en mi oreja que pronto se convierte en un hormigueo que se extiende por toda mi piel haciendo que mi centro se contraiga con unos espasmos deliciosos. Gimo cuando su boca se desliza sobre mi cuello acariciándome con sus labios sin dejar de mirar mi reflejo en el espejo. Sus caricias causan una irresistible humedad entre mis muslos y me aferro a su túnica mojada con mis puños mientras me dejo llevar dócilmente a un dormitorio con una cama redonda enorme tendida con un edredón rosa y sábanas de seda negra. Bruscamente me arroja sobre ella y mi cuerpo parece ser tragado por el colchón. Durante un momento de pánico lucho con mis brazos para incorporarme sin poder hacerlo, hasta que me doy cuenta que estoy tumbada sobre un colchón de agua.

Dumar se alza sobre mí como una torre haciéndome sentir indefensa sobre esta cama que no cesa de moverse y en la que no puedo encontrar un punto de equilibrio. Le observo mientras desabrocha su cinturón de cuero y abre su túnica descubriendo una gran erección a punto de reventar sus calzoncillos negros.

Asustada retrocedo hacia el cabecero porque sé que Dumar esta vez no se compadecerá de mí. Veo en sus ojos grises que está dispuesto a tomar lo que es suyo, aquello por lo que ha pagado una fortuna, y sé que esta vez no podré detenerle. Trago saliva sintiendo que pronto dejaré de ser pura.

—Lo sabes, ¿verdad? —pregunta de pronto mirándome con sus ojos escrutadores y yo me remuevo incómoda. Su voz profunda hace vibrar mis entrañas y contengo la respiración. Entonces él añade con su sonrisa maliciosa—. ¿De veras creíste que me olvidaría de tu castigo?

# Capítulo 11

# DUMAR

Se me hace la boca agua al poner una rodilla en el colchón y sentir cómo mi princesa busca refugio entre los almohadones negros. Sin contemplaciones la cojo por las caderas trayéndola hacia mí y abro sus piernas temblorosas. Ella me observa resollando como un animal acorralado mientras examino con descaro su dulce coño desnudo. ¡Deseo hacer tantas cosas con él! Pero antes de tomar lo que es mío mi princesa debe recibir su merecido castigo.

La levanto en brazos, y después de sentarme en el borde de la cama, la tumbo boca abajo sobre mis piernas. Sorprendida ella gira su cabeza hacia mí con sus grandes ojos de cervatillo abiertos de par en par.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —pregunta.

Paseo mis ojos por su hermoso trasero redondo y la pellizco deleitándome en la marca sonrosada que mis dedos dejan en su blanca piel.

Ella chilla.

—¡Por favor no!

Llevo un dedo a sus labios.

—Shuss, nena. Te has portado mal y recibirás unas nalgadas como escarmiento.

Ella tiembla y baja la cabeza gimiendo.

Levanto su trasero un poco más para tener una vista perfecta de su precioso coño rosado, tan sensible que sus palpitaciones y espasmos me ayudarán a saber de qué forma responde Bella a mi castigo favorito.

Humedeciendo mis labios añado.

—En el ejército he aprendido que cada conducta incorrecta se corrige con un castigo. Bella, quiero que seas una princesa buena para mí.

Ella vuelve su cabeza mirándome con el ceño fruncido.

—¡Jamás!

Echo a reír ante su persistencia en desafiarme. Sus desplantes, debo admitirlo, hacen que todo sea más interesante. Cojo un puñado de sus rizos en mi mano y muy suavemente tiro de ellos hasta que su espalda queda recta sobre mis piernas desnudas. El contraste entre su piel blanca y el vello negro de mis piernas bronceadas me resulta intoxicante.

—Nena, no tienes ni puñetera idea de cuánto deseo esto.

Hago que ladee su cabeza para ver su hermoso perfil al tiempo que



descargo la primera nalgada sobre uno de sus redondos cachetes. Su carne firme y suave tiembla.

Ella jadea indignada.

—¿Qué narices crees que...?

Chasqueo la lengua tapando su boca con una mano y descargo la siguiente nalgada con un poco más de fuerza. Su espalda se arquea.

—¡Eso ha dolido! —protesta cuando quito mi mano de su boca.

—Solo necesitas relajarte.

Me mira por el rabillo murmurando unas palabrotas mientras con una mano froto su nalga sonrosada. Enseguida vuelvo a descargar mi mano abierta sobre su trasero que tiembla deliciosamente con el azote.

—Mi dulce provocadora... —susurro, y al inclinarme para besar tiernamente sus partes adoloridas ella gime. Con una mano separo sus muslos para echar un vistazo a su coño que ahora reluce con el néctar más dulce. Sonríó al comprobar que su necesidad por mí crece. Paso un dedo a lo largo de sus pliegues y ella chilla agarrándose de mis piernas con sus pequeñas manos. Niego con la cabeza porque aún no está en el punto donde lo quiero, pero es un buen comienzo.

Ella se vuelve hacia mí casi sin aliento.

—¡Hagamos un trato! No más nalgadas y prometo comportarme...

Sin dejarla terminar hago temblar su trasero con una nueva nalgada sonora.

—¡Ay, qué bruto eres!

—Shuss, nena. Sin hablar.

Largamente froto su piel irritada con la palma de mi mano, la oigo suspirar y sus hombros descansan sobre mis muslos. De a poco empieza a relajar su tensión. Cada vez que aprieto sus glúteos amasándolos entre mis dedos ella emite un gimoteo que hace que mi polla se endurezca aún más presionando contra su suave vientre.

—¿Puedes sentir lo mucho que me pones?

Ella se revuelve ligeramente sobre mis piernas y cierro los ojos porque la fricción de su piel contra mi glande palpitante es demasiado para mí.

—Quédate quieta porque harás que me corra y dejaré un desastre sobre tu vientre. ¿Quieres eso?

Como toda respuesta ella gime mi nombre suplicándome por favor. Pero no es un lamento sino una invitación a continuar.

—Pídeme otra nalgada —le exijo.

Observo que se sonroja hasta la raíz del cabello pero obstinada mantiene

sus labios apretados negándose a obedecer. Descargo una nueva nalgada, y otra, y otra más... Y según la voy azotando, ella se desgañita chillando y sacudiendo su cabeza haciendo que su melena de rizos rubios toque el suelo. Su humedad ha llegado hasta mis piernas. Me vuelvo para mirar su entrepierna hinchada por la excitación. La humedad se escurre por el interior de sus muslos y paso mi mano por ellos limpiándolos.

—Mira como te has puesto, alteza. Estás empapada.

La acaricio íntimamente apartando sus pliegues con mis dedos y soplo mi aliento en su centro observándola temblar de necesidad.

—¿Quieres más, verdad?

Ladeo mi cabeza para observar su expresión. Aprieta sus párpados con fuerza y respira con agitación.

—Te he preguntado algo, alteza —susurro con mi voz ronca sobre su oído.

Ella se muerde el labio inferior y asiente tímidamente con la cabeza. Solo entonces me doy por satisfecho y la levanto sentándola sobre mi regazo para mirarla a los ojos.

—A que no ha sido tan malo después de todo.

Ella gime y se aprieta más a mí cuando pongo mis manos en su trasero empujando sus caderas contra mi dureza. Con la yema del dedo pulgar trazo el contorno de su boca. Ella entreabre los labios y cierra sus ojos esperando la invasión de mi lengua ardiente. No la hago esperar y nos fundimos en un beso urgente, puedo sentir su necesidad latiendo tan intensamente como la mía. Mientras tanto palpo su centro extendiendo su humedad por toda su entrepierna y ella jadea mi nombre con desesperación. Sonrío porque ahora sí mi dulce Bella está en el punto justo.

Eso significa que ha llegado el momento.

Bruscamente rompo el beso y respiro profundamente mirando a mi princesa estremecerse entre mis brazos. Me pongo en pie cargándola y sus ojos azorados siguen cada uno de mis movimientos mientras la tumbo de espaldas, me arrodillo entre sus piernas abiertas inmovilizándola sobre la cama y acaricio mi gruesa verga que apunta hacia mi ombligo antes de empuñarla con mano firme tratando de dominarla.

—Tomaré lo que es mío, nena, pero primero necesito saber que tú lo deseas tanto como yo.

Su intimidad palpitante está expuesta a mí y la acuno con una mano adueñándome de ella. Ella inspira el aire por la nariz jadeando quedamente. Doy un apretón a su entrepierna insistiendo.

—¿Quieres que tu comandante que folle?

Ella parpadea y casi sin pensarlo lleva una mano a su entrepierna uniéndose a la mía. Veo cómo sus dedos rozan primero mi glande y luego su enrojecido clítoris. Es un movimiento instintivo que me dice que ella quiere esto tanto como yo. Pero hasta no oírlo de sus labios no pienso avanzar.

—Dumar... por favor... haz algo para calmar mi cuerpo... —se queja mientras continúa acariciándose con torpeza.

No puedo evitar sonreírme saboreando el triunfo. Me yergo aún más sobre ella.

—Solo tienes que pedírmelo y te complaceré.

Ella cierra sus ojos y se ruboriza tanto que mi polla tiembla de gusto.

—Es que no sé qué debo decir... no sé cómo pedírtelo... Por favor, Dumar, alíviame de una vez...

—Di que quieres que este bruto te folle, que quieres entregarme tu pureza, que quieres ser solo mía y de ningún otro hombre... ¡Dilo de una vez y te daré el alivio que tanto necesitas! —le ordeno con severidad.

Un estremecimiento recorre su cuerpo y exclama echando los brazos hacia atrás.

—¡Sí, por favor, hazme tuya, toma mi inocencia...!

Es todo lo que necesito oír para hacerlo. Guío mi polla hacia su pequeña entrada presionando mientras observo cómo su carne inmaculada se abre para mí como una flor. Empujo con mis caderas y mi princesa gime con voz lastimera. Muy lentamente me hundo en su suavidad y se siente tan condenadamente apretada que debo detener el movimiento de mis caderas esperando a que su cuerpo se adapte a mi tamaño. Jadeo con ansiedad, es que estoy tan cerca de penetrar su barrera... cuando mi glande toca su himen se me corta el aliento y aprieto los dientes procurando autocontrolarme.

Ella grita revolviéndose en la cama y yo sujeto sus caderas inmovilizándola. Tomo aire y la miro a los ojos. Sus labios temblorosos están perlados con gotas de sudor y me mira con una mezcla de excitación y miedo.

—Sé que te duele, Bella, pero debes confiar en mí. Pronto será apenas un dulce recuerdo.

Ella asiente lamiéndose el sudor de los labios y mis ojos permanecen fijos en los suyos cuando la embisto con un golpe de caderas penetrando por fin su barrera.

Con un chillido ella se aferra a mis hombros arañándose con fuerza. Acallo sus gritos con besos tiernos a los que ella responde de inmediato,

profundizándolos con enardecidos movimientos de su lengua. Me sonrío complacido por su reacción. Retiro mis caderas muy despacio arrancándole nuevos gemidos con cada centímetro que deslizo fuera de su canal, hasta que casi me salgo del todo, pero en el último momento vuelvo a entrar en ella, esta vez más profundamente, y allí permanezco quieto mientras ella se acostumbra a recibir mi tamaño. Puedo sentir su necesidad palpitante apretando cada vez más alrededor de mi polla. Y pronto es ella quien comienza a balancear sus caderas empujando su cuerpo contra el mío.

Pero ella no tiene experiencia y no quiero que sienta más dolor si puedo evitarlo, así que cruzo mi pesado brazo sobre su estómago inmovilizando sus caderas y rompo el beso. Ella abre sus ojos con sorpresa y me mira anhelante.

—Por favor, Dumar... —suplica gimiendo de frustración—. Fóllame, en verdad lo quiero.

Esa palabra sucia en sus labios es como un hechizo que logra inflamar mi sangre haciendo que no pueda reprimir mis impulsos por más tiempo. Determinado a hacerla mía levanto sus caderas y acometo dentro de ella agarrando su trasero con brusquedad, entrando y saliendo con firmeza mientras su pequeño coño succiona todo el largo de mi polla y se convulsiona con la fuerza de su orgasmo. Los gritos de mi princesa son ensordecedores y estoy tan excitado que no puedo evitar dejarme ir. Gruño mordiendo su oreja mientras me corro muy dentro suyo, marcándola a fuego. Aprieto mis mandíbulas vaciándome por entero cuando de repente me sobrecoge un sentimiento de culpa.

¿A quién tratas de engañar, Dumar? Sabes muy bien que jamás podrás ser su príncipe. Mi semilla caliente no es más que un intento desesperado por atar a Bella a mi destino.

Meneo la cabeza intentando apartar esos pensamientos hirientes. Es la verdad, pero duele tanto que prefiero relegarla al fondo de mi mente, donde no pueda interferir con la felicidad que siento en este momento.

Casi hechizado me quedo observando su cuerpo desnudo y suspiro profundamente. Necesito saciar mi sed de ella. ¡A la mierda con el maldito contrato! Un año no me bastará. ¡La quiero junto a mí para siempre! Quiero hijos con ella, quiero una vida con ella...

Lo quiero todo y voy a obtenerlo a pesar de todo, cueste lo que cueste.



# Capítulo 12

## BELLA

—¡Vaya, esto es una auténtica pasada! —exclamo al llegar a la finca contigua al Palacio Blanco que, luego de firmar el contrato de compra venta, el sultán ha habilitado por fin para que podamos disfrutar de ella.

Dumar asiente con la cabeza mientras avanza lentamente hacia mí atrayéndome hacia su cuerpo.

—Y es todo nuestro.

Niego con la cabeza reprimiendo una sonrisa.

—Es todo tuyo, querrás decir.

—Nuestro —insiste con su tono mandón.

—Vale... —digo suspirando porque he aprendido que contradecirle es inútil.

Disfruto tanto de la cercanía de su cuerpo que es imposible enfadarme con él. Él me devora la boca con un beso apasionado como lo hizo durante la noche anterior. Y cada una de las últimas siete noches también. Me sonrojo recordándolo. Madre mía, ¿cómo he dejado que mi lujuria se apoderara de mí de esta manera?

No es solo lujuria, una voz me corrige desde lo más profundo de mi conciencia. Pero hago una mueca porque no me apetece oír esa voz en este momento, en un sitio tan mágico como este con un espléndido atardecer que tiñe el cielo de colores, así que rompo el beso de golpe y me suelto de los brazos de Dumar para echar a andar con entusiasmo de un sitio al otro.

Tras atravesar la rampa que conduce al maravilloso vivero ubicado en medio del lago artificial y dominado por una gigantesca higuera de Bengala cuyas raíces aéreas se cruzan en todas direcciones. Pararse en medio de esta isla boscosa con el fondo del infinito desierto de arenas blancas realmente impone y quita el aliento.

Dumar se acerca con una sonrisa en los labios. Con la cabeza alzada hacia las copas del baniano nos cogemos de la mano. De repente algo llama mi atención y señalo hacia una de las ramas más bajas.

—¡Mira allí!

Dumar sigue la dirección de mi dedo.

—Vaya, has encontrado un nido de agapornis. ¿Sabes qué especial es eso?

Fascinada rodeo el árbol buscando un sitio por el que trepame. Pongo un pie sobre una de las raíces salientes y empiezo a ascender sintiéndome ágil y

confiada. Pronto estoy sentada en una de las ramas justo debajo del nido.

—Ten cuidado, nena.

Miro hacia abajo y veo a Dumar que me mira con el ceño fruncido atento a cada uno de mis movimientos. Le invito a subir con un gesto de la mano y me echo a reír al verle resoplar y pasarse una mano nerviosa por el pelo.

—¿Un grandullón tan fuerte como tú no sabe treparse a un árbol? ¡Qué vergüenza!

Pero no he acabado de decir aquello cuando él llega junto a mí tomándome de la cintura y haciéndome cosquillas.

—¡Basta ya, los asustarás! —susurro riendo encantada.

Él me mira a los ojos.

—Este grandullón está aquí para protegerte y consentir todos tus caprichos, siempre y cuando no me desafíes...

Pongo mis ojos en blanco, pero luego me quedo observándole durante unos segundos, primero sus maravillosos ojos rasgados y enseguida su boca de labios firmes y carnosos. La verdad es que está para comérselo...

Él acerca su boca a la mía como si adivinara mis pecaminosos pensamientos y me muerde el labio inferior antes de succionarlo dentro de su boca haciéndome gemir y querer tocarle con la punta de mi lengua. Pero tan pronto como se ha acercado se aparta y levanta la vista hacia el nido.

—¿Te gustaría llevártelos a casa?

Le miro abriendo los ojos como platos.

—¡Estás loco! ¡Sería incapaz de quitarles sus hijillos! Se los ve tan felices.

Miro hacia arriba y desde aquí puedo ver a los agapornis en las ramas más altas. Me vuelvo hacia Dumar con un gesto de preocupación.

—¿Crees que me atacarán si me asomo al nido?

—Dejarán que te acerques, pero te vigilarán de cerca. Son muy celosos.

Frunzo el entrecejo.

—Mira quien fue a hablar.

Él hincha el pecho.

—¡Pues claro, yo soy el más celoso de todos, y con mucho orgullo además!

Me echo a reír pero él pone un dedo sobre mis labios para detenerme y juntos miramos hacia arriba. Él susurra en mi oído.

—¿Puedes oír eso?

Si me esfuerzo puedo oír un leve sonido trémulo. Le miro abriendo los ojos al caer en la cuenta. ¡Son las crías que han empezado a piar pidiendo



comida!

—Anda, échales un vistazo antes de que sus padres regresen al nido. ¡Cuidado donde pones el pie!

Me levanto sobre la rama sujetándome de los hombros de Dumar. Luego le suelto para poner mis manos en la rama superior y de inmediato siento sus manos afirmarse alrededor de mi cintura para sostenerme y empezar a elevarme lentamente. De a poco los polluelos van apareciendo ante mis ojos. Son cuatro pequeñajos con los ojillos aún cerrados que abren y cierran sus picos levantándolos al aire. Aún tienen muy poco plumaje y en su mayor parte es blanco, pero aquí y allá comienzan a vislumbrarse algunas plumas naranjas, verdes y azules. A juzgar por el colorido de sus padres, serán unas aves preciosas.

Me vuelvo hacia Dumar.

—Son una monada. ¡Tienes que verlos!

Él se impulsa con un brazo para echar un vistazo y se vuelve hacia mí con una sonrisa que me derrite. Sin poder evitarlo le doy un suave beso en los labios y él se me queda mirando con sus ojos oscurecidos por el deseo.

La pareja de agapornis están ahora en la rama contigua, casi encima de nuestras cabezas. Frunzo la nariz con un gesto preocupado.

—¿Pensarán que queremos hacerles daño?

—Más bien creo que nos ven como la visita inoportuna a la hora de la cena. Venga, despídete de los pequeñajos.

Asiento con la cabeza.

—¡Adiós preciosos, sois un encanto!

Dumar coge mi mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Este contacto tan íntimo me llena de una paz inexplicable. Cuando se inclina hacia delante ofreciéndome cargarme, me monto sobre sus espaldas y bajo del árbol abrazada a él. Al poner los pies en tierra me vuelvo hacia él golpeando su pecho con el dedo índice.

—¡Tú Tarzán, yo Jane!

Él abre los ojos como platos un segundo antes de soltar la carcajada al pillar la broma. Nos partimos de risa de camino a casa entre las higueras. El sol se ha ocultado y tras las nubes naranjas comienzan a brillar las primeras estrellas.

—No sabía que a las princesas las enseñan a trepar como monos.

Hago una mueca burlándome de mí misma.

—De niña era la que devolvía los pajarillos caídos a sus nidos. Te aseguro

que jamás ninguna de mis hermanas aprendió a trepar árboles.

—Así que tú eras la machorra.

Suelto la risa y niego con la cabeza.

—Yo diría que nací con ese talento. Algunos nacen con talento para la música o los idiomas. Al parecer yo he nacido para trepar árboles —me encojo de hombros.

—No es así, tú eres una mujer muy talentosa y lo sabes.

Hago un ademán restando importancia a su comentario.

—Lamentablemente eso no es cierto. Me han educado para ser una buena princesa con un solo objetivo, gustar al príncipe que mi padre eligiera y luego limitarme a ser su trofeo por el resto de mi vida.

Dumar me mira a los ojos.

—Tú jamás serás mi trofeo.

Hago una mueca irónica.

—Y tú jamás serás mi príncipe azul.

Al oír esto Dumar desvía su mirada perdiendo la sonrisa. Enseguida me suelta la mano y me quedo mirándole mortificada mordiéndome el labio inferior pensando que no debí haber hablado de esa forma. Aunque solo he intentado hacer una broma, evidentemente él no se lo ha tomado así.

Durante un rato andamos en silencio. Las luces del parque se encienden alumbrando nuestro camino hasta la casa. Cada tanto le miro por el rabillo del ojo y el corazón se me encoge al verle tan taciturno y distante. ¿Acaso le he herido con mis palabras? Esta vez no ha sido mi intención, pero no me atrevo a decir nada por miedo a cagarla aún más.

Finalmente es él quien vuelve a hablar.

—¿Tienes hambre, alteza?

—Ya no me digas alteza, por favor, me haces sentir ridícula.

Él sonríe pronunciando mi nombre lentamente como si saboreara una victoria. Me sonrojo sonriendo a mi vez. Él me guiña un ojo.

—Bella suena mucho mejor. ¿Tienes ganas de cenar?

—Ahora que lo mencionas...

—Pues no se diga más, cocinaré para ti.

Levanto una ceja incrédula y él me mira interrogante.

—¿Crees que no puedo cocinar?

—Si no lo veo... —canturreo divertida.

—Pues ya lo verás.

Con la velocidad del rayo me coge en sus brazos alzándome en vilo y echa

a andar en línea recta hacia la entrada exterior de la cocina mientras me abrazo a él riendo feliz. Después de dejarme en un taburete, abre un cajón y se pone un delantal blanco encima de sus vaqueros.

—¿Qué tal? —dice girando en su sitio para que pueda apreciar sus pintas de chef.

—Te sienta fatal —miento. Lo cierto es que probablemente se vea más sexy que nunca el muy cabrito.

Se pone a trabajar y yo apoyo la cabeza en mis brazos cruzados sobre la isla de cocina para observarle. Fascinada le miro moverse como pez en el agua poniendo una sartén en el fuego y seleccionando los ingredientes que va dejando sobre la encimera. Veo limones, mangos, cilantro, miel... y del congelador saca un salmón con una pinta magnífica.

—Debo confesar que jamás hubiera adivinado estas cualidades tuyas.

—Pues ya ves, te equivocas de nuevo sobre mí —se vuelve para mirarme por encima de su hombro —. Y van...

Pongo los ojos en blanco. Ya sé que me he equivocado varias veces con él, pero detesto que me hable con ese tono de listillo. Señalo la sartén humeante con la intención de hacerle enfadar.

—Apuesto cien pavos a que eso sabe a rayos.

Ríe mientras coge un cuchillo y se pone a cortar cebollas en juliana como un experto. Se ve a la legua que se lo está pasando en grande.

—Me sentiría culpable si tomara tu dinero tan fácilmente, princesa.

Después de freír y salpimentar el salmón mete la fuente a gratinar en el horno y pulsa sobre la pantalla del programador.

—Estará listo en diez minutos. ¿Te apuesto el postre a que no sabes poner bonita la mesa?

Salto del taburete con una sonrisa.

—¡Desafío aceptado!

Me pongo a trabajar escogiendo unos individuales con motivos marinos y encima voy colocando los platos y cubiertos, luego cojo las tijeras e improviso un arreglo floral con los lirios y las caléndulas que recogí en el parque. Pongo el jarrón de cristal tallado en el centro y doy unos pasos hacia atrás para admirar mi obra. Chasqueo la lengua porque me he olvidado de las luces. Corro a atenuar las lámparas cenitales y cojo de un cajón unas velas japonesas que ya había visto antes y tras encenderlas las coloco en sitios estratégicos del comedor. Ahora sí, sonrío satisfecha, mucho mejor.

De pronto siento sus brazos abrazándome por la cintura y pegando su

pecho a mi espalda.

—Es perfecto —dice él susurrando desde atrás y gimo aspirando su colonia al tiempo que ladeo mi cabeza dejando mi cuello al descubierto para que él me bese si lo desea. Pero enseguida me doy cuenta de lo que estoy haciendo y abro los ojos como platos, pues este es un comportamiento de novios. Tengo claro que tenemos sexo solo porque él me ha comprado y las cosas entre nosotros están bastante confusas ya para que lo complique aún más haciéndome la gatita mimosa. Me aparto de inmediato y él se queda mirándome algo sorprendido.

Cuando la comida está lista Dumar pone la fuente delante de mis narices haciendo una pequeña reverencia.

—Salmón asado en salsa de cilantro y maracuyá... —hace una pausa antes de añadir con tono malicioso—. La fruta de la pasión.

Niego con la cabeza y hago ademán de quitarle la fuente de las manos pero él levanta la fuente sobre su cabeza echando a reír. Frustrada cojo un palito de pan ácimo y me lo llevo a la boca para calmar la ansiedad. ¡Dios mío, ese salmón huele a gloria y la tripa me hace unos ruidos que parece un concierto! Tomamos la cena en silencio porque no paro de tragar y él se deleita observando cómo limpio mi plato en tiempo récord. Jamás me he sentido más hambrienta y cuando me termino el segundo plato levanto la vista hacia Dumar sonrojándome porque ni siquiera le he dado las gracias.

Él se ha llevado las manos detrás de la nuca y me mira interrogante con esa sonrisa de medio lado tan suya.

—Vale, seré sincera —digo suspirando y poniendo los ojos en blanco—. Odio admitirlo, pero es que esto está buenísimo.

El muy cabrito me guiña un ojo.

—Ya lo sabía. Y espera a probar el postre que te has ganado.

Levanto las cejas confundida porque no le he visto preparar nada dulce y me quedo mirándole hasta que caigo en la cuenta de que no se refiere a la comida. Frunzo el entrecejo cruzándome de brazos y de forma terminante digo.

—¡Ni lo pienses!

Dumar arquea una ceja.

—¿Tan mal lo hago?

Qué va, pienso sonrojándome al recordar las noches anteriores. Pero quiero mantener las distancias porque temo que se canse de mí. Quiero que me eche de menos, al menos durante una noche. Me excuso con lo primero que se me

cruza por la mente.

—Estoy exhausta. ¿Acaso tú no te cansas de tanto...?

—¿De tanto follar? Nunca.

Me pongo como un tomate. ¿Por qué tiene que ser tan directo? Y lo que es peor, ¿por qué las palabras obscenas suenan tan endemoniadamente sexy en sus labios?

—Eres un troglodita. Podrás cocinar como los dioses pero no tienes maneras.

—Pues hay cosas que sin maneras son más divertidas... —me guiña un ojo con descaro.

Siento arder mis mejillas y me pongo en pie amenazando con dejar la mesa.

—Ya he tenido suficiente. Gracias por la comida —digo dando media vuelta y huyendo hacia el salón.

—Un momento, nena. Quiero que te vistas para mí.

Me quedo quieta en mi sitio pensando en las prendas de lencería que vi ayer en uno de los estantes del vestidor cuando buscaba toallas limpias. Sé que él las dejó allí a propósito para que las viera y me escandalizara. Algo en mi interior cede y siento una tensión incómoda en mi bajo vientre. Me vuelvo hacia él poniendo los brazos en jarra y le fulmino con la mirada.

—¿No hablas en serio, verdad?

Él se acerca lentamente hacia mí, con pasos largos y silenciosos como un tigre al acecho.

—Jamás he hablado más en serio en mi vida.

Le veo deshacer el nudo de su delantal dejándolo caer al suelo. Luego se aprieta contra mí y gimo al sentir todo el peso de su erección. Doy un respingo al recibir una repentina palmada en el culo sintiendo un subidón de adrenalina cuando me dice al oído con la voz enronquecida.

—Ve... a... vestirme... para... mí —arrastra las palabras con un tono entre autoritario y sensual que hace que mis rodillas tiemblen—. Y no me hagas repetirlo, porque entonces tendré que volver a castigarte. Y esta vez será diez veces peor.

Trago saliva pensando en el castigo de la última vez y mi pulso se acelera.

Más intrigada que nunca, decido obedecer la orden. Al subir la escalinata me doy cuenta que ya no tengo miedo de él. Estoy sofocada por sus palabras, por sus misteriosos ojos grises fijos en mi cuerpo y por esa forma tan posesiva de tocarme, de adueñarse de mi cuerpo como si yo fuera de su

propiedad.

Eres de su propiedad, me corrijo sintiendo una punzada de deseo irresistible y notando la incómoda humedad entre mis muslos.

Me doy prisa y al entrar en el dormitorio veo desplegado sobre la cama el conjunto que él quiere que me ponga para él. Abro los ojos como platos sosteniendo en alto la prenda que más llama mi atención. Un corsé de cuero rojo pequeñísimo. No se parece en nada a los corsés que solía usar debajo de mis vestidos. Este lleva los cordones negros entrelazados y en la parte delantera unos broches de diamante. ¡Madre mía, es una monada, pero luce tan pecaminoso...!

Que Dumar me quiera ver con un corsé tan pequeño me hace sentir emociones encontradas. Temo que la prenda no me favorecerá en absoluto y me veré tan horrible que él se decepcionará. ¡Pero las ganas de probármelo son más fuertes!

Que sea lo que Dios quiera, me digo finalmente, y a toda prisa me pongo las braguitas de encaje negro sintiéndome fatal porque aún no las estreno y ya las estoy ensuciando. Me remuevo incómoda sintiendo que la prenda no hace más que intensificar la sensación de humedad entre mis piernas. Hago lo posible por ignorar la molestia y a continuación me coloco el sujetador. Su encaje sigue el mismo patrón que el de las braguitas, ambos son preciosos y muy sensuales. Pero lo que de verdad ansío es enfundarme en el corsé, así que me planto delante de los espejos en el inmenso cuarto de baño y me miro desde todos los ángulos observando que después de todo este tipo de ropa interior no me sienta tan mal. ¿Quién lo diría?

Luego levanto la pequeña pieza de cuero y la coloco alrededor de mi cuerpo. Su tacto es algo áspero, debo atármelo bien fuerte para que no me lastime. Comienzo a abrochar el frente y después llevo mis brazos a mi espalda para atar los cordones. Lo ajusto sintiendo que la presión aumenta hasta que me cuesta respirar. Madre mía, esto es tan lujurioso... La Bella que me devuelve el espejo es otra persona. ¡Jolín, ni siquiera me reconozco! Jamás me vi como una mujer sensual. Pero eso es lo que el espejo me devuelve y me siento complacida. Me miro por última vez asegurándome que todo esté bien antes de regresar al dormitorio.

Miro a mi alrededor y cojo la última prenda del conjunto, un albornoz de seda negro. Justo cuando acabo de abrochármelo aparece Dumar en el vano de la puerta y se apoya en él cruzándose de brazos evidentemente complacido por lo que ve, puesto que parece querer comerme con los ojos.

Me remuevo inquieta sentada en el borde de la cama y cuando comienza a quitarse la ropa sin decir ni media palabra tomo aire nerviosa. Le veo desnudar su torso y trago saliva al recorrer con la vista sus grandes hombros, su ancho pecho y su estómago plano y duro con esos músculos en forma de V justo encima de la cinturilla de sus vaqueros. Madre mía, su erección es tan grande que abulta sus pantalones de una forma que jamás había visto antes.

Me muerdo el labio inferior cuando se desprende el botón de la cremallera y se queda mirándome traviesamente. La anticipación me está matando cuando por fin echa a andar hacia mí rodeando la cama de forma amenazante. Siento que mi corazón va a mil por hora. Levanto la vista hacia él que se cierne sobre mí dominándome con su presencia avasalladora. Su aura de poder me impone y me excita a partes iguales cuando sin preámbulos me arranca el albornoz con una brusquedad que hace que el corazón me dé un vuelco. Jadeo sin control y él me mira de arriba abajo mientras que con sus manos ajusta el pequeño corsé dejándome sin aire. Gimo al sentir el abrazo sofocante del cuero que se me pega a la piel marcándome a fuego.

Dumar humedece sus labios al fijarse en mis pechos que sobresalen tanto por encima del corsé que parecen más redondos que nunca.

—Eres perfecta, nena —ronronea sonriendo de lado como si estuviera examinando lo que es suyo—. Eres la mejor mercancía. Mejor que el oro y las piedras preciosas, mejor que mil banquetes... Bella, tú eres lo mejor que el dinero puede comprar.

Atravesándome con sus ojos enlaza sus brazos a mi cintura y me agarro a su cabello mientras él desciende sobre mi pecho mordiendo y succionando mis pezones con una voracidad feroz. Grito su nombre con fuerza y continúo gimiendo incoherencias porque el placer que me dan sus besos íntimos se vuelve casi intolerable.

De pronto le veo sacar su miembro muy hinchado y surcado de gruesas venas. Trago saliva porque se ve más grande y vehemente que nunca.

—Mira cómo me pones, mi princesa. Casi no puedo controlarme. ¿Tienes idea del efecto irresistible que ejerces sobre mí? —gruñe sin dejar de mordisquear mis pezones duros.

Chillo cuando me quita las braguitas de un tirón. De inmediato se coloca entre mis muslos bajándose los vaqueros hasta media pierna y me estremezco cuando siento su calor irradiando en mi zona más íntima. Desvergonzadamente restriega su miembro sobre mis pliegues acariciándome de una forma salvaje. Mi centro palpita y cuando al fin se decide a

penetrarme cierro los ojos con fuerza y me desgañito como si me fuera la vida en ello.

—¿Estás adolorida, nena?

—No —miento.

—Sabes que no quiero hacerte daño, pero hoy me apetece follarte duro. Si quieres que me detenga solo tienes que pedírmelo, ¿vale?

Afirmo con la cabeza y él me acaricia una mejilla. Le miro con mis ojos entornados sintiendo que nuestras almas se conectan de una forma tan íntima y profunda que lo único que me apetece en este momento es fundirme en su cuerpo.

Le oigo gruñir en mi oído.

—Quiero que tú misma te lo metas a tu gusto.

Abro los ojos como platos y sigo la dirección de su mirada hacia el punto donde nuestros cuerpos se unen tan íntimamente.

Siento arder mis mejillas y le miro indecisa. Él me anima con una sonrisa sensual. Tomo aire antes de estirar mi mano para envolver su espesor con mis dedos, pero por más que lo intento no puedo abarcarlo todo porque mi mano es demasiado pequeña. Él gime cada vez que le toco y su reacción me anima a acariciar su miembro a lo largo, lentamente de abajo hacia arriba.

Dumar cierra los ojos y de repente aspira el aire por la boca.

—No hagas eso, nena... —me advierte.

Su virilidad palpita entre mis dedos y su piel es tan suave y caliente que no puedo parar de acariciarle. Estimularle de esta forma me hace sentir poderosa. Sus gruñidos tan masculinos provocan todo tipo de sensaciones en mi cuerpo, llevándome rápidamente al borde del placer.

Dumar abre los ojos de golpe y me mira intensamente quitando mi mano de su miembro como si mi tacto le quemara.

—Olvídalo, nena, no me correré como un adolescente sobre tu mano.

De la forma más abrupta sus caderas embisten contra mí y me aferro a él justo a tiempo para que entre tan profundamente en mi interior que me estremezco y echo mi cabeza hacia atrás con un quejido.

—Contigo no me puedo contener. Solo tú puedes hacer que pierda el control de esta manera. ¡Eres mi perdición!

Sus palabras inexplicablemente me llenan de orgullo. Suplicante gimo contra su boca.

—No te contengas entonces...

Él aprieta su mandíbula al tiempo que acomete contra mí con una



brutalidad que hace que arquee la espalda al sentir su ardiente invasión. Le quiero todo dentro de mí y mis caderas comienzan a moverse siguiendo su ritmo salvaje buscando aquella cosquilla íntima y profunda que él me ha hecho conocer y que hace que mi cuerpo explote en mil sensaciones distintas.

—Pídeme el mundo y lo pondré a tus pies, Bella —susurra en mi oído mientras bombea dentro de mí sin misericordia. La fricción provoca un dolor delicioso y grito con la boca muy abierta sintiendo que me estiro al máximo al tomar dentro de mí todo su tamaño.

—¡No te detengas, por favor! —suplico con voz agónica sintiendo que las cosquillas aumentan de intensidad volviéndose una corriente eléctrica desatada e incontenible.

Él vuelve a gruñir hundiendo su nariz entre mis rizos.

—Este bruto hará que te corras como nunca lo has hecho en tu vida...

De inmediato siento sus dedos sobre mi clitoris y quedo a su merced. Las sensaciones son tan intensas que me desarmo aplastada bajo su cuerpazo, abriendo mi boca contra su pecho deshaciéndome en un grito agónico mientras me abandono al placer infinito.

—Tan.. condenadamente... apretada... mi dulce... Bella... —exclama con cada acometida haciendo que mi orgasmo se prolongue más y más, hasta que en un momento veo que su estómago se tensa al máximo quedándose quieto dentro de mí, lo mas profundamente que mi cuerpo permite, y empieza a derramarse largamente en mi interior mientras yo tiemblo de deleite. Bajo mis manos los músculos de su espalda se contraen y relajan sin parar y me abrazo a él buscando sentir todo el peso de su cuerpo sobre mí.

Me remuevo debajo suyo con los ojos cerrados hasta encontrar su boca. Dumar atrapa mis labios y entorna los ojos lo suficiente para ver que me mira con sus pupilas grises casi transparentes mientras succiona mi labio inferior arrancándome un suspiro que parece provenir directamente de mi alma.

Apoyo mi frente sobre la suya y le acaricio enredando mis dedos en su espeso y sedoso pelo negro sonriendo con satisfacción.

—Ya no intentaré huir de ti —digo mientras me arrebujó entre sus brazos sintiéndome protegida por su calor—. Te lo prometo.

—Estás unida a mí, nena. ¿Puedes sentirlo? Tu cuerpo es mío, lo he reclamado y me pertenece. Y aún así no creo que jamás llegue a saciarme. Necesito más de ti, nena.

—Pues tómalo...—las palabras escapan de mis labios y solo me doy cuenta de cuánto significan para él cuando aparta su rostro para mirarme

seriamente.

—Lo quiero todo y más—susurra y siento su aliento fresco sobre mis labios. Estiro mis labios para besarle pero él se levanta de la cama y se dirige al cuarto de baño. Escucho correr el agua y gimo al darme cuenta de la burrada que acabo de decir. ¿Realmente le has dicho que lo tome todo de ti? ¿Qué te ha impulsado a decir algo así?

Niego con la cabeza sin poder creerme lo impulsiva que me he vuelto. Me remuevo nerviosa bajo las sábanas mientras las dudas empiezan a carcomerme por dentro.

Dios mío, ¿qué me ha hecho este hombre para que desee estar junto a él? Si es un bruto que se lleva a todo el mundo por delante, ¿por qué tienes que dejar que lo haga también contigo?

Admito que siento curiosidad por este hombre, quizás demasiada, y que su forma única de someterme y adorarme a la vez me resulta fascinante. De hecho, jamás imaginé que yo podría provocar algo así en un hombre.

Pero esto es demasiado...

Suspiro y de golpe un pensamiento nuevo se cuelga entre la miríada de pensamientos que sobrevuelan mi cabeza.

“¿Es que acaso le amas?”

Todas mis alarmas se encienden al pensar aquello.

¡Menudo disparate, pero si esto no puede ser amor! Chasqueo la lengua como si acabara de pensar la tontería más grande del mundo.

Además, él jamás ha dicho que me ame. ¡Tampoco yo le amo! ¡Ni siquiera sé que se supone que deba una sentir al estar enamorada!

Madre mía, todo es tan confuso... ¡Me resisto a seguir dándole vueltas al asunto! No es momento de pensar en estas cosas. Tenemos un año para estar juntos. Un año y ni una hora más, estrictamente lo que dure el contrato. Y no, no dejaré que lo tome todo de mí. Si en verdad necesita más de mí, pues tendrá que ganárselo a pulso.

¡No estoy dispuesta a regalarle nada!



# Capítulo 13

## BELLA

Un fuerte ruido me despierta y abro los ojos girando la cabeza en la almohada para ver a Dumar dormido junto a mí.

Durante unos segundos me quedo escuchando atentamente. Silencio. Ya es de mañana y el sol ha empezado a colarse por las persianas. ¿Será que lo que me ha sobresaltado ha sido apenas un sueño?

Pero enseguida vuelvo a oír golpes que suenan insistentes y desde abajo llega claramente un alboroto de voces extrañas. Alarmada me siento en la cama mientras que los brazos de Dumar rodean mi cintura de forma posesiva. Me vuelvo hacia él que aún entredormido me acaricia una pierna gruñendo.

—¿Mi amor, ya estás despierta?

Los golpes vuelven a sonar y esta vez lo hacen tan fuerte que parece que estuvieran intentando derribar la puerta. Asustada me abrazo a Dumar que se ha incorporado en la cama y se frota los ojos con una mano.

—Tengo miedo... ¿Qué crees que ocurra allí abajo? —pregunto con voz temblorosa. Parpadeo tratando de reprimir las lágrimas y respiro con dificultad sintiendo un pánico atroz. Al verme en ese estado él toma mi cara entre sus manos.

—Respira, nena. No sucederá nada malo, ¿me oyes?

Le veo vestirse a toda prisa.

—¡Te acompaño!

—No, tú te quedas aquí. Descuida, yo me encargo de esto.

Cuando le veo coger el llavero y advierto que su intención es cerrar la puerta del dormitorio protesto temblando.

—¡No quiero estar encerrada!

Me mira durante un instante y finalmente asiente.

—Vale, pero debes prometerme que no te moverás de aquí hasta que regrese.

Afirmo con la cabeza. Al verme tan indefensa él viene hasta mí para sentarse a mi lado y cogiéndome por la nuca me da un beso que me roba el aliento.

—Regreso pronto.

—¿Me lo prometes?

—Claro, mi amor.

Apenas le veo bajar las escaleras salto de la cama y me cubro con un

albornoz. Acercándome con cuidado a la barandilla de las escaleras me asomo tratando de escuchar. Me doy cuenta que ya ha abierto la puerta de entrada porque el ruido de voces de hombres y pisadas de zapatos de repente invade el vestíbulo. El vozarrón indignado de Dumar atruena en el salón y de inmediato me agazapo con el corazón en la boca.

—¡Qué cojones haces tú aquí! ¡Sabes que no eres bienvenido a mi casa!

Luego de eso se oye una discusión fuerte y me llevo una mano al corazón cuando alguien da un portazo y el salón vuelve a quedar en silencio.

Preocupada por Dumar, me visto a toda prisa mientras mi cabeza no deja de dar vueltas al pensar que alguien puede querer hacerle daño. Bajo corriendo descalza y me acerco con cuidado a una de las ventanas espiondo hacia fuera a través de las cortinas. El alma se me cae al suelo al ver a mi padre. ¿Qué narices hace él aquí?

Media docena de hombres de su guardia real rodean a Dumar. Ninguno de ellos lleva puesto el uniforme, pero reconozco el blasón de nuestra familia grabado en sus fusiles que apuntan directamente a su cabeza. Parpadeo rápidamente mientras empiezo a caer en la cuenta de lo que está sucediendo aquí. ¡Mi padre ha venido para llevarme de vuelta con él! Me trago las lágrimas de indignación que arden en mis ojos. ¿Con qué derecho podría hacer algo así? ¡Sobre todo después de haberme tratado como lo hizo!

Una rabia incontenible me atraviesa el cuerpo impulsándome a salir y enfrentarles. Sin pensármelo dos veces abro la puerta y bajo la escalinata antes de echar a correr hacia ellos. Todos giran la cabeza al verme, incluido Dumar.

—¡Bajar las armas! ¿Acaso estáis locos? ¡No podéis venir aquí a amenazarnos de esta manera!

Los guardias se miran confusos mientras mi padre tiende su mano hacia mí animándome a que me acerque a su lado.

—¡Aquí estás, hija mía! ¡Menos mal que estás sana y salva! Siento tanto haberte entregado a este hombre, mi niña, pero ya estoy aquí, la pesadilla ha terminado.

Le miro con el ceño fruncido alejándome de él. En cambio me vuelvo hacia Dumar e intento abrirme paso en su dirección pero los guardias se interponen entre nosotros. Puedo ver que Dumar me busca con la mirada y cuando nuestros ojos hacen contacto me estremezco de los pies a la cabeza.

—En unos momentos volveré a estar contigo, te lo prometo. Ahora regresa a la cama, nena —ordena en tono severo.

Veo que mi padre hace una mueca de disgusto al oír las palabras de Dumar. Se vuelve hacia él rojo de furia.

—¿Quién coño crees que eres para hablarle así a mi hija?

—¡Déjalo, papá! —intervengo, y señalándole con un dedo acusador añado—. Recuerda que fuiste tú quien me vendió a Dumar, por lo tanto él es mi dueño y puede hablarme como le plazca—. Horrorizado mi padre se vuelve hacia mí y a medida que voy hablando su gesto se descompone cada vez más. —¡No tienes derecho a venir aquí y actuar como si pudieras llevarte el mundo por delante!

Al llegar a mi lado se encara a mí y, ante la sorpresa de todos, me abofetea volviéndome la cara. Jadeo indignada tocándome la mejilla irritada y oigo la voz potente de Dumar.

—¡Hijo de puta, cómo te atreves!

Me vuelvo hacia él a tiempo para ver cómo intenta avanzar enfurecido hacia mi padre. Los guardias a duras penas pueden detenerle, pues aunque está desarmado, Dumar es lo suficientemente alto y corpulento para cargarse a todos ellos con sus puños. Pero antes de que pueda ponerle una mano encima a mi padre, los guardias logran abatirle golpeando su cabeza brutalmente con la culata de sus fusiles. Chillo con el ruido siniestro de los golpes y al tratar de abalanzarme sobre ellos mi padre me detiene cogiéndome del brazo.

Desesperada me pongo a gritar a pleno pulmón.

—¡Basta ya, malditos cobardes! —Al ver que la violencia aumenta me vuelvo hacia mi padre y le fulmino con la mirada—. ¡Haz que se detengan, maldita sea!

Mi padre me mira con desprecio, como si de repente me desconociera.

—¡Tú cierra el pico! ¿Acaso no te das cuenta que estás avergonzándome?

Me quedo en shock, mirándole con la boca abierta. Toda la rabia que siento hacia él se me queda atorada en la garganta cuando los guardias se apartan y veo que Dumar sigue en pie a pesar de la brutal golpiza que ha recibido. Horrorizada me llevo una mano a la boca al ver que le han destrozado las ropas y está tan ensangrentado que temo por su salud. Pero para mi sorpresa él vuelve a erguirse amenazante en medio de los guardias, sacudiéndose el polvo en un gesto de desprecio hacia mi padre, que al verle recuperado se acerca unos pasos, aunque manteniendo la distancia suficiente para que Dumar no pueda atacarle.

—¿Por qué eres tan necio? —pregunta señalándole con un dedo—. ¿De

veras creíste que podrías esconderte de mí?

Dumar intenta acercarse a mí pero los guardias le detienen. Furioso se vuelve hacia mi padre.

—¡Ni se te ocurra volver a ponerle una mano encima a mi Bella!

—¿Tu Bella? ¡Eres un maldito desquiciado! ¿De verdad crees que dejaré que te quedes con mi hija? ¡Mira lo que te ha ocurrido por ser tan obstinado! Si tan solo hubieras colaborado, podrías haberme ahorrado todo este trabajo. ¡Pero no, creíste que podrías ignorar los avisos y advertencias de mis abogados, y quedarte con mi hija a pesar de saber que la quería de vuelta!

Me vuelvo hacia Dumar perpleja. Él me mira de reojo y baja su cabeza. ¡Dios santo, no tenía idea que mi padre me buscaba! ¡Esto es una locura! Con los ojos entrecerrados me dirijo a Dumar.

—¿Es cierto eso? ¿Por qué me lo has ocultado?

—¡Porque tu padre quiere seguir haciendo negocios a tu costa! ¡Es un estafador de la peor calaña y está dispuesto a volver a entregarte al mejor postor!

Miro a mi padre y él aparta su vista y encolerizado me coge del brazo arrastrándome hacia la salida, mientras le advierte a Dumar.

—¡Jamás vuelvas a acercarte a nosotros! El maldito contrato se ha anulado legalmente y en tu cuenta bancaria puedes encontrar hasta el último centavo de tu sucio dinero. ¡Tú y yo no tenemos nada más que hablar!

Les miro a ambos sin poder creerme lo que oigo. Los ojos grises de Dumar brillan más feroces que nunca al dirigirse a mi padre.

—¿Ahora vienes a tratar de salvar tu dignidad? ¿Después de vender a tu hija solo por salvarte el culo? ¿Qué te hace pensar que puedes redimirte? ¡Eres un hombre débil y siempre lo serás!

Al oír esto los guardias se ponen en alerta apuntando sus armas. Mi padre traga saliva y levanta una mano indicando a sus hombres que bajen sus rifles. Luego se vuelve a Dumar.

—No tienes respeto por nada ni nadie. ¡Jamás vuelvas a acercarte a nosotros o la próxima vez no dudaré en dar la orden de disparo!

Dicho esto, mi padre me lleva hasta una limusina aparcada a pocos metros de la entrada. El chófer preocupado arranca el motor apenas nos ve llegar. Antes de entrar en el coche me vuelvo buscando a Dumar, pero los guardias le han arrastrado hasta el interior de la casa.

Airada miro a mi padre.

—¡No tienes derecho!



Me limpio las lágrimas con los puños apretados. Jamás me he sentido tan impotente como en este momento. Mi padre cierra la portezuela tras de mí y con los ojos entrecerrados le veo sentarse a mi lado. Ni siquiera puede mirarme a los ojos cuando me dice.

—Si ese maldito te ha hecho daño, le quitaremos hasta el último centavo en los tribunales.

Niego con la cabeza.

—¡Él sería incapaz de hacerme daño! No es el salvaje que tú crees que es.

Mi padre levanta su rostro para mirarme con incredulidad y luego se recuesta en el respaldo suspirando mientras marca un número en el móvil. Enseguida se pone a dar órdenes a sus hombres.

—¡Rápido! ¡Coger las cosas de mi hija y que uno de vosotros despache las maletas! Los demás os quedaréis vigilando a esa escoria para que no pueda salir de aquí.

Después de colgar tira el teléfono en el asiento y me mira como si yo estuviera mal de la cabeza.

—Hija, solo estás cansada y aturdida, eso es todo. Ese tipo te ha destrozado los nervios y en el estado en que te encuentras ya ni sabes lo que dices. Pero pronto estarás en casa atendida por los mejores médicos y las cosas volverán a ser como antes.

Le miro con una mueca de disgusto apartándome de su lado.

—¡Eres un cínico!

Mi padre resopla y mira hacia delante dándole la orden al chófer para partir. El coche arranca y pone rumbo al aeropuerto. El perfil del Palacio Blanco, el sitio mágico que durante estos últimos días se transformó en mi hogar, se aleja cada vez más volviéndose un punto en la distancia.

¡Odio a mi padre! ¡Y también odio a Dumar por ocultarme que mi padre quería anular el contrato!

Pero sobre todo odio estas malditas transacciones comerciales que han acabado arruinando mi vida. ¡Estoy harta de ser comprada y vendida como una mercancía, harta de que todos dispongan de mí sin que nadie se detenga a pensar en mis sentimientos!

Hundo mi cara en mis manos para ocultar mis lágrimas y solo vuelvo a levantar la cabeza para salir de la limusina y subirme al avión privado que nos espera. Me dejo conducir como una autómatas a través de la pista del aeropuerto. Cuando el avión despegas, mi padre respira aliviado y se bebe un vaso de whisky. Luego se vuelve hacia mí con un gesto de desprecio.

—Te desconozco. ¿Qué ha hecho ese soldado desgraciado con mi niña? — pregunta sin esperar respuesta—. Sea lo que sea, ahora debes olvidarte de él. Continúas siendo una de las princesas del reino y necesito que regreses a tu rol protocolar. En algunos días más el príncipe Henri de Nueva Languedoc viajará desde su país para conocerte y, si Dios quiere, pedir tu mano. ¿Sabes lo importante que es esto para la familia? ¡Significa que nuestros problemas financieros se acabarán para siempre!

Le miro atónita. Dumar tenía razón. Volverá a venderme al mejor postor sin importarle condenarme a una vida miserable, una vida que no quiero vivir. ¡No puedo creer que mi padre sea tan egoísta!

Él me mira a su vez frunciendo el ceño.

—¿Qué ocurre ahora? ¡Te estoy dando la mejor noticia de nuestras vidas y tú como si nada!

Me encojo de hombros sin mirarle. Al ver mi actitud apática se pone rojo de furia y, después de pedir a la azafata que le llene nuevamente el vaso, se vuelve hacia mí siseando con su aliento nauseabundo.

—¡Y como no colabores, prepárate para la que te va a caer encima!

Aparto la cabeza con los ojos enrojecidos. Miro las nubes en el cielo y parpadeo varias veces. Cada vez que cierro los ojos la imagen de Dumar se me aparece. Siento sus brazos fuertes abrazándome y suspiro. En lo profundo de mi alma me doy cuenta de cuánto le necesito.

Vuelvo a abrir los ojos y una lágrima cae por mi mejilla. Me siento tan sola y vacía que me daría igual si el avión cayera en este mismo momento.

# Capítulo 14

# DUMAR

Mierda, jamás pensé que se podría sentir tanto dolor...

Casi no he dormido en los últimos dos días y lo único que hago es pensar en declarar una guerra para recuperar a mi Bella.

Sé que es absurdo. No puedo traer más guerras al reino. Zadir es mi mejor amigo y jamás se me ocurriría interferir en su felicidad. Pero toda mi vida he sido entrenado para resolver los conflictos con violencia. Y mi sangre hierve con la urgencia de invadir el reino de Darío, darle un buen escarmiento y regresar a casa con mi princesa.

Me maldigo porque no estoy a su lado para protegerla y golpeo la pared provocando que tres cuadros caigan al suelo, sus cristales protectores estallando en añicos. La desolación que siento me aplasta. Me dejo caer sobre el último escalón y me paso una mano por el pelo pensando que de seguir así acabaré destruyendo el palacio con mis propias manos.

Me da igual, porque sin mi princesa no merece la pena todo este lujo. No tengo nada si no la tengo a ella.

Suspiro y por enésima vez saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros mirando fijamente el número de Zadir. “Si dices que harías cualquier cosa por tu princesa, deberías ser capaz de tragarte tu orgullo”, me reprocho amargamente. “Venga, ¿a qué esperas? Pide ayuda. ¡Llámale de una puta vez!”

Nervioso aprieto el móvil escuchando el tono esperando a que mi amigo coja la llamada.

—¿Dumar?

—Zadir, amigo, estoy desesperado.

—¡Vaya manera de comenzar el día! Estaba deseoso de recibir noticias tuyas, pero con lo que me dices empiezo a tener un mal presentimiento.

Aprieto los labios.

—La he cagado.

Del otro lado de la línea mi amigo suspira largamente y finalmente dice.

—Venga, suéltalo todo—. Permanezco en silencio y Zadir se impacienta. —¡Oye, sabes que conmigo puedes hablar de lo que sea! No voy a espantarme, te aseguro que ya he perdido la cuenta de las veces que la he cagado por no saber tragarme el maldito orgullo a tiempo.

Joder —mascullo porque sus palabras han dado justo en la diana. Mi

puñetero orgullo siempre hace que las cosas se compliquen. Y esta vez se han complicado tanto que no sé cómo desenredar el nudo. Meneo la cabeza sonriendo porque mi amigo me conoce como nadie—. De verdad, te dará un ataque cuando sepas lo que hice.

—Y a ti se te caería la mandíbula si te contara en detalle todo lo que he tenido que hacer por mi esposa. Pero hay cosas que no te las puedo confesar ni siquiera a ti, amigo. Si alguien llegara a saber que una mujer me puede poner de rodillas tan fácilmente, ya empezarían los jeques de la región a ponerse en fila para invadir mi reino.

Suelto una carcajada.

—Como siempre, tienes la palabra justa, amigo.

—Oye, que es como si me estuviera hablando a mí mismo. Eres un cabronazo incapaz de dar el brazo a torcer. ¡Será por eso que nos llevamos tan bien! Venga, suéltalo.

Tomo aire.

—El caso es que no he pedido la mano de la princesa Bella, ni he convencido a su padre ofreciéndole protección para su reino como te había dicho.

—Vaya tela... —murmura mi amigo.

—Lo siento, os he mentado a ti y a Luana con descaro.

Espero en silencio su reacción, pero Zadir me anima a continuar.

—¿Entonces?

Respiro hondo.

—Que la he comprado. He invertido gran parte de mi fortuna para obtener acceso a ella. Y el rey me la ha entregado con moño y todo. ¿Te lo puedes creer?

El jeque emite un largo silbido indicando su sorpresa.

—Para serte sincero, imaginaba que algo extraño debía haber en todo este asunto. Pero jamás se me hubiera pasado por la cabeza algo semejante.

—Soy un capullo.

—Al contrario, tiene mucho mérito lo que has hecho.

Me sonrío negando con la cabeza.

—Eso lo dices porque eres mi amigo. El caso es que el tiro me ha salido por la culata. El viejo se la ha llevado. Anuló el contrato devolviéndome el dinero, pero ahora me siento más pobre de lo que nunca me he sentido en mi vida sin mi Bella.

—Joder —suspira— el asunto es delicado.

—Lo peor de todo es que estoy bloqueado, no sé qué hacer. En lo único que puedo pensar es en lanzar un ataque directo a Darío.

—De eso nada, ¿me oyes? Vamos a recuperar a Bella por las buenas.

—Como si fuera tan fácil...

—Recuerda, siempre hay una manera. De hecho, creo que algo se me está ocurriendo... Espérame un momento.

Oigo cómo aprieta el botón para cambiar de línea y me quedo mirando el móvil con ansiedad. Tras un minuto Zadir regresa.

—Creo que sé exactamente qué hacer para solucionar esto, pero debes darte prisa. ¡Deja lo que estés haciendo y ven ahora mismo!

Chasqueo la lengua y niego con la cabeza.

—El bastardo me tiene vigilado. Ha puesto guardias armados alrededor de mi casa para impedir que salga de la zona.

—¡Pues tendrás que encontrar la manera! Siempre lo haces, por algo has llegado a ser un comandante tan exitoso.

—Vale, me las apañaré.

—Nos mantendremos comunicados.

Después de colgar me quedo pensativo mirando el móvil durante unos instantes. Lo más rápido sería coger un avión a Nueva Abisinia, pero la guardia de Darío jamás me dejaría llegar al aeropuerto con vida.

Camino frenéticamente de un lado a otro del salón hasta que una idea empieza a tomar forma en mi mente. De golpe cojo el móvil y marco para pedir un taxi. Indico a la centralita que el coche debe esperar por mí en el parking del centro comercial situado en la urbanización vecina, a unos dos kilómetros de donde me encuentro. La operadora me asegura que así se hará.

Finalmente cojo mi cartera y las llaves del aparador y con el mando apago todas las luces y artefactos de la casa. Vale, me digo, si quiero salir de aquí primero deberé burlar a esos matones que ha dejado el rey.

Al bajar la escalinata de mármol el sol me da en pleno rostro. Me detengo durante un momento y cierro los ojos sonriendo porque puedo ver la imagen de Bella tan nítida como si estuviera a mi lado. Huelo su piel, saboreo sus labios, siento su calor, como si nunca se hubiera ido... Mi cuerpo se llena de una energía vibrante. Tengo una nueva esperanza de recuperarla, y por débil que esta sea pienso aferrarme a ella con uñas y dientes.

Solo pido al cielo que no sea demasiado tarde.

Tal como me lo temía, a poco de andar un coche oficial del reino de Nueva Caledonia empieza a seguirme. Cada tanto miro por encima de mi hombro y

veo a los guardias pisándome los talones. Deben estar preguntándose hacia dónde demonios me dirijo. Sé que mientras no coja mi todoterreno ellos no me detendrán. Se limitarán a seguirme, o al menos eso espero. Necesito llegar al centro comercial en una sola pieza. Una vez allí tendré una única oportunidad de confundirles. Será mejor que me mueva con inteligencia y rapidez.

Miro la hora en mi reloj, cerca del mediodía. A estas horas debería haber bastante movimiento de coches en el centro comercial. Después de caminar durante varios minutos con el vehículo enemigo pisándome los talones y los guardias preguntándose qué cojones estoy haciendo caminando por aquí, llego por fin a destino.

Decido entrar por la explanada principal. El coche de la guardia no me pierde el rastro mientras avanzo hacia donde tengo pensado ir. Por el rabillo del ojo puedo ver, en el extremo opuesto de la explanada y disimulado entre otros tantos coches, el taxi que aguarda por mí tal como lo acordamos.

Tomo aire porque aquí empieza la segunda fase de mi plan. Aprieto el paso girando para encaminarme hacia la rampa que conduce al parking subterráneo. Mientras desciendo por ella echo un vistazo por encima del hombro y frunzo el ceño preocupado al no ver a los guardias a mis espaldas. El lugar está oscuro y por un momento solo puedo oír el eco de mis pisadas. ¿Dónde coño se han metido? Respiro aliviado cuando vuelvo a oír el motor detrás de mí y les veo descender encendiendo los faros.

Así me gusta, cabrones, seguirme hasta el final. Me siento el flautista de Hamelin, sonrío con ironía para mis adentros.

Después de descender varios niveles salto de repente entre los coches aparcados ocultándome de mis perseguidores. Tras unos segundos de duda, dos guardias se bajan del coche y les veo venir directamente hacia el sitio donde estoy agazapado detrás de los neumáticos de una furgoneta. Es entonces cuando empiezo a moverme de coche en coche andando a cuatro patas tratando de no ser visto mientras busco con la vista el puñetero montacargas que estoy seguro debería estar en algún sitio por aquí. Estoy fregado si no lo encuentro. Me doy prisa y arriesgándome a ser visto cruzo hacia la siguiente fila de coches.

¡Bingo! A poco de andar me topo con la puerta de un ascensor. Miro a mi alrededor para asegurarme que los hombres del rey no pueden verme y luego tiro de la manilla comprobando que el ascensor está aquí. Levanto el rostro agradeciendo al cielo porque no me he equivocado. Sabía que los centros

comerciales de esta firma suelen poner ascensores desde las plantas superiores hasta los aparcamientos subterráneos, pero con estas cosas nunca se sabe. Conteniendo la respiración y cuidando de hacer el menor ruido posible, me escabullo en la pequeña cabina, cierro la puerta tras de mí y presiono el botón. Respiro aliviado cuando el ascensor se pone en marcha y me paso una mano por el pelo mirando con ansiedad los números del tablero que se iluminan de forma demasiado lenta para mi gusto. ¡Madre mía, cuánta tensión!

Cuando la puerta vuelve a abrirse, salgo disparado hacia un salón lleno tiendas, y a toda prisa echo a correr buscando la salida entre la gente que distraídamente pasea y hace compras. Casi sin resuello consigo salir a la explanada y abro la puerta de mi taxi.

—¡Deprisa, necesitamos salir de aquí lo antes posible!

El conductor me mira algo alarmado, pero obedece mis indicaciones sin rechistar. Miro hacia atrás, no hay señales de los guardias. ¡Perfecto! Al llegar a la autovía nos perdemos en un mar de vehículos. Ya no hay forma de que los guardias puedan detectarnos.

Suelto el aire y apoyo la cabeza en el respaldo relajándome. Queda aún bastante trecho hasta Nueva Abisinia, pero he superado lo más chungo y eso me llena de fuerzas.

Después de algo más de una hora de viaje sin contratiempos, llegamos a los puestos de control fronterizos, pero el taxista detiene la marcha unos metros antes y se vuelve hacia mí con gesto compungido.

—Lo siento, señor, pero el servicio no me autoriza a salir del país.

Me quedo mirándole atónito y estoy a punto de gritarle cuatro cosas y hacerle a un lado para tomar el volante del coche cuando un helicóptero que sobrevuela justo encima de nosotros empieza a descender a un costado de la autovía a muy pocos metros de donde nos encontramos. Al reconocer el blasón de Nueva Abisinia me echo a reír negando con la cabeza porque debí haber adivinado que Zadir no tendría la paciencia de esperar a que yo llegara al palacio por mis propios medios. Pago al taxista que me mira sin entender nada de lo que está sucediendo. Al mismo tiempo la figura inconfundible del jeque baja de un salto del helicóptero. Lleva uniforme militar y la gente se detiene a mirarle sospechando que se trata de una persona importante. Voy a su encuentro y nos abrazamos como dos hermanos.

—¡Cabrón! —exclamo a modo de broma—. En la cara se te ven las ganas de martirizarme.



—¿Puedes culparme? Es la primera vez que te metes en un buen lío por una tía, tú que te las dabas de sensato y me acusabas de hacer locuras por una mujer. ¡Normal que quiera ver qué cara pones en esta situación!

Gruño mientras él me da palmadas en la espalda sonriendo de oreja a oreja alegrándose de verme.

Sin perder un instante nos montamos en el helicóptero mientras el piloto empieza las maniobras para despegar. El ruido es ensordecedor y Zadir se inclina hacia mí gritando a pleno pulmón.

—¡La mujer adecuada es capaz de transformar tu vida para siempre, ya lo verás!

Asiento con la cabeza sabiendo que él habla por experiencia propia. Después de ver cómo su relación con la princesa Luana le ha cambiado la vida por completo, todo lo que deseo es que me suceda lo mismo con mi princesa. Por ello debo encontrar la forma de volver a tenerla junto a mí.

La ansiedad me está matando y mi amigo se da cuenta. En cuanto aterrizamos en el helipuerto de la terraza del palacio, él ordena suspender el recibimiento especial que Luana había preparado para darme la bienvenida. Ante la mueca de fastidio de su mujer, Zadir la coge por la cintura apaciguándola con un beso.

—Mi amor, te prometo que más tarde habrá tiempo para celebraciones. Pero ahora necesitamos concentrarnos en este asunto. Dumar se está jugando su felicidad.

Luana pone los brazos en jarra y me mira con sus ojos entrecerrados.

—¿Dónde narices está Bella? ¿Qué has hecho con ella?

Me sonrojo porque sus preguntas son demasiado directas y no sé por dónde empezar. Afortunadamente Zadir intercede para salvarme el pellejo.

—Pronto lo comprenderás todo, mi amor. ¡Todo a su tiempo!

Y tras guiñarle un ojo y darle un azote cariñoso en el trasero a modo de despedida, Zadir se vuelve hacia mí y me conduce directamente a su despacho. Al tomar asiento en su escritorio, junta sus manos sobre la mesa y se inclina hacia delante.

—De acuerdo, amigo. He estudiado la situación y tengo un plan, pero debes escucharme con atención —le veo sacar unos documentos de un cajón y los tira sobre la mesa para que les eche un vistazo—. Como sabes, mi cargo como máxima autoridad de mi país me da el poder de investir como príncipe a un heredero, alguien a quien yo considere apto para sucederme en el cargo. Por derecho natural este privilegio recae sobre mi primogénito.

Asiento con la cabeza. Por mi alto rango estoy familiarizado con el protocolo real, pero no veo qué demonios tiene que ver eso con mi situación. Resoplo impaciente y él sonrío levantando una mano para calmarme.

—Lo que no sabes es que existe una cláusula de excepción en la que, alegando motivos de fuerza mayor, puedo revocar ese derecho y transferírselo a alguien más. Podría dárselo a cualquiera de mis otros hijos o... a un tercero de mi elección, sea o no de mi sangre.

Al comprender el sentido de sus palabras salto del sillón y nervioso me pongo a caminar de un lado a otro.

—¡No, no, no! ¡De ninguna manera consentiré semejante locura! Zadir, tú no puedes quitarle ese derecho a tu hijo solo por ayudarme a mí.

Mi amigo se sonrío.

—Me conoces y sabes que jamás haría algo para perjudicar a mi familia. Pero piénsalo de este modo. Tú no necesitas ser príncipe para siempre, solo el tiempo suficiente para que puedas tomar como esposa a la princesa.

Enarco una ceja interesado.

—Eso es verdad.

—Si te invistiera como príncipe a ti —continúa él— nada te obligaría a conservar tu título de por vida. De hecho, un príncipe puede abdicar de su título en cualquier momento. Mi hijo pequeño no necesitará su título por unos cuantos años. Además, para serte sincero, odiaría tener que criar a un principito. Prefiero criar a un pequeño guerrero, a un niño que pueda relacionarse libremente con los demás sin el peso de semejante título sobre sus espaldas. —Me guiña un ojo antes de añadir. —¿Qué dices? ¿Te apetecería ser príncipe de Nueva Abisinia por una temporada?

Me sonrío pensando en las posibilidades de convertirme en un príncipe. ¡Eso significa que por fin podré reclamar a mi Bella como esposa!

Sintiendo que de golpe me han quitado un gran peso de encima me acerco a mi amigo y pongo una mano sobre su hombro.

—Eres un viejo zorro, ¿lo sabías?

Zadir se echa a reír y me guiña un ojo.

—Bueno, tú sabes que para ser jeque en estas tierras eso es prácticamente un requisito.

Riendo vuelvo a sentarme ante el escritorio y con paciencia empiezo a revisar cada documento que detalla las leyes que rigen el traspaso de poderes dentro de la familia real. A medida que leo, lentamente voy perdiendo la sonrisa hasta que finalmente levanto la vista hacia mi amigo con

preocupación.

—Me temo que esto no es algo que se pueda hacer de buenas a primeras. Necesitamos como mínimo la aprobación del Consejo de las Naciones Aliadas.

Zadir suspira reclinándose en su sillón.

—Esa es la única pega. Y me temo que el tiempo no está de nuestro lado. Por lo que he podido averiguar, Darío piensa prometer a Bella a uno de los príncipes de Nueva Languedoc.

Me tenso porque la noticia es un jarro de agua fría. Los celos inflaman la sangre en mis venas y mis músculos se contraen de forma dolorosa. Respiro con dificultad, las aletas de mi nariz dilatadas como si me hubiera convertido de repente en un toro cegado por la ira.

Al ver mi estado, Zadir se apresura a añadir.

—Me he movido lo más rápido posible. Un enviado está de camino para interceder en tu nombre. Llegará a Nueva Caledonia antes de esta noche y oficialmente pedirá la mano de la princesa Bella.

Cierro los ojos y aprieto la mandíbula intentando controlar mis impulsos guerreros. Solo después de unos minutos logro dominarme. Cuando vuelvo a mirar a mi amigo a los ojos, en mi alma solo existe una furia fría y vengativa.

Bella es mía y estoy dispuesto a matar a cualquier hombre que se atreva a codiciar a mi mujer. Punto y aparte.

Me pongo en pie con los puños apretados.

—¡A la mierda! Iré yo mismo. Soy el único que puede proteger a mi princesa.

Mi amigo duda por unos instantes, pero finalmente me mira a los ojos con una mirada resuelta.

—Pues no irás solo, te acompañaré. Pero antes deberíamos esperar a recibir noticias de mi enviado. Y por cierto, no he enviado a cualquiera sino a un diplomático de primera categoría, con amplia experiencia en esta clase de asuntos.

Le miro con los ojos entrecerrados porque sé que hay algo que no me está diciendo.

—¡Venga, desembucha!

—He enviado a mi madre —los ojos de Zadir brillan maliciosamente al ver mi sorpresa—. ¿A que no te lo esperabas?

Como si hubiera sucedido ayer de golpe me viene a la memoria la audaz maniobra de la reina cuando se enteró de que Zadir había elegido a su futura

esposa sin consultarlo con nadie. Conociendo el temperamento impulsivo de su hijo, sabía que si el rey osaba negarle la mano de la princesa Luana, Zadir no dudaría en ir a por lo suyo a su manera. ¡Y sus maneras son cualquier cosa menos diplomáticas! De modo que sin decirle media palabra a su hijo, se presentó ante el rey para pedir ella misma la mano de la princesa Luana.

Pero el padre de Bella es mucho peor que aquel rey, que después de todo solo era un hombre terco. Chasqueo la lengua. No, este tipo es un canalla de la peor calaña. Un hombre egoísta incapaz de pensar en la felicidad de su propia hija. Y nadie más que yo puede detener sus planes.

La rabia me recorre como un veneno y enderezo mi espalda.

—¡No puedo quedarme de brazos cruzados mientras mi princesa es cortejada por otro hombre! Iré a por ella ahora mismo, da igual si como príncipe, como comandante, o como un simple soldado...

Me detengo para mirar seriamente a Zadir antes de añadir.

—Solo de una cosa estoy seguro. ¡No regresaré a casa sin lo que es mío!

# Capítulo 15

## BELLA

—¡Sonríe más o acabarás ahuyentando al príncipe!

Miro a mi hermana Theresa de reojo como si fuera tonta.

—Precisamente esa es la idea, ¡espantarlo!

Mi hermana protesta.

—¡Pero tú siempre has querido a un príncipe como Henri!

—Pues ya no —digo cruzándome de brazos y de repente siento un tirón en el pelo—. ¡Ay, que me haces daño!

Theresa se queda congelada con el peine en el aire.

—Lo siento.

Resoplo exasperada.

—¡Quita!

Me pongo en pie sacudiendo mis rizos sueltos con ambas manos para terminar de peinarme.

Sara me abraza.

—Es que estamos tan ilusionadas por ti, hermanita...

Pongo los ojos en blanco. ¿Es que soy la única a la que esto le parece una auténtica pesadilla? Con un suspiro profundo contemplo mi imagen en el espejo. El vestido es soñado, el maquillaje perfecto, ¡hasta una tiara de brillantes me han puesto! Exteriormente luzco fabulosa como una princesa de cuentos, pero es solo una cáscara porque por dentro me siento vacía.

Theresa frunce el ceño preocupada.

—¿Aún piensas en...?

Sara hace un gesto rápido para hacerla callar, indicándole con la mirada que no le nombre.

Observo a mis hermanas a través del espejo y niego con la cabeza pensando que es inútil que vuelva a intentar explicarles lo que siento. Ellas aún creen que Dumar es un troglodita y no comprenden cómo puedo echarle de menos. Y la verdad es que para ser sincera tampoco yo acabo de entenderlo... Solo sé que estar separada de él se siente fatal.

¿Cuántas veces he intentado huir de Dumar? ¡Y ahora daría mi vida por estar de nuevo entre sus brazos aunque fuera por un rato! Vaya ironía.

Si una vez pensé que estar captiva en su dormitorio sería una tortura, ahora me doy cuenta que la única tortura es vivir sin él. Porque él tenía razón cuando decía que yo era suya. Aún llevo las marcas de sus besos en mi cuerpo recordándomelo todo el tiempo...

Cierro los ojos y suspiro. Pero tengo que aceptar la realidad, no puedo

tenerle. Nuestro destino no es estar juntos, en eso él se equivocaba. Mi destino siempre ha sido convertirme en la esposa de un príncipe y eso no puede cambiarlo ni todo el dinero del mundo.

Suspiro con amargura porque todo parece una puñetera broma del destino.

Theresa se acerca con precaución por detrás y me acomoda la tiara sobre el cabello. Luego se aleja unos pasos juntando sus manitas sobre su pecho y mirando a Sara con ilusión, que sonrío volviéndose a mí.

—¡Oh, Bella, estás realmente preciosa! —exclama entusiasmada y tirando de mí me hace levantar del taburete—. ¡Venga, arriba! Tienes que dar una vueltecita para que podamos apreciarte mejor.

Suspirando con resignación giro un par de veces sobre mis pies, tratando de no perder el equilibrio en estos tacones imposibles. Ambas se acercan para sostenerme cada una de un lado.

—¡Esta noche causarás sensación! —dice Theresa con una sonrisa radiante.

Vuelvo a sentarme y dejo caer mis manos sobre mi falda.

—La verdad es que preferiría ser invisible.

Sara frunce el ceño.

—Pues mala suerte, porque eres la más bonita de las tres y todos te comerán con los ojos. Sobre todo el príncipe, que al parecer es guapísimo. ¡Rubio y delgado como los príncipes con los que soñábamos de niñas!

Theresa se entusiasma y añade tratando de animarme.

—¡Si vieras su figura! Tiene la elegancia de un duque francés. Y estoy segura que te tratará con la gentileza y suavidad que mereces. ¡No tienes nada que temer!

Hago una mueca porque nada de lo que describen me parece atractivo. Lo último que deseo es que un príncipe debilucho me aburra con sus falsas gentilezas. Me giro para mirar a mis hermanas como si estuvieran mal de la cabeza.

—Pues me da igual. ¿Acaso no os dais cuenta que lo único que me apetece es mandar a ese príncipe a tomar por culo?

Mis hermanas se miran consternadas y luego se vuelven hacia mí exclamando las dos a la vez.

—¡Ni se te ocurra hacer algo así!

En ese momento nuestra madre abre la puerta de la habitación y las tres nos volvemos hacia ella dando un respingo.

—Niñas... esto... —titubea mirando a mis hermanas como si no supiera

que decirles—...quería comunicaros que hoy no bajaréis al salón.

Frunzo el entrecejo. Esto es inusual. ¿Por qué no podrían bajar al salón conmigo? Observo a mi madre con atención y, aunque se ve impactante en su vestido de fiesta, su rostro tiene un rictus de tensión que no puede disimular. ¿Qué está sucediendo aquí?

—¡Pero mamá, ya estamos casi listas! —exclama Sara.

—No me hagáis enfadar.

Theresa suspira y se deja caer sobre la cama.

—¡No es justo!

Mi madre se vuelve hacia mí señalándome con un dedo.

—Y tú será mejor que te des prisa. El príncipe nos ha pedido verte en privado porque prefiere que lo vuestro no se haga público tan pronto.

Theresa y Sara me miran porque han advertido que me estoy poniendo roja de furia. ¿Quién se cree ese capullo? ¡Por más príncipe que sea no puede obligarme a verle en privado! Y si mis hermanas no vienen conmigo, pues tampoco yo iré.

Mi madre me advierte.

—En unos minutos regresaré a por ti. Quiero que estés presentable, ¿de acuerdo?

Al ver que no respondo mi madre entrecierra sus ojos de forma amenazante y repite:

—¿De acuerdo, Bella?

Alzo la barbilla desafiante sin decir ni media palabra. Mi madre jadea indignada y sale enfadada dando un portazo.

Al volver a quedarnos a solas Sara levanta una ceja con estupor.

—¿Habéis visto la cara de mamá? Aquí hay gato encerrado.

La rabia recorre mi cuerpo y me vuelvo hacia mi reflejo en el espejo con una expresión de determinación, pues no estoy dispuesta a seguir obedeciendo los caprichos de mis padres, ¡y mucho menos los de un príncipe al que ni siquiera conozco!

—Hasta aquí ha llegado esta farsa —digo para mí siseando con un cabreo que no veas—. ¿El jodido príncipe quiere verme en privado? ¡Pues bien, voy a decirle cuatro cosas que no se olvidará en su vida!

Decidida hago girar el taburete para volverme hacia mis hermanas.

—¡Y vosotras venís conmigo! —anuncio.

Theresa abre los ojos asustada y mira a Sara como pidiéndole auxilio. Luego se adelanta y me coge del brazo suplicando.



—¡No hagas una locura, Bella! ¡Harás que nos castiguen a las tres!

Me quito la tiara y la tiro sobre la mesa del tocador. Ante la mirada atónita de mis hermanas recojo mis rizos en una improvisada cola de caballo y con movimientos rápidos empiezo a quitarme el maquillaje con un paño húmedo.

—¿Queréis que esté presentable? ¡Os daré presentable! —murmuro hacia mi reflejo echando chispas por los ojos.

—¿Qué narices haces? —pregunta Sara poniéndose en pie con preocupación.

Me agacho para quitarme los incómodos tacones.

—Ahh... mucho mejor —gimo aliviada y luego los tiro hacia atrás con un gesto despectivo de la mano.

Ellas siguen el vuelo de los zapatos con la vista. Luego jadean llevándose una mano a la boca al ver que estoy intentando sacarme el vestido por la cabeza arrugándolo todo. Una vez desnuda me dirijo hacia el vestidor y rápidamente saco una camiseta negra de tiras y una falda roja.

—¡No pensarás bajar así! —gritan mis hermanas a coro.

Sin mirarlas respondo.

—¿Qué tiene de malo?

—¡A mamá le va a dar algo!

—¡Y no te cuento a papá! —añade Theresa horrorizada.

Sara me señala con un dedo.

—Estás como una cabra, Bella.

Theresa hace una mueca.

—¡Imaginaos la cara que pondrá el tal Henri al saber que no tomará como esposa a una princesa sino a una cabra!

Sara mira a Theresa con seriedad, luego me mira a mí durante un momento y de golpe las tres explotamos partiéndonos de la risa.

Mis dos hermanas se levantan de la cama y corren a abrazarme.

—¡No te dejaremos sola en esto!

—Si van a castigar a una, pues que nos castiguen a las tres.

Sonrío plantándoles un beso en la mejilla a cada una. Luego me paro frente al espejo mientras termino de estirarme la falda.

—Igual sí que la suerte empieza a sonreírme —digo mirándome al espejo y pensando en la cara que pondrán todos al verme.

Las tres salimos del dormitorio entre risas y enfilamos el pasillo a la carrera. Luego descendemos en tropel por las escaleras saltando los escalones de dos en dos mientras en el salón los invitados empiezan a alzar sus cabezas

hacia nosotras. Algunos ocupan las mesas del banquete, mientras que otros se mueven al compás de la orquesta en la pista de baile.

Frunzo el ceño porque nada parece fuera de lo normal. Excepto nosotras, claro está, que parecemos tres locas de atar recién salidas del manicomio.

Mi madre es la primera en acercarse a nosotras echando humo por las orejas. Me coge del brazo con fuerza siseando en mi oído.

—¿Qué significa esto!

Me mira de arriba abajo como si no me conociera y yo me encojo de hombros.

—¿Acaso el príncipe no quería verme en privado? ¡Pues a ver qué cara pone al verme tal cual soy!

Mi madre empalidece.

—Tú reza para que tu padre no te vea así —dice mirando nerviosa por encima de su hombro.

Mis hermanas intentan terciar para defenderme pero basta una mirada glacial de mi madre para que se echen atrás.

Luego me coge del brazo tratando de hacerme subir las escaleras de regreso.

—¡Dios mío, no puedo dejar que veas a...! —empieza a decir pero se interrumpe de golpe como si en el último momento se hubiera dado cuenta que iba a decir algo indebido y me mira sonrojándose. Entrecierro mis ojos y pongo los brazos en jarra.

—¿Que no vea a quién? ¿Qué sucede aquí, mamá?

—¡Por favor, Bella! —suplica para que regrese a mi habitación.

Su comportamiento es tan extraño que ahora sí estoy segura que hay algo que no me está diciendo.

En ese momento vemos al príncipe Henri que se acerca a nosotras. Mi madre me mira con espanto, y cuando el príncipe se para frente a ella para hacer una reverencia de cortesía fuerza una sonrisa de compromiso.

—Si me permite, su alteza —dice Henri.

—Por supuesto, joven —dice mi madre mirándome disimuladamente como si quisiera matarme y se marcha a regañadientes dejándonos a solas.

El príncipe me sonrío tímidamente.

Joder, me digo, es tal como le han descrito mis hermanas. Tiene el pelo rubio aplastado con gel y el esmoquin le queda como si hubiera nacido vestido con él. Es un hombre elegante y formal, sí, pero también desabrido y sin gracia. Además no tiene ni la mitad de los músculos que tiene mi Dumar,

su espalda es casi tan angosta como la mía y su voz aflautada solo consigue irritarme.

—Encantado de conocerte, princesa.

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos con impaciencia.

Al ver que no respondo al saludo siguiendo el protocolo, Henri carraspea nervioso y vuelve a intentarlo, esta vez cogiendo mi mano con toda pompa a la vez que se inclina para besarme. Sus labios fríos se posan en el dorso de mi mano y la retiro deprisa haciendo una mueca de asco. Él se queda mirándome confundido mientras yo me froto la mano tratando de limpiarme.

Afortunadamente el momento incómodo se corta al oír el estruendo de una pesada silla que golpea contra el suelo. Me vuelvo frunciendo el ceño. El revuelo proviene de las mesas principales, allí donde está sentado mi padre.

—¿Qué diablos?

Al volver mi mirada interrogante hacia el príncipe veo que se ha quedado congelado en su sitio mirándome con una expresión de pánico.

Entrecierro los ojos con suspicacia.

—Tú sabes lo que ocurre aquí, ¿verdad?

Al ver que empieza a retroceder nervioso le señalo con un dedo para detenerle.

—¡Venga, dímelo ya!

—Lo... lo siento, princesa, es que... —pero su voz se pierde a medida que se aleja de mí entre los bailarines.

Exasperada chasqueo la lengua y dándole la espalda empiezo a abrirme paso entre los invitados para tratar de ver mejor lo que sucede. Junto a una mesa varios hombres están de pie discutiendo. Aún con el estruendo de la música puedo oír a mi padre dando voces furioso. Madre mía, no sé lo que suceda aquí, pero esto podría acabar en un escándalo.

Uno de los hombres del grupo atrae mi atención. Fuera de sí trata de quitarse de encima a otro hombre tan alto como él que al parecer es el único capaz de ofrecerle resistencia. Ambos hombres son morenos y resaltan tanto por su físico como por su vestimenta, ya que ninguno de los dos va de esmoquin como los demás invitados, sino que uno lleva una túnica negra al estilo oriental y el otro lleva una chaqueta de traje azul sobre unos vaqueros que le quedan de muerte...

¡Oh, Dios mío! ¿Es él?

Me detengo en seco llevándome una mano al pecho al reconocerle. El subidón de adrenalina me dispara el pulso e intento ir hacia él pero alguien

me detiene sujetándome por un brazo. Al darme la vuelta veo a mi madre que frunce el entrecejo y me advierte.

—¡No te acerques a él! Es un hombre peligroso.

Miro desesperada hacia la mesa del banquete y sin poder contenerme grito a pleno pulmón.

—¡Dumar!

Las cabezas de los comensales giran hacia mí. Al oír mi voz Dumar se desprende del grupo y empieza a buscarme con la mirada. Cuando al fin me ve, dejo de respirar y al ver que empieza a caminar con grandes zancadas en mi dirección, el corazón me da un vuelco.

Mi madre entonces sisea en mi oído advirtiéndome.

—Si te vas con ese salvaje, ni tu padre ni yo te lo perdonaremos jamás.

Me suelto de su agarre.

—Lo siento, madre, tengo que hacerlo. Ese hombre es mi destino.

Ella me mira como si me hubiera vuelto loca y luego retrocede intimidada al ver que Dumar se detiene frente a mí alzándose en toda su estatura. Entre lágrimas y risas doy un salto para echar mis brazos alrededor de su cuello. Él me sujeta por la cintura pegándome a su cuerpo. Recuesto mi cabeza en su pecho aspirando su delicioso aroma inconfundible. Su boca se pega a mi oreja acariciándome con su voz grave y anhelante.

—Mi amor, te he echado tanto de menos...

Al oír sus palabras me emociono tanto que debo hacer fuerza para tragarme el nudo que siento en la garganta y que no me deja hablar. Alejo mi rostro lo suficiente para mirarle a los ojos y él limpia las lágrimas de mis mejillas con su dedo pulgar.

—Quiero que seas mi esposa. Solo tienes que dejar de ser tan cabezota y aceptarme. Yo me encargaré de cumplir cada uno de tus deseos y de hacerte feliz para siempre.

Me pierdo en sus ojos lobunos que me miran como ningún otro hombre podría hacerlo. Creo en sus promesas a pie juntillas. Hay algo en él que me transmite una confianza infinita y siento unos deseos irrefrenables de ser su esposa y estar junto a él para siempre. No puedo dejar de sonreír como una tonta porque me siento deseada, comprendida y protegida por este hombretón que no me ha olvidado y ha regresado por mí.

—¡Llévame contigo! —le pido en un impulso.

Pero los gritos de mi padre se han vuelto tan fuertes que nos obligan a desviar la mirada hacia él y le veo de pie en mitad de la pista de baile con su

cara enrojecida por la furia. La orquesta ha parado de tocar y los invitados se miran unos a otros con cara de pasmo.

Mi padre se dirige a Dumar y le señala con un dedo tembloroso.

—¡Te he prohibido acercarte a Bella!

Por el rabillo veo que el hombre de la túnica negra se acerca a nosotros. Le reconozco enseguida, pues se trata del jeque Zadir. Dios mío, ¿qué hace un jeque en mi casa?

Mi padre se vuelve hacia él.

—¡Os lo advertí, ningún contacto con mi hija, esa era la condición para dejaros entrar!

—¡Pero papá, eso no es justo! —intento protestar pero mi padre me indica con una mirada que permanezca en silencio.

El jeque levanta sus manos pidiendo paz.

—Majestad —dice con voz firme y conciliadora —como puede ver, su hija tiene una preferencia clara por mi protegido. Lamento tener que decir esto, pero el príncipe Henri no tiene derecho a estar aquí.

Las cabezas de todos se vuelven de repente hacia un punto a mis espaldas y me vuelvo a mi vez para ver al príncipe Henri que, medio escondido entre los demás invitados, traga saliva al verse confrontado por hombres tan fuertes y autoritarios. Parece tan frágil y asustado que no puedo evitar preguntarme qué hubiera sido de mi vida junto a aquel hombre tan soso y sin agallas. Tiemblo solo de pensarlo.

Escandalizado mi padre intercede por el príncipe.

—¡Henri es mi invitado de honor! ¡Vosotros sois los que no tenéis derecho a estar aquí! ¡Bárbaros!

Al verle tan alterado mi madre corre a su lado y coge su mano tratando de llevarle de regreso a la mesa.

—¡Por favor Darío, que te va a dar algo!

Pero Zadir insiste mirando a mi padre a los ojos.

—Debo recordarle que como flamante príncipe de Nueva Abisinia, a mi protegido le asiste el derecho de pretender a la princesa.

Al oír aquello abro los ojos como platos. ¿Acaso ha dicho lo que creo haber oído? Enderezo mi espalda y levanto la cabeza hacia Dumar.

—¿Eres príncipe de Nueva Abisinia?

—Tu príncipe —me corrige él con una sonrisa que me derrite—. Y estoy aquí para pedir formalmente tu mano en matrimonio.

Le miro temblando sin saber qué decir. Mi alegría es tan inmensa que el

corazón no me cabe en el pecho, aunque a un costado veo que mi madre debe ayudar a contener a mi padre que se ha puesto a insultar a todo el mundo sin control. Un poco más allá el jeque Zadir se vuelve hacia la orquesta y chasquea sus dedos de forma enérgica para animarles a reanudar la música. Me muerdo el labio inferior de la ansiedad pensando en que mi padre jamás dará su consentimiento para que yo pueda casarme con Dumar. No importa, lo único que deseo es ser su esposa y si para ello tengo que huir de mi hogar y renunciar a mi herencia estoy dispuesta a hacerlo.

Al darse cuenta del cacao mental que tengo, Dumar me coge de la mano y nos alejamos de la pista de baile hacia una mesa apartada.

—Tú tranquila, mi amor. Zadir se encargará de ablandar a tu padre.

Le miro incrédula. ¿Ablandar a mi padre? ¡Eso es imposible!

Dumar se echa a reír al ver mi cara y con todo descaro me sienta sobre su regazo. Le miro con los ojos como platos mientras él coge una cucharilla y empieza a darme de comer trozos de una tarta de tres chocolates ante la mirada escandalizada de los invitados.

Mientras que en la mesa principal tanto mi padre como Zadir como el príncipe Henri siguen conferenciando a viva voz acerca de lo que debe hacerse, nosotros permanecemos en nuestra propia burbuja, acariciándonos, charlando y riendo como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo. De vez en cuando me río tanto que el príncipe Henri se vuelve para mirar en nuestra dirección. Entonces Dumar me abraza posesivo y le clava una mirada de acero tan amenazante que le obliga a desviar la vista con expresión sumisa y volver a las negociaciones.

Pero llega un momento en que el príncipe Henri no puede soportarlo más y levantándose de la mesa se dirige a mi padre.

—Lo siento, majestad. Me temo que pretender a su hija ha sido una mala idea. No estoy dispuesto a tolerar más humillaciones. ¡Buenas noches!

Y dicho esto, le vemos salir seguido de su séquito ante la mirada atónita de mi padre. Al ver que su gran oportunidad se le escurre como agua entre los dedos, corre tras él intentando retenerle mediante súplicas. Pero el príncipe ni siquiera se digna a mirarle y tras dar un portazo se marcha.

Mi padre regresa a la mesa pasándose un pañuelo por la cara para limpiarse el sudor y se deja caer abatido sobre su silla. Sin perder un segundo Zadir se acerca a mi padre y le coge del brazo.

—Majestad, ¿por qué no vamos a su despacho para continuar las negociaciones con más calma? Le aseguro que la dote que proporcionará mi

reino le satisfecerá tanto como la de cualquier otro príncipe.

Al ver que no tiene más remedio, mi padre asiente de mala gana y después de detenerse durante un instante delante de nuestra mesa para dedicarnos una mirada de desaprobación, se deja conducir por el jeque escaleras arriba.

Preocupada miro a Dumar.

—¿Crees que mi padre cederá ante Zadir?

—Estoy seguro que Zadir sabrá endulzar el trato. Tu padre no es tonto, y sabe muy bien que en el largo plazo sacará más provecho de un príncipe de Nueva Abisinia que de un príncipe occidental —le miro esperanzada y él me guiña un ojo—. Quizás hasta empiece a quererme, ¿quién sabe?

Río abrazándole.

—Eres increíble, mi amor, tienes una solución para todo.

Él se aparta ligeramente para devorarme con sus ojos llenos de pasión. Puedo sentir su erección presionando contra mi trasero y juguetonamente empiezo a moverme sensualmente sobre sus piernas solo para ver su reacción. Enseguida empieza a gruñir cerrando los ojos como si le estuviera causando más placer del que puede soportar. Con un gruñido final sujeta mis caderas con sus manos para detenerme. Respira profundamente para componerse.

—Mierda, harás que me corra como un adolescente.

No puedo evitar sentirme halagada al ver que apenas puede contener su ardor por mí.

—Mi dulce provocadora —sonríe finalmente contra mis labios y le beso largamente hasta quedarme sin aliento.

Cuando rompemos el beso vuelvo a mirarle con mis ojos entornados.

—Mmm, llévame a un sitio donde pueda aliviarte —digo con un descaro que me sorprende a mí misma.

Dumar abre sus ojos de golpe y me mira con sus pupilas oscurecidas por el deseo. Sin mediar palabra me alza en vilo y por el rabillo del ojo alcanzo a ver que mis hermanas se escandalizan tapándose la boca con la mano mientras nos observan cruzar el salón hacia las puertas cristaleras que dan a los jardines.

A mis espaldas la música y la gritería se van apagando lentamente. Miro a Dumar preguntándome si es el hombre de mi vida y de inmediato me sonrío de oreja a oreja porque por primera vez en mi vida no tengo dudas. Me siento adorada y protegida al lado de este bruto que no le tiene miedo a nada. ¡Y es un sentimiento que no cambiaría ni por todo el oro del mundo!

Refriego mi nariz en su cuello y gimo mimosa. Al ver que se detiene delante de un helicóptero levanto una ceja interrogante. Pero él se limita a depositarme en una de las butacas de cuero mullido.

El piloto que al parecer estaba echando una siestecita despierta sobresaltado al oírnos. Dumar le indica con un gesto hosco que nos deje a solas. Sin saber hacia donde ir, el hombre se queda allí parado mirándonos y Dumar resopla con impaciencia.

—Oye, necesitas reponer tus energías para el viaje de regreso. ¿Por qué no entras y comes algo? Te recomiendo una tarta de tres chocolates que está para chuparse los dedos.

Dumar me guiña el ojo y yo le sonrío recordando el sabor del chocolate aún en mi lengua.

El piloto obedece y le vemos desaparecer dentro del palacio.

Dumar se da prisa en cerrar la portezuela tras de sí y cuando los dos nos encontramos a solas en la semioscuridad suelto una risilla.

—¿Quieres que lo hagamos aquí?

—Quiero que lo hagamos en todas partes, nena... y este es un buen comienzo —ronronea guiñándome un ojo al tiempo que empieza a desvestirse.

El espacio es tan estrecho que casi no cabemos pero me pego a su cuerpo y le ayudo a quitarse su camisa sintiendo que mi vientre se encoge al rozar con mis dedos el fino vello negro que cubre su pecho. Él me acaricia a su vez trazando el contorno de mi cuerpo con sus manos ásperas mientras me quita la camiseta de tiras y gimo con anticipación levantando la vista para encontrar sus ojos brillando en la penumbra como los de un lobo.

—Si no te digo algo creo que explotaré —dice él.

Subo mi guardia de inmediato apartando mis manos de su cuerpo. ¿Ahora qué? ¡Dios mío, ya no quiero más sorpresas! Le miro conteniendo el aliento a la espera de sus palabras. Me agarra de la nuca trayendo mis labios a su boca y gimo sorprendida cuando le veo morder mi labio inferior de forma posesiva. Levanto mis ojos hacia los suyos y siento que su mirada puede tocar mi alma.

—Te amo, Bella, y me muero por hacerte mi esposa —susurra al tiempo que juega con la goma de mis braguitas y desliza sus dedos dentro del encaje erizándome la piel. Jamás pensé que volvería a estar tan cerca suyo y volver a sentirle tan íntimamente es un regalo del cielo. Apoyo mi frente contra la suya y respiro su aliento fresco antes de confesarle.



—Yo también te amo, Dumar, y te he amado en secreto desde que te adueñaste de mi cuerpo—hago una pausa y mi voz tiembla de emoción—. Soy tuya en cuerpo y alma, ¡tómame!

Las aletas de su nariz se dilatan y gruñe contra mi boca al tiempo que me agarra con su mano allí abajo como si mis partes más íntimas le pertenecieran. Chillo aferrándome de sus hombros y arqueo la espalda echando mi cabeza hacia atrás, estremecida por su tacto brusco y demandante. Le miro con la respiración agitada. Tiene una expresión misteriosa y al verle tan serio me enderezo y ladeo la cabeza con interés.

Entonces le veo levantar su mano con toda solemnidad a la altura de mis ojos.

—Sellemos el trato —dice finalmente.

En sus ojos veo que no está jugando. Trago saliva porque me doy cuenta que está proponiéndome el trato más importante de mi vida.

—Esta vez el acuerdo será solo entre nosotros dos y sin dinero de por medio, prometiéndonos solo el más puro y apasionado amor.

—Vale —asiento emocionada y a mi vez levanto una mano y la apoyo contra su gran palma abierta. De inmediato el contacto con su piel hace que una electricidad me recorra el cuerpo. Estremecida entrelazo mis dedos en los suyos y él sonríe satisfecho.

—¿Para siempre, alteza?

Parpadeo sintiéndome afortunada por haber encontrado, sin buscarlo y casi por accidente, al hombre que me llena de verdad.

Sí, definitivamente quiero ser suya y sentir su amor para siempre. Dispuesta a entregarme a él sin reservas, respondo sin titubeos.

—Para siempre, mi príncipe.

En sus labios vuelve a aparecer esa sonrisa orgullosa tan suya. Suspiro cuando me atrae hacia él moldeándome a su cuerpo desnudo. Me dejo envolver por sus caricias y sus besos apasionados sintiendo una fe renovada en la magia de las páginas de mis cuentos infantiles.

Mis hermanas no se equivocaban. En verdad había un príncipe azul que esperaba por mí.

Solo que tenía que aprender a verle.

# Epílogo

# DUMAR

Seis semanas después...

Salgo a tomar el aire y me paseo inquieto por el parque observándolo todo. El Palacio Blanco está irreconocible después de que Bella junto a Luana y un ejército de decoradores se encargaran de ponerlo a punto para la boda.

Miro mi reloj y resoplo impaciente. Sé que allí dentro ella está disfrutando de su fiesta de boda soñada, pero para mí es una tortura esperar un minuto más. Desde que me invistieron príncipe de Nueva Abisinia y se acordó fecha para la boda, me fue imposible volver a ver a Bella hasta hoy. Joder, no sé cómo he conseguido soportarlo, he estado empalmado como una roca desde entonces.

Antes de regresar al salón acomodó la pajarita de mi esmoquin frente a un espejo en la galería y ni por un instante dejó de pensar que quiero tenerla en mi cama, toda para mí, arrancarle el vestido de novia de un tirón y hundirme en ella bebiéndome hasta el último de sus gemidos de placer.

Suspiro apurando mi copa y trato de reprimir esos pensamientos lujuriosos. De regreso en el salón me apoyo en el vano de la puerta y la busco con la vista entre los cientos de invitados. Durante unos cuantos segundos agónicos me desespero porque no la encuentro y empiezo a preocuparme hasta que al fin la veo. Está en medio de un grupo de invitados junto a sus amigas y hermanas. Hay risas y brindis, pero advierto que ella se ve algo inquieta pues de vez en cuando mira a su alrededor como si estuviera buscando algo. O a alguien. Joder, está buscándome a mí. Me sonrío porque ninguno de los dos parecemos poder resistir el estar separados uno del otro por mucho tiempo.

Cuando avanzo hacia mi princesa y ella hace contacto con mis ojos, su rostro se ilumina con una sonrisa radiante. Enseguida viene hacia mí echando los brazos alrededor de mi cuello y apretándose contra mi pecho. No pierdo tiempo y me inclino capturando sus labios saboreando lo que es mío. Luego entrelazo mis dedos con los suyos y sonrío al ver el anillo de boda relucir en su mano. Bella ya es mi esposa... ¡Vaya, apenas me lo puedo creer!

Al verme tan ensimismado ella frunce el ceño, pone sus brazos en jarra y pregunta.

—¿Dónde te habías metido? Desde que te fuiste no he dejado de buscarte.

—Estaba pensando en ti, en nosotros...

Ella ladea su cabeza interesada.

—Dime más, por favor.

Repaso su cuerpo con mis manos trazando el contorno de sus caderas y deslizo mis dedos por su espalda. Puedo sentir el escalofrío que le provoco y mi miembro vuelve a pulsar con un hambre feroz.

—Estaba pensando en lo perfecta que eres... —Hago una pausa para ver cómo sus mejillas se tiñen de rosa y luego añado—. Y lo perfecta que quedarás bajo las sábanas de nuestro nuevo lecho, desnuda y conmigo dentro de ti...

Humedezco mis labios admirando como su rubor sonrosado se ha transformado en un carmesí profundo.

—¡Amor, no digas esas cosas aquí...! —susurra mirando alrededor temiendo que alguien más lo haya oído, pero se nota que está encantada con la situación.

La atraigo aún más junto a mí y paso mi mano grande por su vientre, cuya leve curva ya es bastante notoria. Dentro de ella está mi hijo, pero eso por el momento no lo sabe nadie más que nosotros dos. Y esta información nos separa del resto de familiares y amigos como si estuviéramos dentro de una burbuja de felicidad secreta.

—No puedo esperar para besar tu vientre de esa forma que tanto te gusta...

Bella se abanica con la mano sofocada por mis palabras.

—Por favor, mi amor, me estás haciendo...

—¿Mojar?

Ella traga saliva con pudor y me empuja por el pecho juguetonamente.

—¡Ay, Dumar, eres incorregible! Quise decir que me haces emocionar —susurra parpadeando para contener sus lágrimas y se inclina para darme el beso más dulce. Tras unos segundos se aparta de mí y confiesa divertida.

—Y debo decir que lo otro también...

Me sonrío de lado y ella vuelve a empujarme.

—Eres un cabrito, ¿sabes? Te has portado mal y luego tendré que castigarte.

Mis ojos brillan recordando sus deliciosos y eróticos “castigos”, casi tan buenos como los que yo le proporciono cuando es ella la que se porta mal. ¡Mierda, no puedo esperar más! Mi deseo es incontenible y empiezo a pensar seriamente en secuestrar a mi esposa.

—Nena, me estás haciendo sufrir.

Ella me mira fijamente. Hay tanto fuego en su mirada y ello no hace más

que excitarme aún más.

—Pobrecillo, tienes razón, ya has sufrido demasiado. Ha sido una fiesta estupenda pero la verdad es que a mí también ya se me está antojando que empiece pronto nuestra noche de bodas.

Acaricio su vientre mirando sus ojos pícaros.

—Pues entonces no se diga más. ¡Hay que calmar esos antojos!

Furtivamente me llevo a mi esposa en dirección a las escaleras para subir cuanto antes a nuestro dormitorio. Pero a mitad de camino nos topamos con Zadir y su esposa Luana que nos detienen con una sonrisa. ¡Coño, ahora no! Antes de que puedan decir nada miro a mi amigo indicándole que llevamos prisa. Él capta al vuelo el significado de mi mirada y sonríe con malicia.

—Vale, ya veo por donde van los tiros. ¿Pero qué le diremos a toda esta gente?

—Improvisa —digo casi sin resuello. Estoy tan excitado que espero no se me note en los pantalones—. Tú sabes resolver estas cosas mejor que yo.

Luana mira a su esposo sonriendo con complicidad.

—Chicos, no os preocupéis. Dejarlo todo en nuestras manos y hacer de cuenta que la fiesta ha terminado. ¿Verdad, mi amor?

Zadir entrecierra los ojos con una media sonrisa que me hace presumir lo peor.

—Pues si la fiesta ha terminado, entonces hay que darle un cierre por todo lo alto, ¿no te parece, cariño?

Luana asiente y yo frunzo el entrecejo preocupado.

—¿Qué piensas hacer?

—Tú tranquilo.

Miro a Bella que se limita a arquear una ceja intrigada.

Cuando Zadir se aclara la garganta y le veo volverse hacia el salón pidiendo la atención del público, le cojo de la solapa.

—¡Ni se te ocurra, cabrón!

Pero él se libra de mí y se dirige a los invitados en voz alta.

—¡Atención damas y caballeros, debemos hacer un anuncio importante!

Los distintos grupos de invitados interrumpen sus conversaciones y se vuelven hacia nosotros con curiosidad. Yo aprieto los dientes maldiciendo por lo bajo. El cabrón lo hará de todos modos.

—Como comprenderéis, a estas alturas los novios están algo ansiosos por... —hace una pausa lo bastante sugerente como para provocar una risilla nerviosa general— ...abandonar la fiesta.

De repente se oye un carraspeo por encima de las demás voces y todos miramos en dirección a la mesa del rey Darío, que al parecer se ha atragantado con unas aceitunas y atónito veo cómo su esposa se pone a darle palmadas en la espalda mientras rezonga y niega con la cabeza avergonzada.

—¡Continuar, continuar —exclama—, solo se ha atragantado por la emoción!

El rey gruñe levantando las manos para indicar que ya está bien, y a su lado tanto Theresa como Sara se tapan la boca para disimular la risa.

Después de comprobar que el rey se encuentra bien, Zadir se vuelve hacia nosotros y alza su copa. Bella me mira consternada y aprieta mi mano porque no sabe con qué ocurrencia saldrá ahora mi amigo.

—Y quería aprovechar este momento para expresar mi gratitud a Dumar, heroico comandante del ejército de Nueva Abisinia y, por encima de todo, un amigo como la copa de un pino.

Levanta su copa de champán animando a la gente a que haga lo propio. Cientos de copas se alzan y entrechocan en el aire.

Zadir continúa con su voz llena de emoción.

—Amigo mío, has enriquecido mi vida con tu presencia. Y no sabes cuánto me alegro que hayas encontrado a tu otra mitad. ¡Mejor no podrías haber elegido, cabrón! —me guiña un ojo y suelto una carcajada. Él vuelve a levantar su copa y exclama alternando su mirada entre nosotros—. Dumar... Bella... Os deseo la más intensa y longeva felicidad. ¡Por vosotros!

Los invitados estallan en hurras vivando por los novios y yo trago saliva para intentar deshacer el nudo de emoción en mi garganta. Aún con el ruido ensordecedor de los aplausos me inclino sobre el oído de mi amigo y siseo.

—Gracias cabrón, pero me las pagarás.

Zadir se encoge de hombros con una sonrisa inocente.

—De nada, para eso están los colegas.

Miro a todos nuestros invitados y luego miro a Bella, y la veo tan hermosa y radiante que lo primero que me nace del corazón es cargarla en mis brazos, gesto que todos celebran. Ella me abraza mordiéndose el labio inferior y mirándome con sus grandes ojos verdes. Joder, jamás la he visto tan sensual como en este momento. Comienzo a ascender las escaleras con una erección cada vez más dura, pero a mitad de camino las voces del salón comienzan a corear.

—¡Que se besen, que se besen!

Me detengo poniendo los ojos en blanco y miro a Bella.

—Como esto siga así, jamás llegaremos a la cama.

Bella acerca sus labios a los míos susurrando.

—Te prometo que la espera merecerá la pena.

—Uff, me vuelves loco, nena...

Devoro su boca con furia y ella se pega contra mi cuerpo gimiendo mientras trato de calmar mi sed infinita por ella.

Aunque vuelven a estallar los aplausos en el salón ya solo puedo oír los latidos salvajes de mi corazón aturdiéndome los oídos. Decidido avanzo hacia nuestra habitación, y tras cerrar la puerta tras de mí, me zambullo en la cama atrapando a mi princesa bajo mi gran cuerpo. Inmovilizo sus manos por encima de su cabeza y paseo mis ojos por su precioso cuerpo enfundado en el vestido blanco de gasa y redondeado por la maternidad.

Ella me mira parpadeando y entreabre sus labios rojos emitiendo unos suspiros de anticipación tan deliciosos que, uno a uno, me los voy bebiendo y sonrío interiormente pensando que esto se parece bastante a la felicidad.

Mientras le quito su vestido no puedo evitar preguntarme cómo será nuestra familia dentro de unos años, cuántos hijos vendrán, cómo serán nuestros días y cómo nuestras noches. Y me imagino haciéndole el amor apasionadamente, encerrados en nuestra habitación a escondidas mientras los niños corretean y juegan por toda la casa.

Solo de una cosa estoy seguro. Les amaré y protegeré con uñas y dientes. Mi familia con Bella será todo para mí.

Por siempre.

FIN

(Da la vuelta a la página porque aún hay más...)

**¿Te apetece seguir leyendo la historia de Dumar y Bella?**

Hay un epílogo adicional donde cuento qué ha sido de la vida de los protas diez años después. ¿Habrán tenido más hijos? ¿Seguirán siendo felices? ¡Descúbrelo hoy mismo en este epílogo exclusivo solo para suscriptores de la lista de correo de la serie!

Puedes suscribirte gratis a la lista de correo aquí:

[http://eepurl.com/c-n\\_SD](http://eepurl.com/c-n_SD)



## **DOS CAPITULOS COMPLETOS**

¡También puedes leer más acerca de Dumar y Zadir en La secretaria del jeque!

Lee el comienzo de la historia a continuación:

# Capítulo 1

# LUANA

Bufo intentando recogerme en un moño los largos rizos rebeldes que se niegan a permanecer en su sitio a la vez que sostengo el tubo del teléfono con el hombro contra mi oreja cuando la voz al otro lado de la línea vuelve a chillar con estridencia.

—¡Prometo no meterte en problemas si me pones con Zadir! —aprieto el boli entre mis dientes y pongo los ojos en blanco suspirando porque mi nuevo puesto de secretaria rápidamente se está volviendo el trabajo más estresante del mundo—. ¡Te lo suplico por lo que más quieras! Solo déjame hablar un momento con él...

—Lo siento, alteza —respondo tratando de adoptar una voz distante y profesional—. Pero ya hemos hablado acerca de esto.

Doy unos golpecitos nerviosos con el boli y miro las luces de la centralita. Estoy tentada de cortar la comunicación, pero es mi trabajo atender cada una de las llamadas. He perdido la cuenta ya de cuantas princesas han llamado en lo que va del día suplicando para que las ponga con el jeque. Y la verdad es que la paciencia se me empieza a agotar. Echo un vistazo a mi alrededor. La sala está repleta de administrativos, todos ellos con las narices metidas en sus ordenadores, ajenos a los malabares que debo hacer para aplacar a estas mujeres...

Vaya día he tenido, hoy sí que esto se me ha hecho eterno. Por fortuna no falta tanto para que acabe mi turno y llegue mi reemplazo. Qué ganas de salir de aquí, encerrarme en mi cuarto, tumbarme en el sofá con un libro en las manos y leer hasta quedarme dormida.

—Debes hacer una excepción conmigo—insiste la princesa.

Suspiro largamente.

—Conoces las reglas, sabes que no puedo poner en contacto a su majestad con ninguna princesa.

—¡Pero yo no soy cualquier princesa, soy la prima de Zadir!

Cierro los ojos porque no sé qué más decirle. Cuando acepté el puesto de secretaria mi idea acerca de lo que involucraría era muy distinta. Pero las cosas han cambiado en el reino desde que el príncipe Zadir se ha convertido en jeque y ha anunciado que pronto tomará esposa. Si quiero permanecer aquí y no volver a mi país, esto es lo que toca.

—Lo siento, pero el jeque lo ha dejado claro. No quiere ver a ninguna

princesa, ni siquiera a su prima —digo con voz cortante pero al instante me arrepiento de haber sido tan directa. Me muerdo el labio inferior cuando oigo su gemido de pena y cuando empieza a sorberse la nariz a punto de romper en llanto, me apresuro a añadir—. Oye, sé lo difícil que debe ser para ti esta situación, pero créeme que no puedo hacer nada.

—¿Crees que lo sabes? ¡Pues déjame decirte que tú no tienes ni puñetera idea! Y te puedes considerar afortunada por ello, porque ser una princesa no es tan guay como parece. Si tan solo supieras lo estresante que puede llegar a ser...

Suspiro para mis adentros pensando si tan solo supieras quien soy en realidad... pero no puedo decírselo a ella ni a nadie porque estoy aquí de incógnito. Y sí, estoy de acuerdo en que ser una princesa en estas tierras puede ser una condena. Como heredera del reino de Nueva Macedonia estoy destinada a casarme mediante un matrimonio arreglado, igual que lo han hecho mis hermanas. Pero me resisto a ello. Soy un espíritu libre y el día que me case quiero estar enamorada de un hombre que me quiera por lo que soy, y no por razones de estrategia política.

Por eso en cuanto vi la oportunidad de salir de mi casa paterna no la desperdiicé. Cumplidos mis veintiún años pedí permiso a mis padres para tomar un empleo fuera del reino. Naturalmente se opusieron rotundamente, no está bien visto que la hija de un rey renuncie a sus privilegios. Por otra parte siempre he amado el arte y mis padres me han animado desde niña a que desarrolle mis talentos artísticos. Así que decidí aplicar a la escuela de Bellas Artes de Lederland, la más prestigiosa de la región. En cuanto mi aplicación fue aceptada, a mis padres no les quedó más remedio que dejarme marchar. ¡Tenía un año para vivir mi vida a mi aire, sin condicionamientos ni ataduras!

Sin decirle nada a mis padres, en el último momento cancelé mi matrícula en la escuela y en cambio decidí arriesgarme a venir a una entrevista de trabajo a Nueva Abisinia para un puesto de secretaria que, para mi sorpresa, finalmente obtuve.

Ser secretaria de un jeque sonaba exótico y excitante, lo opuesto de mi vida en casa. Pero aquí estoy, ¡haciendo de celestina entre el jeque y sus pretendientes! Vaya ironía. Al parecer no puedo huir de los dramas amorosos.

Miro el teléfono con un suspiro. Me pregunto qué cara pondría Nadia si le dijera que soy una de las suyas...

—Comprendo, alteza, pero órdenes son órdenes —digo en cambio, y del

otro lado de la línea puedo oír el gemido de frustración de la princesa.

—¿De verdad él no te ha hablado de mí?

Me quedo en silencio sorprendida por su pregunta. Carraspeo antes de responder en el mismo tono impersonal de antes.

—Lo siento, pero las secretarias no tenemos permiso para hablar con su majestad.

O al menos eso creo, pues yo nunca lo he hecho. En lo que llevo trabajando aquí apenas le he visto una vez, y eso porque era la ceremonia de su ascensión al trono. Recuerdo que yo estaba en la última fila, más atrás imposible, pues era el sitio que se nos había indicado a los administrativos. Pero el problema es que soy tan bajita que ni siquiera en puntillas alcanzaba a distinguir lo que sucedía allí delante. Al ver mi frustración, Dumar, el jefe de guardias, se apiadó de mí e hizo que le siguiera hasta uno de los palcos reservados para los visitantes extranjeros. Y al llegar allí aluciné, pues el palco estaba justo arriba del escenario y el príncipe estaba tan pero tan cerca que me parecía que si alargaba el brazo podría tocarle.

Estaba sentado en un trono antiguo rodeado de su guardia real y se veía tan grande y musculoso que, aún sentado, su figura conseguía empequeñecer a todos los demás hombres que estaban a su lado. El joven príncipe se había ganado su reputación luchando codo con codo con los guerreros más feroces del reino, y podía entender su fama, porque en verdad su sola presencia imponía y transmitía una fuerza descomunal. Sus amplias espaldas y su pecho macizo hacían que la seda de su túnica negra se tensara hasta con su movimiento más leve. Era una pared de músculos y cuando se levantó para recibir la corona de manos de su madre, sentí que las rodillas se me aflojaban y el pulso se me disparó de tal forma que me vi obligada a aspirar el aire por la nariz para no desmayarme. Cada uno de sus pasos resonaban como truenos en la inmensidad del salón silencioso. El público parecía hipnotizado a la espera de sus palabras. Y cuando por fin habló, su voz grave y profunda vibró estremeciendo mis entrañas.

Madre mía, no era así como yo me imaginaba a los reyes en mi infancia, cuando mi nana me contaba las historias de príncipes andantes de modales suaves y refinados. Este hombre no tenía nada de refinado, ¡y mucho menos de suave! Todo lo contrario, se rumoreaba que el príncipe era un cavernícola sin escrúpulos, un bruto que cuando quería algo lo reclamaba para sí arrebatándolo sin miramientos. ¡Y además tenía la boca más sucia que una letrina! Eso lo sabía yo porque una vez le oí discutir con alguien cuando una

de las líneas telefónicas quedó abierta por accidente. ¡Jamás había escuchado a alguien usar semejantes palabrotas! Madre mía, estaba tan avergonzada que tuve que darme aire con ambas manos para que la cara dejara de arderme.

A pesar de todo lo que se decía acerca del nuevo jeque, desde aquel día quedé tan impactada por su aura de poder que no pude evitar empezar a tener fantasías con él. Por las noches cuando no puedo dormir me siento en la cama, abro mi portátil y me paso horas mirando fotos del príncipe. En ellas siempre sale serio, con expresión reconcentrada, como si sonreír fuera un delito. Entonces amplío las imágenes para tratar de descubrir lo que ocultan esos ojos color café. ¡Hay tanto misterio en ellos! Un enigma por el que siento mucha curiosidad y algo de temor. A veces siento que el corazón se me encoge al pensar que él jamás me dedicará una sola de sus miradas misteriosas. Mejor así, me digo, porque como lo hiciera estoy segura que me impondría tanto que probablemente me quedaría mirándole balbuceando como una tonta.

El sonido de la voz de Nadia al otro lado de la línea vuelve a sacarme de mis ensueños.

—Oye, tendrías que hablar con mi primo algún día. Es muy majo y estoy segura que le caerías bien.

¿Majo? ¿El gran Zadir? ¿De veras estamos hablando de la misma persona? Yo no usaría esa palabra para describirle. Quizás mandón, bruto, arrogante, cabezota, controlador o excéntrico. ¿Pero majo? Definitivamente no.

Impaciente echo un vistazo a mi reloj.

—Alteza, debo cortar la comunicación, hay otras prince... eh.. quiero decir otras personas en línea, y casi se me ha hecho la hora de...

—¡Espera un momento! —desesperada grita a pleno pulmón y del susto que me he pegado casi me caigo de la silla—. ¡No me cuelgues, por favor! Hay algo que debes saber. No pensaba decírtelo, pero me has demostrado que puedo confiar en ti —entrecierro los ojos porque cuando una princesa empieza a hacerme la pelota es señal de que nada bueno se trae entre manos—. Es algo para el jeque —continúa—. Tengo que dárselo cuanto antes porque lo necesitará si quiere casarse.

Hago una mueca apretando el teléfono en la mano. Vaya, esto es nuevo... ¿un objeto que necesitará para casarse? ¡Estas princesas sí que tienen imaginación! Es increíble los disparates que están dispuestas a decir con tal de obtener una cita con el jeque.

—Ya, me imagino... —respondo irónica con el dedo índice suspendido

sobre el botón rojo lista para cortar la llamada.

—No comprendes. No es ningún pretexto. Tampoco es un juego. ¡Es un asunto de estado! Si no me haces caso, Zadir jamás podrá tomar esposa. Y como el gabinete se entere de que tú lo has permitido...

Endezco mi espalda frunciendo el entrecejo.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te estoy advirtiendo de manera amistosa. Oye, Luana, sé que estás atareada y que hablar todo el día con chaladas como yo no debe ser nada fácil —sonríó ante sus palabras suavizando mi expresión tensa—, pero te prometo que no serán más que unos minutos.

Hago una mueca mirando el tubo del teléfono con perplejidad. ¿Un asunto de estado? ¿Que el jeque no podrá tomar esposa? Esto sí que se sale de lo habitual.

Suspiro con resignación.

—Vale, tienes treinta segundos para explicarte.

La princesa toma aire y empieza a hablar a toda velocidad.

—Mira, hace años me he quedado con algo que es de Zadir. Él probablemente se haya olvidado que alguna vez me lo dio. Pero ahora que sé que le urge tomar esposa me gustaría devolvérselo. Es un objeto muy significativo para él. Comprenderás que no puedo decirte qué es por motivos de confidencialidad, pero te aseguro que le estarás haciendo un gran favor.

—Aún así no puedes ver al jeque...

—No, pero podrías recibirlo tú. Confío en ti y estoy dispuesta a dejarlo en tus manos. ¿Qué dices?

A decir verdad no suena tan mal, y hasta donde yo sé recibir paquetes a nombre del jeque forma parte de mis obligaciones. Resoplo mirando el reloj. Igual puedo hacerlo. Me gustaría ayudar a la princesa, ella ha sido la única que me ha tratado con respeto y amabilidad... Además, no estaré haciendo nada en contra del reglamento. Mordisqueo la punta del boli debatiéndome.

—Por favor, di que sí —suplica la princesa—. ¡Te prometo que después de esto te dejaré en paz! No sabes lo doloroso que es tener esto aquí conmigo, sabiendo que él no me quiere...

Oigo que su voz se quiebra en un sollozo. Pronto el llanto es incontenible, y alejo el tubo del teléfono de mi oído haciendo una mueca. Incómoda me revuelvo en mi asiento forzando una sonrisa al darme cuenta que mis compañeras se me han quedado mirando. Seguro que me han visto gesticular como una trastornada y creerán que soy demasiado blandengue para cumplir

con mi trabajo.

¡Dios mío, odio que la situación se me vaya de las manos! Debo tomar una decisión de inmediato.

Me aclaro la garganta y añado en un susurro para que nadie más que la princesa pueda oírme.

—De acuerdo, lo haré. Pero tiene que ser en una hora o así porque debo esperar a que cambie el turno.

—¡Estupendo, en una hora estoy allí!

—Antes debo pedir autorización para que nos dejen entrar la encomienda al palacio. ¿Es muy grande el paquete?

—¡No, qué va, si es una cosita de nada! Pero preferiría que esto quede entre tú y yo. Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Esto... —miro a mi alrededor y bajo la voz hasta que prácticamente no se me oye—. Vale, espérame al final de la avenida de entrada, ¡y no te acerques demasiado al palacio, hay guardias por todos lados!

—¡Sabía que podía contar contigo!

Al colgar el teléfono me dejo caer agotada sobre el respaldo de la silla. Esto no es vida. Cierro los ojos pensando que estoy a punto de meter la pata hasta el fondo.

Eres una inconsciente, me digo mordiéndome el labio inferior.

Cuando veo que es la hora meto mis cosas en el bolso y salgo pitando de la oficina. Ahora me las tendré que apañar para convencer a Dumar de que haga la vista gorda.

Tratando de no llamar demasiado la atención, recorro los pasillos del palacio hasta uno de los patios traseros. Al dejar atrás la frescura del interior siento una oleada de fuego en la cara, es el viento que sopla sin cesar desde el desierto. Menudo calor, rápidamente me quito la chaqueta, la doblo y me la cuelgo del brazo mientras me escabullo entre los guardias buscando con la vista a Dumar. Sé que las probabilidades de verle por aquí a estas horas no son muchas, pero él es la única persona que puede ayudarme.

Respiro aliviada cuando le veo allí arriba en una de las torretas de vigilancia hablando con otro guardia. Me acerco a la muralla y muevo mis brazos tratando de llamar su atención. Al reconocermelo me saluda con la mano. Rápidamente señalo hacia las puertas con un dedo y luego junto mis manos a manera de súplica. Contengo la respiración rezando para que Dumar comprenda mi pedido. Después de unos segundos oigo sonar el típico cuerno que indica a los porteros que deben abrir las puertas y franquear la salida.



Le doy las gracias con una sonrisa y camino a toda prisa hacia la arcada que da a la avenida que cruza el palmar. A poco de andar por la arena blanca distingo a lo lejos la melena rubia de la princesa. Al verme salta de su montura, un caballo negro precioso que relincha y sacude la crin al sentir mi presencia. Nadia se acerca a mí con una sonrisa radiante.

—Tú eres Luana, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y ella me abraza riendo. Sonrío con timidez, un poco incómoda porque suelo cortarme bastante con gente que veo por primera vez.

Vaya, me digo al verla de cerca, ella sí que parece una verdadera princesa. Lleva un vestido blanco de viscosa, pulseras de oro y unas sandalias romanas plateadas. A su lado me siento tan poca cosa con mis rizos rojos imposibles de desenredar y mis gafas de pasta. Suspiro porque lo mismo me sucedía con mis hermanas. De las tres, siempre he sido la que menos destaca. Ni siquiera hago un esfuerzo por arreglarme. A veces me pregunto si de veras seré una princesa... Jamás entendí por qué era tan fascinante para ellas asistir a aquellas absurdas presentaciones en sociedad que mi madre solía organizar. Estar en medio de esos hombres y recibir sus halagos superficiales. ¡Qué ridículo! Será por eso que nunca ningún hombre me pretendió. Me veían como la hermana sosa, era demasiado hosca para ellos y ni siquiera se molestaban en dirigirme la palabra. Mejor así, me digo, más vale sola que mal acompañada. Al menos aquí en Nueva Abisinia puedo ser yo misma. Además de que es mucho más fascinante vivir en tierras salvajes y exóticas que en el aburrido castillo medieval de mi reino.

Veo como Nadia empieza a desatar el paquete que ha traído sobre el lomo del caballo. Me muerdo las uñas con nerviosismo porque el paquete ha resultado ser mucho más grande de lo que imaginaba. Es una caja de cartón bastante grande y me pide ayuda para bajarla al suelo. Gimiendo la ayudo a cargar la caja que es muy pesada, mientras ella sigue hablando sin parar acerca de lo feliz que la pone estar de regreso en el palacio. La noto demasiado entusiasmada, eso no es una buena señal. ¿Debería detenerla aquí o permitirle la entrada al palacio?

Pero pronto me doy cuenta que me resultará difícil imponerme a su arrebatadora energía. Su encanto es capaz de desarmar a cualquiera, y cuando empieza a avanzar hacia el palacio siento que es demasiado tarde para echarme atrás.

Regresamos con sigilo cargando la caja entre las dos. A nuestro paso algunos guardias alzan una ceja y yo rezo en mi interior para que no nos

detengan.

—¡Eh! Vosotras dos. Alto ahí.

¡Mierda! Lentamente me vuelvo hacia ellos sonriendo con inocencia y veo que hacen un gesto señalando la caja.

—Permítenos echarle un vistazo.

Dejamos caer la caja y retrocedo unos pasos mientras los guardias la revisan. En ese momento aparece Dumar y hace que sus hombres se aparten. Tras echar un breve vistazo al contenido, enseguida levanta la cabeza sorprendido y mira fijamente a Nadia con una sonrisa enigmática. Intento ver qué hay en la caja pero Dumar la vuelve a cerrar rápidamente sellándola.

—Adelante, llevar la caja a la sala de paquetes que un mensajero luego pasará a recogerla. ¡Pero no os demoréis! Especialmente tú —señala a Nadia que se encoge de hombros y me mira poniendo los ojos en blanco.—Y mucho ojo con subir a la planta superior. Os estaré vigilando.

Me doy prisa porque no quiero contrariar a Dumar. Enfilamos por el pasillo de acceso al ala de servicio, y luego de andar unos minutos Nadia toma por otro pasillo. Frunzo el cejo porque por aquí no se llega a la sala de paquetes. Empiezo a inquietarme porque temo no tener permiso para andar por aquí. Miro a la princesa.

—Será mejor que le dejemos la caja a algún lacayo —sugiero mirando desesperada a mi alrededor sin ver a un alma. La princesa no me hace caso y continúa andando como si nada, entonces me apresuro a añadir—. Si la dejamos aquí mismo estoy segura que más tarde pasará el mensajero y se la llevará a su majestad. ¿Quieres que te acompañe hasta la salida?

Bufando la princesa me mira por el rabillo del ojo y de un tirón me quita la caja de las manos dejándome atrás. Doy una carrerilla para alcanzarla y empiezo a protestar débilmente.

—Oye, sabes que me comprometes...

Ella me corta en mitad de la frase.

—Gracias por tu ayuda, de veras —al ver que no me aparto hace un gesto de impaciencia—. Ya puedes volver a lo tuyo. Y no te preocupes por mí, conozco de sobra el camino.

Me quedo mirándola con la boca abierta sin saber qué hacer. Joder, no me lo puedo creer. Me rasco la cabeza repitiéndome que aquí debe haber un malentendido. Igual no he sabido explicarme bien. Carraspeo aclarándome la garganta y vuelvo a intentarlo.

—Nadia, lo que quiero decir es que esta área está restringida al personal

de...

Pero ella vuelve a cortarme abruptamente dejándome con la palabra en la boca.

—Oye, ¿que no entiendes que soy de la familia? Esas reglas estúpidas no aplican para mí.

Parpadeo atónita. ¡No puede estar hablando en serio! Madre mía, ahora sí que me ha entrado la desesperación.

—¡Es que no puedo dejarte subir! ¡Si alguien llegara a enterarse de hacia donde estamos yendo perdería mi puesto!

Ella se vuelve a mirarme con ojos irónicos.

—Descuida, tú no vas a ninguna parte.

Al ver que la princesa se aleja de mí solo se me ocurre tirar de la manga de su vestido para detenerla, pero ella consigue librarse de mí con un movimiento brusco.

—¡Tú no entiendes! —exclama de repente—. ¡Debo hablar con mi primo! Además, lo que le traigo es demasiado valioso para dejarlo en manos de un mensajero.

Llegamos al pie de las escaleras doradas que conducen a la planta donde trabaja el jeque y su gabinete de ministros. Levanto la cabeza y observo los escalones relucientes que serpentean interminablemente y siento un vértigo que hace temblar mis rodillas. Altiva, Nadia echa a andar escaleras arriba como si fuera la dueña del palacio y dudo si debo seguirla. Al fin y al cabo soy una simple administrativa y no tengo permiso para subir a las plantas superiores. Me paso una mano por la frente con impotencia. Solo atino a gritarle.

—¡Prométeme que no harás una locura!

Lo único que obtengo por respuesta es su risa maliciosa. ¿Qué narices? La miro con incredulidad. ¿De veras cree que esto es gracioso para mí? ¡Es mi puesto el que está en juego y ella tan campante!

Gimo interiormente al imaginarme la cara que pondrá el gran Zadir al ver entrar a su prima por la puerta de su despacho. ¡Y ni quiero imaginar cuando descubra que he sido yo quien le ha dejado pasar! ¡Seguro que mi cabeza rodará por estas mismas escaleras!

Derrotada dejo caer mis brazos a los lados deseando que me trague la tierra.

Ahora sí que la he cagado...

Suspirando regreso sobre mis pasos dándole vueltas a la cabeza y temiendo

lo peor. Me veo en la calle, sin rumbo, arrastrando mi maleta sola bajo la noche desértica. ¡Y probablemente será esta misma noche!

Maldigo mi suerte y regreso a mi habitación tratando de no cruzarme con nadie por el camino.

## Capítulo 2

# ZADIR

—Majestad, ¿qué le ha parecido la princesa de Sabos? Es una muchacha maravillosa, ¿a que sí?

Me detengo en medio de la estancia para mirar a mi ministro con incredulidad.

—¿Hablas en serio, Omar? ¿De veras crees que haré mi esposa a cualquier chiquilla malcriada solo porque a ti te conviene una alianza con su padre?

Él baja los ojos. El resto del gabinete se queda en silencio cuando paseo mi mirada en busca de alguien sensato, pero nadie es capaz de sostenerme la mirada. Frustrado siseo entre dientes soltando un taco y mis ministros se remueven nerviosos en sus asientos.

Omar vuelve a intentarlo.

—Pero Alteza, comprenderá que debo proteger los intereses del reino. El sultán Ahmed domina miles de kilómetros de yacimientos petrolíferos y podríamos...

Pongo los brazos en jarras y le miro fijamente.

—¡Me suda la polla lo que su padre tenga o deje de tener! ¿Acaso crees que nuestro reino no tiene ya suficientes yacimientos? ¡Omar, hombre, no me fastidies! ¿Debo sacrificar mi felicidad solo por tener un poco más de maldito petróleo? —me paso una mano por el cabello y río incrédulo negando con la cabeza. Mierda, esto está yendo de mal en peor—. Oye, ya hemos pasado por esto. ¿Cuántas veces discutiremos lo mismo?

Omar traga saliva hundiendo su nariz en la pantalla de su portátil buscando en la lista de candidatas tratando de encontrar algún argumento que me convenza. Pero nada de lo que mis ministros proponen consigue hacerlo. Sus sugerencias son lógicas y razonables, lo reconozco. Pero en asuntos del corazón me niego a ser razonable. ¡Coño, después de todo no estoy decidiendo qué zapatos ponerme por la mañana! Estoy tratando de escoger a la persona a la que debo hacer feliz por el resto de mi vida, y esa es una gran responsabilidad. No puedo elegir esposa por comité, y eso es justamente lo que ellos no consiguen entender.

—Majestad, mire esto por favor... —Omar insiste una vez más ampliando una imagen en su pantalla que inmediatamente se proyecta sobre la pared de mi despacho. Miro con desgana y tuerzo la boca. ¿De nuevo esa muchacha con los grandes senos de plástico y la sonrisa falsa? Pero Omar continúa con

su discurso como si nada—. La princesa Keila, por ejemplo, es una candidata estupenda. Su familia posee tierras en puntos estratégicos de la región. ¡Si tan solo tuviéramos acceso a ellas nuestro comercio se triplicaría!

Le miro sin mover un músculo de mi cara hasta que él desvía su mirada avergonzado. Suspirando empiezo a explicar pacientemente.

—Omar, quiero que respondas a mi pregunta con franqueza —digo y me vuelvo para señalar la imagen proyectada en la pared—. ¿Engendrarias a tus hijos con una mujer tan superficial y consentida como ella?

Observo divertido que las mejillas pálidas del viejo Omar se tiñen de una tonalidad carmesí al tiempo que retuerce sus manos con pudor.

—Pero alteza, con todo respeto, ¿qué importancia tiene el carácter de la princesa? Basta con recluirla en un ala apartada del palacio y aparecer con ella únicamente en ocasiones protocolares.

Suelto la carcajada más bruta porque de verdad encuentro sus argumentos hilarantes. Los miembros de mi gabinete se miran unos a otros desconcertados. Estoy comenzando a pensar que no tiene caso continuar hablando del tema con estos hombres, porque al parecer jamás han tenido treinta años y son incapaces de comprender mis necesidades.

Omar hace el gesto de añadir algo más a su sarta de idioteces, pero se contiene cuando le fulmino con una mirada asesina.

—¡Basta! Hasta aquí hemos llegado. Ya no quiero volver a repasar tu bendita lista de candidatas. ¿Para qué? Esas golfas me repugnan. Y os advierto a todos que como sigáis pensando que tomaré esposa por el tamaño de su dote, podéis consideraros despedidos —hago una pausa y casi puedo oler el miedo en el silencio absoluto que hacen mis ministros. Meneo la cabeza antes de añadir—. Me he comprometido a darlo todo por el reino, mis horas, mi inteligencia y mi esfuerzo... Pero no me pidáis que sacrifique mi felicidad porque en eso seré inflexible —les miro a uno por uno asegurándome de dejarlo claro de una vez y para siempre—. Quiero una esposa con la que pueda tener hijos, con la que pueda compartirlo todo. Mi fortuna, mi cama, mis sueños y proyectos, mis hijos...

Al ver sus ojos vacíos me detengo y levanto mis manos con exasperación. ¡Vale, me rindo! Está visto que es inútil hablar de temas personales con esta gente. Con ánimo parco vuelvo a sentarme en mi sillón y mientras oigo los murmullos confusos de mis ministros, cierro los ojos apretándome el puente de la nariz con dos dedos para tratar de aliviar mi jaqueca. Este asunto de tomar esposa se está convirtiendo en una puta pesadilla. Jamás imaginé que

podría ser tan complicado.

Aspiro el aire por la nariz y pensativo me paso una mano por el pelo. Sé que debo encontrar una solución cuanto antes, pues estoy tirando de un hilo muy delicado que pronto se cortará si no tomo una decisión final. Pero es que la lista de candidatas que me han presentado es... simplemente inaceptable.

¡Oh, cómo envidio a los jeques que se permiten mantener a un harem! Esos cabrones lo tienen tan fácil... Sumar mujeres y probar a cada una hasta dar con la esposa ideal. Desafortunadamente mi naturaleza no funciona de esa manera. He salido con demasiadas mujeres durante los últimos diez años de mi vida y si algo me ha enseñado esa experiencia es que mi deseo de ser fiel a una sola mujer y dedicarme a ella en cuerpo y alma es hoy más fuerte que nunca. ¿Por qué no puedo encontrar una mujer por la que merezca la pena centrar todas mis energías en satisfacerla?

Después de todo, apenas pretendo seguir la tradición de mi linaje, el ejemplo que me han dejado mis padres. Su unión fue la felicidad perfecta. Lealtad, pasión y poder. Lograr conjugar esos elementos en una unión sagrada es el ideal al que aspiro. Y sé que jamás podré lograrlo si escojo esposa por comité.

No, soy yo quien debe elegir esposa para que esto funcione. No quiero una esposa trofeo ni una princesa consentida. Necesito una esposa de verdad, una mujer que me haga hervir la sangre y que pueda llevar a mis hijos en sus entrañas, una doncella pura a la que pueda adorar, poseer completamente y someter a mis instintos de macho...

Joder, todo esto me recuerda que desde que subí al poder no he probado mujer. Me he prometido que no dejaría que nada me distrajera de mis obligaciones. Ser el mejor jeque para mi reino es para lo que mi padre me ha criado. Y estoy cumpliendo su mandato con mano de hierro. Pero evidentemente la falta de una mujer a mi lado me está poniendo de los nervios. Si tan solo mi estrella me pusiera a esa mujer en el camino, juro que no la dejaría escapar...

—¡Señorita, usted no puede estar aquí! ¡Debe retirarse de inmediato!

¿Qué cojones? El grito de Omar me sacude de mis pensamientos. Veo que todos mis ministros están de pie, alarmados como si hubieran visto un fantasma. Sigo la dirección de sus miradas y entrecierro los ojos al advertir lo que está sucediendo aquí.

—¡Prima! ¿Se puede saber qué haces tú aquí?

Nadia intenta correr a mi encuentro pero mis guardaespaldas la detienen a



mitad de camino. Ella forcejea con ellos en vano y levanto mi mano abierta pidiendo paz.

—Está bien, soltarla.

Los guardias obedecen y ella les mira con desprecio. Luego se vuelve hacia mí y poniéndose en puntillas intenta besarme. Aparto mi rostro y me quedo mirándola sin mover un músculo.

—¡Zadir, mi amor, no imaginas cuánto te he echado de menos!

¿Mi amor?, pienso con disgusto y la alejo de mí. Ella parpadea poniendo morritos.

—¿Ya no me quieres?

—¿Quién cojones te ha dejado entrar?

—Esto... eh... tu secretaria —dice finalmente y enseguida junta las manos sobre su pecho en señal de súplica—. ¡Pero ella no tiene la culpa, por favor no la regañes!

Me vuelvo hacia mis ministros y ellos enderezan la espalda poniéndose en alerta porque saben que tengo muy malas pulgas.

—¿Cuántas puñeteras veces os he dicho que no toleraré empleados ineficientes en mi palacio?

Omar se disculpa con un murmullo inaudible y luego me pide permiso para retirarse. Hastiado les despacho a todos con un gesto despectivo de la mano. Los guardias vigilan a mi prima Nadia con suspicacia, como si en cualquier momento fuera a sacar una cuchilla de su bolso.

—Alteza —dice uno de ellos—, si me necesita no dude en llamarme. Estaré al otro lado de la puerta.

Asiento con la cabeza y los guardias también se retiran. Cuando nos quedamos solos, mi prima me dedica una sonrisa pícara. Vaya, esta niñata me está tocando los cojones, me digo cada vez cabreándome más haciendo un esfuerzo para controlar mi furia. Al ver mi gesto adusto Nadia inmediatamente pierde la sonrisa.

—No te enfades conmigo, Zadir.

Me cruzo de brazos y suspiro exasperado.

—A ver, prima, desembucha. ¿Quién es esa secretaria que te ha hecho pasar?

Nadia hace un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Creo que se llama Luana. Es una chica muy simpática, algo ingenua quizás.

—¿Luana? —repito acariciando mi barbilla pensativo.

No es un nombre habitual para una secretaria en estas partes del mundo. Ladeo la cabeza interesado.

—¿Puedes describirla físicamente?

Nadia tuerce la boca haciendo un esfuerzo por recordar.

—Es occidental, un poco más pálida que yo. Tiene rizos rojos, usa unas gafas grandes que le quedan muy monas y es bajita. Yo diría que es una tía bastante normal, pero la verdad es que aquí destaca bastante —se detiene y me mira con ojos implorantes—. Por favor no la riñas, solo aceptó ayudarme porque yo se lo pedí. ¡Cuando veas la sorpresa que he traído para ti se te quitará esa cara de ogro!

Sigo la dirección de su mirada y veo el paquete que ha dejado sobre la alfombra persa. Joder, no me gustan las sorpresas y menos si vienen de la chalada de mi prima.

—Luego le echaré un vistazo —digo mirando con desagrado la caja y pensando que esto no tiene buena pinta—. Ahora debes irte.

Ella avanza otro paso hacia mí acercándose peligrosamente y coge mi brazo con ansiedad.

—¡Pero Zadir, esto es demasiado importante! Quiero que lo abras delante de mí.

—No lo haré hasta que no me digas de qué se trata.

Ella me guiña un ojo sonriendo.

—Solo te daré una pista. Si vas a tomar esposa lo necesitarás...

Entrecierro los ojos fijamente intentando adivinar qué se trae entre manos esta vez. Chasqueo la lengua con impaciencia.

—¡Venga, ábrelo y acabemos con esto!

Ella da un saltito de alegría y corre hacia la caja. Lentamente empieza a abrirla con intención de crear suspense y pongo los ojos en blanco mirando mi reloj. Al ver que no estoy para bromas se da prisa en abrirla y luego se aparta para que pueda ver su contenido.

Por un momento la curiosidad me puede y me acerco con cuidado. Joder... esto sí que no me lo esperaba. Levanto mis ojos hacia ella y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Vaya, primita. Enhorabuena, has conseguido sorprenderme.

Ella echa a reír aplaudiendo encantada como una niña. Regreso a mi sillón detrás del escritorio y cruzo las manos detrás de mi cabeza. Nadia no me quita ojo mordiéndose nerviosamente las uñas.

—Gracias, casi no lo recordaba, ha sido una grata sorpresa —digo

finalmente—. Pero no era necesario que violaras mis reglas de seguridad para traerlo hasta aquí. Podrías haberlo enviado por mensajería, ¿no te parece?

Ella pone morritos y vuelve a acercarse tratando de acortar la distancia entre nosotros.

—Es que necesitaba verte. ¡Te he echado tanto de menos!

Rodea el escritorio con intención de llegar junto a mí y me veo obligado a hacer un ademán brusco para advertirle que ni lo piense. Ella se detiene a mitad de camino bufando y dejando caer los brazos a los lados regresa a su sitio ante el escritorio de caoba.

—Es que necesito que me escuches...

—No te preocupes, no me estoy quedando sordo. Habla.

—¡Uf, a veces eres tan odioso!

Levanto una ceja irónico.

—¿No has visto el telediario últimamente? —Ella parpadea confundida—. Para tu información soy el nuevo jeque de Nueva Abisinia.

—Muy gracioso —responde ella resoplando.

—En serio, Nadia. ¿Crees que dispongo de todo el tiempo del mundo para ti? ¿No te parece que tengo bastante ya con los asuntos del país para tener que ocuparme de una chiquilla que se cuelga en mi despacho sin anunciarse?

Nadia abre los ojos indignada y protesta.

—¿Chiquilla yo? ¡Mira quién fue a hablar! ¡Tú eres quien no se ha dignado recibirme como si de golpe no me conocieras!

Joder, otra vez está consiguiendo sacarme de mis casillas. Niego con la cabeza viendo que esto está pasando de castaño oscuro y me pongo en pie porque no pienso tolerar más sus caprichos.

—¿Debo recordarte que te diriges a un jeque? ¡Ten más respeto!

Ella resopla dejándose caer en una de las sillas y se cubre la cara con las manos.

—¿Es que no te apetece verme feliz? —pregunta con voz lastimera.

Levanto una ceja.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Pues sí, eres mi prima y deseo verte feliz. ¿Acaso no es obvio?

Sus ojos vuelven a brillar con esperanza.

—¡Pues entonces tómame como esposa y seré la princesa más feliz!

Aquí vamos de nuevo, pienso con disgusto y me paso una mano por el cabello sin poder creerme que una vez más estemos hablando de esto. Muevo la cabeza de un lado a otro porque creí haberlo dejado bastante claro la última

vez. De hecho, he tratado de disipar sus inapropiadas fantasías románticas en varias ocasiones, pero con Nadia nunca parece ser suficiente.

—No me lo pongas difícil. Tú ya sabes lo que pienso al respecto.

—No me quieres... Es eso, ¿verdad? ¡Tú nunca me has querido!

Sus ojos están enrojecidos y pacientemente la oigo sonarse la nariz una y otra vez. Me cago en la leche, pienso caminando de un lado a otro con los puños apretados, ¡lo que me faltaba, consolar a una princesa encaprichada! Maldigo entre dientes a la inepta de mi secretaria. Hoy ha dejado pasar a mi prima, y si me descuido mañana podría dejar pasar a mi enemigo. Definitivamente debo deshacerme de ella.

Pero antes debo deshacerme de mi prima. Tomo aire reuniendo lo poco que me queda de paciencia y con un gesto le indico que se acerque a mí. Cabizbaja obedece. Levanto su barbilla con un dedo y frunzo el ceño al ver sus lágrimas. Me mira con los ojos vidriosos. En ellos puedo ver que no ha perdido la ilusión. Joder, odio tener que romperle el corazón. Siento afecto por esta niña, sé lo chungo que lo ha pasado en su vida y la considero casi como una hermana menor. Pero eso es todo. Si sintiera algo más por ella, me daría cuenta al instante al tocar su cara o sus manos, porque así es como sé cuando hay electricidad entre una mujer y yo. Pero al tocar su barbilla no he sentido nada. Su piel no provoca ningún ansia en mí.

La miro a los ojos y suspiro resignado porque odio ser el villano del cuento y tener que explicarle con pelos y señales lo que es evidente para todos menos para ella.

—Tú no te has enamorado de mí, prima. Solo estás encaprichada conmigo porque soy el único hombre en quien confías.

Ella niega con la cabeza testaruda.

—¡Tú no puedes saber lo que siento!

La miro con pena y la tomo de las manos tratando de que me escuche.

—Oye, que tengo más experiencia que tú. Sé de estas cosas mucho más de lo que te imaginas. Eres muy joven y en tu vida conocerás a muchos chicos, debes darte una oportunidad de conocerles y ya verás que uno de ellos congeniará contigo y te querrá como mereces.

—¡Pero no quiero conocer a ningún chico! ¡Te quiero a ti!

—Todos estamos destinados a una persona en particular. Cuando tu estrella te ponga a esa persona delante, lo sabrás.

—¡Es que ya lo sé! ¡Esa persona eres tú!

—No, no soy yo, eso te lo seguro. Te has equivocado conmigo, es algo que

nos sucede a todos. Pero el destino se encargará de poner delante de ti al hombre que te merezca.

—¿Y qué haré si no existe ese hombre? —susurra con un hilillo de voz.

—Te prometo que existe. Ten fe y confía en ello.

Se sorbe la nariz y me mira con sus preciosos ojos violetas arrasados por las lágrimas.

—¿Y si me vuelvo a equivocar? ¿Cómo sabré cuando tenga a mi príncipe enfrente?

—Lo sentirás aquí —digo apoyando una mano en mi corazón.

Nadia ladea la cabeza e insiste una vez más.

—¿Y de veras tu corazón no siente que tú y yo estamos destinados a estar juntos?

Niego con la cabeza, aún a riesgo de hierirla prefiero ser directo.

—De veras, prima. Mi corazón no siente eso que dices.

De golpe su rostro se descompone tiñéndose de un rojo intenso y furiosa avanza hacia mí dándome un empujón.

—¡Eres un maldito, Zadir! ¡Tú no tienes corazón, jamás has querido a nadie en tu vida ni lo harás!

La dejo que se desahogue observándola dar golpes sobre mi pecho hasta que se detiene agotada y lentamente se deja caer al suelo y rompe en un llanto desconsolado.

Resoplando presiono el intercomunicador para llamar a la guardia. No es mi intención hierirla ni verla sufrir, pero esto ha ido demasiado lejos. Ella ya no escucha razones y no hay más que pueda decir para consolarla. Solo puedo esperar que con el tiempo pueda darse cuenta de su error.

La puerta del despacho se abre de inmediato y mi guardaespaldas echa un vistazo a la princesa espatarrada en el suelo y hecha un desastre.

—Majestad, ¿se encuentra bien? Sabía que algo así acabaría ocurriendo, debí haberme quedado aquí —sisea negando con la cabeza.

—Descuida —le tranquilizo—. Solo necesito que alguien la acompañe hasta su casa.

El cuerpo de guardias aparece en el rellano y se pone a mis órdenes llevándose a la princesa. Mientras es conducida fuera de mi despacho ella se vuelve para señalarme temblando de ira.

—¡Eres un hombre cruel, primo! ¡Bien ganada tienes tu fama de mujeriego desalmado! ¡Los hombres como tú están destinados a morir solos e infelices!

La puerta se cierra tras ella y me paso una mano por la cara dejándome

caer en mi sillón. Su última frase queda resonando en mi mente durante varios minutos. No puedo evitar preguntarme si ella no tendrá razón. ¿Y si mi destino fuera no encontrar jamás a la mujer por la que merezca la pena arriesgarlo todo? Un frío recorre mi espina y aprieto las mandíbulas con fuerza.

Justo en ese momento alguien llama a la puerta sacándome de mis oscuros pensamientos.

—¡Adelante!

Es Dumar, que entra y se acerca lentamente hasta mi escritorio con un gesto de preocupación mientras yo le fulmino con la mirada.

—¡Tú eres un cabronazo! —exclamo señalándole con un dedo acusador—. ¿Crees que ser mi mejor amigo te da derecho a hacer lo que se te antoje?

Dumar levanta las manos en son de paz.

—Lo siento, Zadir, de verdad. Ya he visto que la reunión con la princesa ha acabado en desastre. Asumo toda la culpa si eso te hace sentir mejor.

Le miro incrédulo.

—Sabes perfectamente que no quiero ver a ninguna mujer, ¡mucho menos a mi prima!

—Solo pretendía ayudarte. Permanecer recluido en tu despacho trabajando veinte horas por día no es saludable para nadie.

Desvío la vista resoplando y me quedo mirando el horizonte del desierto a través de la ventana. Joder, es que tiene toda la razón. No puedo seguir así. Como no encuentre una solución a este asunto acabaré volviéndome loco. Haber anunciado públicamente mi intención de tomar esposa ha sido un error. Sin querer he provocado un caos allí fuera y ahora hay decenas de princesas ilusionadas con ser la esposa del jeque. He abierto la caja de pandora y ahora tendré que atenerme a las consecuencias. Debo forzarme a escoger entre aquellas princesas que mi gabinete considere aptas, aunque con ello esté echando por la borda mis chances de ser feliz.

Mosqueado me vuelvo hacia Dumar cruzándome de brazos.

—Pues si quieres ayudarme dime quien demonios es esa secretaria extranjera que ha ayudado a Nadia.

Advierto que Dumar reprime una sonrisa.

—¿Te refieres a la princesita?

Le miro desconcertado. ¿Princesita? ¿Qué significa eso?

Él se echa a reír al ver mi confusión.

—¿En serio no te has fijado en ella? Se llama Luana y trabaja para ti desde

hace tres meses.

Resoplo cabreado.

—¿Pretendes que conozca a cada una de las personas que están bajo mi servicio?

Dumar se sonríe.

—Te aseguro que ella merece la pena.

Le miro intrigado pero carraspeo para disimular mi repentino interés.

—¡Pues me importa una mierda! Ningún empleado del reino desoye mis órdenes.

—¡Eh! Métete conmigo si quieres, pero deja a esa pobre muchacha en paz. Lo más probable es que se haya visto sobrepasada por la situación.

¿Sobrepasada por la situación? ¡Controlar este tipo de situaciones es su puñetero trabajo!

—No hay excusas, la ha cagado y tendrá que pagar por su error.

Con los labios apretados pulso el botón del interfono para comunicarme con la oficina de administración.

Dumar chasquea la lengua.

—Estoy seguro que la pobre no lo ha hecho con mala intención.

—Pues eso mismo me lo tendrá que explicar ahora ella a mí.

SIGUE LEYENDO LA SECRETARIA DEL JEQUE:

[La secretaria del jeque en AMAZON.ES](#)

[La secretaria del jeque en AMAZON.COM](#)

[La secretaria del jeque en AMAZON.MX](#)

## **DOS CAPITULOS COMPLETOS**

Humillada de la peor manera en su noche de bodas...  
Solo para caer luego en manos del enemigo de su padre:  
Dominante, bestial, cruel y distante... pero guapísimo.

Lee el comienzo de la historia a continuación:



# Capítulo 1

# NADIA

Dejo mis cubiertos sobre el plato con el bistec a medio terminar y suspiro apoyando mi espalda en el respaldo de la silla. ¡Si como algo más reventaré, lo juro!

Echo un vistazo alrededor. El banquete se ha prolongado demasiado y la mayoría de los asistentes están borrachos. Y eso incluye a mi prometido. Bueno, a estas alturas debería decir mi esposo. Pero es que no quiero llamarle así. Me recorre un escalofrío solo de pensarlo.

No le quiero, es así de simple. Y no hay nada que pueda hacer para remediarlo. Esto se lo he dejado bien claro a mis padres, pero no importa cuánto llore y les suplique, ellos siempre pasan de mi opinión. Lo único que les importó fue entregarme al príncipe Fausto en cuanto él demostró un mínimo interés por mí. Y todo para poder firmar una nueva alianza con su reino que incluya el perdón de la deuda que mi padre contrajo con los países de occidente.

Pues hecho está, otra vez se han salido con la suya. ¡Y a mí que me parta un rayo!

Bufo cruzándome de brazos y miro hacia la cabecera de la mesa donde está mi esposo. Pongo los ojos en blanco al ver que está borracho como una cuba. No hace una semana que le conocí y ya le desprecio. No es que sea feo, aunque tampoco es guapo. ¡Es que es un tío de lo más irritante! Le observo mientras se pavonea frente a los invitados, animando a todo el mundo a seguir bebiendo mientras me guiña el ojo y levanta su copa para brindar conmigo. Después de un momento incómodo en que todos me miran expectantes, fuerzo una sonrisa y levanto la copa que no he tocado en toda la noche. Con un suspiro de fastidio hago el gesto de brindar con él, después de todo no puedo pasarme la vida ignorándole.

Es el destino de una princesa, suspiro con resignación. No soy más que la prenda de intercambio para que mi padre pueda aumentar su influencia y poder sobre la región.

Después de beberse la copa de vino mi esposo tiende su mano hacia mí indicándome que me quiere a su lado. ¡Uff, qué pesado! Me pongo en pie y tratando de no perder el equilibrio sobre estos tacones de vértigo camino hacia él. En cuanto me acerco alarga la mano y tira de mi brazo con rudeza haciéndome inclinar a su lado. Puedo oler su aliento alcohólico cuando tras

guiñarme un ojo farfulla en mi oído.

—Prepárate porque ahora viene lo mejor.

Hago una mueca porque se me revuelve el estómago solo de pensar en compartir su lecho. Él me da un beso en la mejilla dejándome sus babas inmundas y luego se gira hacia los invitados para hacer sonar la campanilla que está junto a su plato.

—¡Atención! —anuncia con su voz de borracho, y de inmediato las conversaciones se interrumpen y todas las cabezas se vuelven hacia nosotros. Madre mía, odio ser el centro de atención. ¡Trágame tierra!

—Os agradezco vuestra asistencia —exclama mirando a todos y cogiéndome de la mano apretándomela demasiado fuerte. Su mano está fría, húmeda y pringosa. Me da mucho repeluz porque tengo la sensación de estar tocando un pescado. Intento soltarme pero él me fulmina de reojo antes de continuar—. Como comprenderéis, mi flamante esposa ha tenido un día muy largo y ha insistido en que nos retiremos a nuestros aposentos.

¿Que yo le he insistido? ¡Eso es mentira! Abochornada veo cómo le guiña el ojo a sus hermanos y amigos con complicidad. Me muerdo la lengua para no pegar cuatro gritos y marcharme de aquí sin dar explicaciones. ¡Si tan solo pudiera decir lo que pienso de él! Pero como no puedo, opto por apretarle la mano con furia y él se aparta de mí con sorpresa frotándose la mano magullada con una ridícula mueca de dolor.

Gimo interiormente porque jamás imaginé que mi destino sería acabar como la esposa de un hombre tan débil y despreciable. ¡Se suponía que mi boda sería con mi primo Zadir! O al menos eso es lo que creí hasta hace unos meses atrás. Cuando era una niña creí haberme enamorado de él, y según creíamos comencé a ilusionarme con nuestra boda. Cada noche antes de dormirme repasaba obsesivamente la larguísima lista de invitados y planeaba cada detalle de la ceremonia desde el instante en que entraba en la mezquita hasta el momento tan romántico en que nos escabullíamos en secreto de la fiesta para marcharnos a su palacio donde pasaríamos el resto de nuestras vidas felices y comiendo perdices.

Pero mi primo no estaba pensando exactamente lo mismo que yo. La propia realidad se encargó de quitarme la venda de los ojos. No negaré que sufrí y mucho, pero ahora que Zadir está felizmente casado con la princesa Luana, que es una monada de chica, estoy feliz por ambos.

Desgraciadamente para mí, Zadir ha dejado el listón demasiado alto. A diferencia de mis hermanas, desprecio los matrimonios arreglados y me he

acostumbrado a admirar a un tipo de hombre aguerrido, masculino y protector. No quiero hacer de esposa de un hombre por el que no siento absolutamente nada, sino que quiero un esposo al que pueda amar. ¿Es eso pedir demasiado?

Al parecer sí lo es.

Suspiro amargamente porque el príncipe Fausto, por más dinero e influencia que posea, es todo lo opuesto al gran jeque Zadir.

Cuando quedamos a solas, el príncipe me mira entrecerrando los ojos.

—Así que quieres jugar, ¿eh? —sisea tratando de acorralarme contra la pared.

Cuando intenta besarme, rápidamente me escabullo haciendo una mueca de asco. Él logra cogerme del brazo y riendo mientras se tambalea por los pasillos, me arrastra hacia el sitio donde pasaremos la maldita noche de bodas.

Menuda noche me espera...

Al llegar al dormitorio, lo primero que hace el príncipe es quitarse los zapatos pateándolos en el aire, luego aparta el dosel de un manotazo y se derrumba sobre la gran cama. Con mucho esfuerzo levanta la cabeza para mirarme y con una mano da palmadas sobre el colchón indicando que me siente a su lado.

—Venga, no seas tímida —me llama en un tono que intenta ser seductor pero que me causa una leve náusea—. Esta es la noche que vosotras las princesas tanto esperáis ¿a qué sí? Imagino que tendrás tantas ansias como yo de comenzar.

Le miro sin poder creérmelo. ¿De verdad piensa que le deseo? No parece estar bromeando. Aterrorizada miro a mi alrededor, es un ambiente grande y lujoso, pero gélido y sin encanto. No se escuchan ruidos de la fiesta, estamos demasiado lejos del salón. Nadie puede ayudarme, pienso y enseguida empiezo a temblar como una hoja.

Fausto vuelve a insistir. Tras tomar aire me fuerzo a caminar en dirección a la cama pero mis pies se clavan en el suelo, incapaces de seguir avanzando. Impaciente él se inclina hacia delante y me coge del brazo haciéndome sentar en el borde junto a él. Me aparto procurando no rozarle y él me mira con una sonrisa lasciva.

—¿Preparada?

Gruño un “sí” inaudible y al ver que él acerca su rostro al mío, cierro los ojos resignada a recibir el beso inevitable. Retorciéndome las manos me

fuerzo a pensar en otra cosa. Pasan unos cuantos segundos y el beso no llega. Curiosa abro un ojo, y al no verle junto a mí respiro con alivio. En ese momento alguien llama a la puerta y pego un bote sobre la cama al ver entrar a una mujer de uniforme blanco con un maletín de primeros auxilios.

—¡Enfermera, dése prisa! ¿No se da cuenta que no tenemos tiempo que perder?

La voz del príncipe llega desde un sillón ubicado en el otro extremo de la habitación. Me vuelvo hacia él para mirarle interrogante, pero me ignora y con un gesto de la mano le indica a la enfermera que se acerque a la cama. La mujer obedece de inmediato y se detiene frente a mí poniéndose unos guantes elásticos que parecen de cirujano. Boquiabierto alterno la mirada entre ambos.

—¿Qué narices está ocurriendo aquí? —pregunto confundida.

Miro a Fausto exigiendo una respuesta, pero él vuelve a apartar la vista de mí como si estuviera apestada.

La mujer me sonrío tímidamente.

—Lo siento, su alteza, pero debo examinarla para comprobar su pureza.

Espantada retrocedo en la cama y levanto la barbilla hacia el capullo de mi esposo.

—¡Estás chalado! —le acuso empezando a cabrearme de verdad.

Él intenta levantarse del sillón pero está tan borracho que no puede tenerse en pie y enseguida vuelve a caer pesadamente sobre el asiento.

Señalándome con un dedo farfulla.

—¡Tú obedece y calla la boca!

¡Uyyy, esto es el colmo! Si hay algo que no soporto es que me hagan callar. La sangre me hierve con indignación y me quito un zapato con la intención de arrojárselo a la cabeza y clavarle el tacón en la frente, pero pronto recuerdo que Fausto le ha perdonado la deuda a mi padre a cambio del arreglo nupcial, y que si no fuera por ello, mi familia estaría en la ruina.

Cierro los ojos y respiro intentando calmarme. Sé que me sentiré culpable si lo fastidio todo por una de mis explosiones de ira.

Debes soportarlo durante una noche, me digo. Una noche y luego será todo más fácil.

La enfermera me pide que me tumbe boca arriba sobre las almohadas y me quite la ropa interior. La miro mortificada estirando la falda de mi vestido de novia.

—No me quitaré las braguitas delante de él —repongo indicando a Fausto,

que gruñe y se remueve incómodo en su sitio.

Nerviosa, la enfermera mira de reojo al príncipe antes de decirme.

—Princesa, su majestad ahora es su esposo, no tiene por que tener pudor.

—¡Pero esto no estaba en el contrato! —protesto fulminando con la mirada a Fausto, que se limita a sonreír socarronamente y a negar con la cabeza.

—Deberías haber prestado más atención a la letra pequeña. ¡Por supuesto que este punto figura en el contrato! Yo mismo he pedido a mis abogados que lo incluyan. Tengo derecho a hacer un examen completo para comprobar que estés entera —hace una pausa para mirarme de arriba abajo y un escalofrío me corre por la espalda—. Yo decido cuándo y dónde, es parte del arreglo. Si tienes dudas puedo hacer que traigan el documento para revisarlo juntos.

Uff, su tono irónico me enferma, pero hundo los hombros y gimo interiormente al darme cuenta que tiene razón. En el contrato dice claramente que debo ser virgen y que el esposo tiene derecho a inspeccionar a su esposa. ¡Aunque nunca pensé que el príncipe necesitaría ayuda para un acto tan íntimo!

La voz destemplada de Fausto me saca de mis pensamientos.

—¡Proceda, enfermera!

La mujer me mira con ojos suplicantes, como diciendo “lo siento, solo cumplo con mi trabajo”.

—No tomará más que un minuto, princesa, se lo prometo.

Deseando que esta pesadilla termine cuanto antes, obedezco. Me tumbo en la cama y bufo al subirme el ruedo del vestido y quitarme las braguitas.

—Por favor abra las piernas.

Dios mío, pienso mortificada, ¡toda mi vida reservando mi virtud y acabo abriendo las piernas en una situación tan ridícula!

El bochorno que siento es tan grande que me arden hasta las orejas. De a poco desvelo mi zona íntima y cierro los ojos con fuerza al sentir que un dedo frío se introduce en mi vagina y empieza a hurgar. De los nervios me muerdo la lengua y hago un esfuerzo sobrehumano para no chillar. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Si pudiera elegir estaría a miles de kilómetros de aquí!

Cuando la enfermera acaba su inspección y se retira, me vuelvo a sentar cubriéndome con el edredón porque puedo sentir sobre mi cuerpo los ojos lascivos de mi esposo. La enfermera se aclara la voz y mira primero a Fausto, después a mí y otra vez al príncipe, retorciendo las manos y parpadeando. Se la ve muy nerviosa.

Fausto se acerca trastabillando.

—¿Y?—balbucea con ansiedad—. ¿Está todo en orden? ¿Ya puedo...?

La enfermera baja la mirada al suelo sin decir ni media palabra. Me remuevo nerviosa en la cama al ver lo turbada que está esta mujer. ¿Qué narices ocurre aquí?

Mi esposo insiste.

—Es pura, ¿verdad?

Lentamente la enfermera niega con la cabeza.

—Lo siento, su alteza. La muchacha no está intacta.

Me enderezo al oír aquello. ¿Que no estoy intacta? ¿Qué cojones significa eso? ¡Si yo jamás me he acostado con nadie!

El príncipe me mira con los ojos como platos, como si de golpe se le hubiera pasado la borrachera.

—¡No puede ser! —masculla pasándose una mano por la frente con desesperación. Luego se vuelve para fulminar con los ojos a la enfermera, como si ella fuera la culpable de todo—. Igual cometió un error.

Por supuesto que es un estúpido error, me digo asustada, pero no digo ni pío porque el príncipe se levanta de su sillón y viene hacia nosotras con gesto amenazante.

—¡Exijo que repita la prueba! —grita a la enfermera que retrocede temblando como una hoja—. ¡Deprisa!

—¡No! —protesto yo—. Ya he tenido suficiente con una vez. No quiero que vuelva a meterme los dedos allí...

Él me corta con un gesto airado.

—¡Tú ve rezando para que haya sido un error! Si mi noche de boda se arruina, será por tu culpa —sisea con desprecio.

Respiro contando hasta diez para no levantarme y pegarle una bofetada que le vuelva la cara. Mientras tanto la enfermera se quita los guantes para reemplazarlos por un par nuevo. La miro con aprensión cuando se acerca a mí y cierro las piernas con fuerza advirtiéndole con la mirada que ni se le ocurra intentarlo. Al ver que me resisto el príncipe empieza a gritar como un desquiciado.

—¡Abre las malditas piernas!

Al ver que no le obedezco se acerca a la enfermera tratando de amedrentarla aún más.

—¡Más le vale que consiga que esta zorra abra las piernas!

Jadeo de indignación al oír su insulto y me vuelvo cabreada hacia Fausto. En ese momento la enfermera aprovecha para separar mis rodillas y vuelve a

meter su mano entre mis piernas. Abro los ojos como platos. ¡Madre mía, me ha pillado distraída! No tengo más remedio que estarme muy tiesa mientras la profesional me revisa. Tengo un cabreo que no veas y estoy que echo espuma por la boca. Es oficial, me digo, este es el día más humillante de mi vida. ¡Por favor que la tierra se abra y me trague para siempre!

Al acabar la segunda inspección me incorporo en la cama y al ver la expresión de la enfermera se me hiela la sangre. Fausto se acerca a la pobre mujer que traga saliva y tartamudea.

—Es... es muy estrecha, majestad. Y tiene todas las características de una doncella, pero...

El príncipe la mira con su cara transfigurada por la ira y el temor.

—¿Pero qué? ¡Venga ya, hable de una puñetera vez!

—Pero su himen está roto —anuncia por fin con voz desmayada—. Lo... lo siento, su alteza.

Mientras el príncipe le grita a la enfermera cuatro cosas aprovecho para saltar de la cama poniéndome en pie y estirando la falda de mi vestido, tan abochornada que ya ni siquiera les escucho discutir acerca de mi virginidad. Solamente pienso en salir de este maldito sitio cuanto antes.

Camino en puntillas hacia la puerta para escabullirme, pero antes de que pueda llegar a ella, el príncipe se vuelve hacia mí enfurecido.

—¡Tú, zorra! —grita señalándome con un dedo y me quedo inmóvil durante unos instantes con la mano sobre el pomo de la puerta—. Te quiero fuera de mi propiedad en cinco minutos. ¡Largo de aquí!

Con los ojos entrecerrados le hago un gesto obsceno y salgo dando un portazo. Según me alejo puedo oír sus gritos de indignación. Me encojo de hombros pensando que tendría que haberle mandado a la mierda hace rato.

A toda prisa dos guardias se acercan a mí y me conducen por los pasillos hacia una de las salidas de servicio, como si yo fuera una delincuente. Al pasar delante del salón puedo oír la música y el festejo que llega del otro lado de las pesadas puertas de caoba. Me quito los tacones y apuro el paso para evitar cruzarme con alguien. Voy arrastrando la cola del vestido blanco, tan aprisa que los guardias tienen que dar una carrerilla resoplando detrás de mí para alcanzarme. Es que me aterra la posibilidad de encontrarme con uno de los invitados justo en este momento. ¿Con qué cara les miraría?

La gran luna ilumina el jardín y durante varios minutos procuro permanecer escondida entre la arboleda mientras observo la puerta principal del palacio. Endezco mi espalda cuando veo aparecer a mis padres junto al



príncipe Fausto. Por la manera en que los tres mueven sus brazos, deben estar discutiendo acaloradamente. Jadeo de indignación al ver que de golpe el príncipe les cierra las puertas en las narices. Salgo de entre los árboles mientras un grupo de guardias escoltan a mis padres hasta la salida. Echo a correr hacia el aparcamiento donde nuestra limusina espera a mis padres. Visiblemente sorprendido, el chófer sale del coche y al verme en semejante estado de agitación abre los ojos como platos. Pero como lo dicta el protocolo, no hace comentarios y se limita a abrirme la puerta del coche.

Al ver llegar a mis padres el corazón se me estruja porque es como si hubieran envejecido diez años en apenas unos minutos. Me siento tan culpable... Mis ojos se llenan de lágrimas, pero enseguida me las limpio haciendo un esfuerzo para no llorar. Aprieto el pañuelo en un puño jurando para mis adentros que de alguna manera me vengaré de lo que ese malnacido nos ha hecho.

Mis padres entran en el coche y se sientan a mi lado en completo silencio. No me atrevo ni siquiera a moverme y durante varios segundos permanezco cabizbaja con la vista en mi regazo y las manos temblorosas. Tras coger aire me armo de valor para mirarles y veo que tanto mi madre como mi padre miran fijamente hacia delante con ojos vidriosos, como si yo no estuviera allí junto a ellos. Me muerdo la lengua para no llorar, pero las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

Viajamos en silencio durante toda la noche. Humillada y abatida, no imagino cómo será mi vida a partir de ahora.

Si es que después de esta noche volveré a tener una vida.

## Capítulo 2

# IBRIEL

Me paseo nervioso de un lado a otro de la tienda de campaña cuando la entrada se abre y aparece mi consejero.

—¿Qué ha dicho? —pregunto sin poder ocultar mi ansiedad.

El viejo Mujib hace una reverencia ante mí y sonrío.

—Le recibiré, alteza. Aunque debo decir que al rey no le hace ninguna gracia. De todas maneras él me ha asegurado que procurará que la princesa esté lista para partir cuanto antes.

Respiro aliviado. Puedo sentir mis músculos relajarse y me permito una ligera sonrisa.

—Perfecto —digo para mí.

Estoy listo para consumir mi venganza. Las estrellas finalmente se han alineado después de tantos años de injusticia y sufrimiento. La noticia del repudio de la hija de Saúl ha corrido como un reguero y una gran vergüenza ha recaído sobre su reino. Ahora que la fortuna me sonrío debo moverme rápido y sin misericordia.

No pienso dejar escapar la oportunidad. Nada ni nadie me quitará la satisfacción de ver a Saúl hundirse. Y esta vez espero que sea para siempre.

—La situación del rey es peor de lo que estimábamos —añade Mujib con una sonrisa de oreja a oreja.

Me dejo caer en mi sillón y apoyo la cabeza en el respaldo cruzando mis manos detrás de la nuca.

—Pues entonces el golpe que se llevará será más fuerte.

Mujib enciende su pipa con aire de sabio.

—Hemos tenido suerte, en otras circunstancias el rey nos hubiera puesto muchas más pegas para prometer a su hija. Ahora que todo el mundo la considera una apestada, vuestra majestad la tendrá a su merced para hacer con ella lo que le plazca.

Frunzo el ceño y miro por la ventana de la tienda el paisaje inusual, tan lejos de mi hogar en el desierto de Naan. Aprieto los puños al pensar que detrás de la montaña se encuentra el palacio del rey Saúl. Luego vuelvo mi mirada fría hacia mi consejero.

—Lo único que me place es destruir lo más rápido posible a su padre.

Mujib asiente.

—Comprendo, majestad.

Luego saca una carpeta de su bolsa de viaje.

—He preparado un dossier sobre los últimos cinco años de la princesa Nadia.

Hago un gesto con la mano sin darle importancia.

—Guárdalo, no hace falta.

Mi consejero alza una ceja.

—¿Seguro que no quiere al menos ver su imagen?

Resoplo con impaciencia.

—Te he dicho que no me interesa ni su vida personal ni su aspecto físico. ¡Nada puede distraerme de lo importante! Además, la recuerdo como una niña insufrible. Después de todo es la hija de ese desgraciado, y tú sabes, de tal palo tal astilla.

Mi consejero menea la cabeza mirándome con preocupación.

—Alteza, sabe que deseo esta venganza tanto como usted, pero necesitamos actuar con toda la frialdad del mundo. Por ello le ruego que domine su genio. Recuerde que la venganza es un plato que se come frío. Si la princesa llegara a sospechar que solamente la tomará como esposa para traer la ruina de su padre, nuestros planes podrían peligrar.

Frunzo el ceño meditando en sus palabras. Tiene razón, debo moderar el fuego de mi temperamento si quiero que esto funcione.

—Lo tendré presente, Mujib. Puedes marcharte ya.

Le observo salir y después de meditar en silencio durante un rato me pongo en pie y salgo de la tienda a mi vez. Miro a través de los binoculares y veo que mis hombres al otro lado del campamento ya están preparando los caballos y los todoterrenos para partir. Luego levanto la cabeza al cielo oscuro del atardecer y saludo a mi padre muerto.

Ya falta poco, padre. Te he prometido arruinar la vida de ese hombre y pronto se hará justicia.

Con un gesto decidido cojo el radio y doy la orden de partida. En pocos minutos el campamento se transforma en una caravana y volvemos a avanzar por el terreno escarpado.

Voy delante junto a mi gabinete y una escolta de soldados. Detrás vienen los vehículos especiales con víveres y refuerzos de toda clase. He previsto un viaje de regreso cómodo. Bueno, todo lo cómodo que puede ser una travesía por el desierto. Sobre todo para una princesa que no está acostumbrada a esos rigores. Me divierte someterla a un contraste tan fuerte entre su vida protegida y las costumbres de mi pueblo. Desquitarme con ella no calmará mi

sed de venganza, pero tampoco es un mal comienzo, pienso con una sonrisa maliciosa mientras veo ponerse el sol detrás de los picos montañosos.

La última vez que vi a la princesa ella era apenas una niña. Me pregunto si habrá crecido para convertirse en la versión femenina de su insoportable padre. Quizás se haya librado de su influencia. Pero conociendo a su padre yo no apostaría por ello.

Un extraño sonido interrumpe mis pensamientos. Son fanfarrias que suenan a lo lejos, traídas por el viento. La guardia real nos ha divisado y nos da la bienvenida. Me estremezco de anticipación. Volver a entrar en el reino del enemigo de mi padre es una victoria en sí misma. Sobre todo cuando el rey había jurado sobre su estirpe que ni mi padre ni ninguno de sus vástagos volvería a poner un pie en sus dominios.

Pues ya ves, Saúl, la vida da muchas vueltas...

Sonrío y luego me vuelvo dando un grito para animar a mis soldados. Ellos responden espoleando sus caballos.

Una hora después desmontamos frente a la entrada del castillo. Un puente levadizo desciende y un comité de bienvenida sale a recibirnos. Mis hombres permanecen tensos y se remueven inquietos en sus monturas. Sé que detrás de tanta pompa hay mucho recelo. Puedo ver a los francotiradores apostados en las torretas, listos para disparar si me atrevo a hacer un solo movimiento sospechoso. Pero no sería capaz de arruinar mi venganza haciendo algo tan obvio. Mi venganza no será consumada a través de las armas. Prefiero hacerlo de una manera sutil, pero mil veces más dolorosa.

Al entrar en los jardines levanto la cabeza y miro hacia la ventana del salón real. Estoy seguro de que el rey está observando desesperado mi entrada triunfal. Sonrío interiormente al imaginar la humillación que debe estar sintiendo al observarme desmontar y entrar en los salones de recepción. El hijo de su más grande enemigo ensuciando nuevamente los inmaculados pisos de mármol de Carrara con el polvo del desierto. Y esta vez para llevarse a su hija. ¡Quién lo habría dicho!

Mujib se queda atrás junto al resto del gabinete mientras el ministro de guerra me lleva directamente a los aposentos del rey. Por su gesto sé que no le gusta nada tener que quedarse aquí, pero prefiero tratar a solas con mi enemigo.

Según avanzamos por los diferentes salones puedo oler el mismo tufo a alcanfor y naftalina que recuerdo de la vez anterior, cuando yo era apenas un muchacho que llegaba por primera vez acompañando a mi padre para firmar

el tratado comercial que llevaría nuestro reino a la ruina. Hago una mueca imaginando que la princesa Nadia también debe oler como los muebles de su padre y el estómago se me revuelve del asco.

Un lacayo nos abre las puertas del salón donde el rey sentado en su trono me mira como si acabara de ver un fantasma. A su lado la reina jadea llevándose una mano al pecho al observar mis pintas. Divertido y orgulloso, levanto la barbilla sonriendo de lado y en dos zancadas estoy frente a ellos.

A ambos se les ve demacrados por el paso del tiempo y con un rictus de amargura en sus rostros. La sangre me hierve en las venas y se me agolpa en las sienes al recordar todo el mal que estas personas le han hecho a mi padre, y la desgracia que significan para mi reino. Les miro erguido en toda mi estatura sin hacer las reverencias formales. No creo que les moleste que me salte el protocolo a estas alturas. Al encontrar los ojos del rey le sostengo la mirada. Sus pupilas azules parecen un muro acerado. Es un hombre que sabe ocultar muy bien sus emociones, pero estoy seguro que solo tengo que pincharle un poco para hacer salir todo su resentimiento hacia mí.

—Ya ves, viejo amigo, de regreso en tu reino miserable, pero esta vez nos vemos las caras —digo y mi tono tan directo hace que se sobresalten—. Ya no soy aquel mocoso que agachaba la cabeza y se quedaba callado cuando dirigías tus comentarios sarcásticos a mi padre, ¿a que no?

Mi cuerpo se alza como una torre sobre Saúl, y a pesar de mi uniforme rahído por el uso y mi piel bronceada por el sol, el rey con todas sus galas parece un ser insignificante al lado de mi figura atlética y poderosa. No obstante ello, aún mantiene su dignidad y me observa con el mismo desprecio de siempre.

—No te equivoques, Ibriel, eres la misma alimaña de siempre. Solo que ahora tienes más poder que yo. Una alimaña con poder, eso no te hace mejor. Para mí siempre serás ese taimado príncipe del desierto bueno para nada.

Rechino mis dientes tratando de controlar mi furia. No puedo darme el lujo de demostrar debilidad. Reprimo mis ganas de retorcerle el cuello como a una gallina y cobrarle mi deuda aquí mismo. En cambio, me fuerzo a sonreír ampliamente.

—Comprendo que esto debe ser una tortura para ti, viejo zorro —digo cruzándome de brazos y mirándole con curiosidad antes de añadir—. Ahora que seré tu yerno sería más apropiado llamarte “padre”.

La reina gime y se cubre la boca al oír semejante afrenta hacia su esposo. Apuesto a que ningún huésped se ha atrevido a dirigirse a él de esta manera

en sus propios aposentos. Molesto por la reacción exagerada de su esposa, el rey la fulmina con una mirada pidiéndole en silencio que se recate. Luego vuelve sus ojos fríos hacia mí. El velo se ha rasgado y ahora sí puedo ver la ira centellear en sus pupilas. Como lo suponía, su odio continúa intacto y no ha menguado ni un ápice en todos estos años.

Mejor así, me digo.

Saúl se pone en pie temblando de furia.

—¡No tienes respeto por nadie! Siento en el alma tener que entregar a mi hija a un salvaje como tú, pero no me has dejado opción.

Le miro sin parpadear. El viejo está a punto de perder los papeles y prolongo el silencio entre nosotros de una forma incómoda. El viejo se desespera.

—¡Habla, maldita sea! —exclama enrojeciendo como si su cabeza fuera a estallar en cualquier momento.

Cuando por fin hablo, lo hago con toda la calma del mundo.

—No te preocupes, no te entretendré demasiado. Pero me temo que deberemos pasar al menos una noche bajo el mismo techo. Espero que no te importe que duerma tan cerca de ti.

Mi amplia sonrisa de dientes blancos le hace enfadar aún más y tuerce su rostro en una mueca de disgusto mirándome con desprecio.

—Ah, me olvidaba—añado—, también necesito un sitio al resguardo donde quepan mis caballos y donde mis hombres puedan reponer fuerzas.

Con un gesto malhumorado, el rey llama a uno de sus ministros y le ordena que disponga un sitio para mis hombres y mis animales.

—En cuanto a mi Nadia... —empieza el rey pero le interrumpo con descaro, dirigiéndome a ambos.

—Vuestra hija puede dormir conmigo para que se vaya acostumbrando a su futuro esposo, si estáis de acuerdo —suelto con intención de fastidiarles y Saúl se acerca a mí enfurecido, agitando un puño frente a mi cara al tiempo que a sus espaldas la reina chilla escandalizada. Yo vuelvo a elevarme en toda mi estatura hinchando el pecho y mirándole desafiante.

—¿Qué piensas hacer? —me inclino hacia él con los brazos en jarras—. ¿Golpear a tu yerno? ¡Venga, hazlo de una puta vez y arruina nuestro trato! No te imaginas cuánto estoy deseando entrar en guerra contigo... —le amenazo mirándole con el ceño fruncido.

El rey retrocede cautelosamente y se deja caer en su trono mascullando insultos entre dientes, sus ojos azules ardiendo como brasas.

Le miro con severidad.

—Tu hija está manchada y puedo hacer con ella lo que me dé la gana.

—¡Maldito seas tú y tu padre! —grita el rey a pleno pulmón mientras me señala con un dedo—. ¡Retírate, no quiero volver a verte!

Asiento con la cabeza lentamente y luego me vuelvo dándoles la espalda.

Al salir sigo al ministro de guerra que, intimidado por lo que acaba de suceder, me guía hacia el ala de huéspedes sin decir una palabra. Desde aquí aún puedo oír los gritos y lamentos de los reyes. Estupendo, pienso, todo está saliendo a pedir de boca.

Subimos las escaleras y enfilamos hacia la zona de dormitorios. Pero a poco de andar oigo voces femeninas y me detengo de pronto, girando mi cabeza en la dirección opuesta. Vuelvo sobre mis pasos siguiendo el sonido y llego hasta una puerta tras la cual se ve luz. La puerta está algo entornada y alargo mi mano hacia el pomo para terminar de abrirla. Al advertir lo que estoy haciendo, el ministro llega corriendo hasta mí suplicándome por favor que me retire de esa habitación. Cada vez más intrigado ladeo mi cabeza y enarco una ceja mirando al hombrecillo que de repente se ha puesto muy nervioso. Me encojo de hombros sin hacerle caso y le doy la espalda para volver mi atención a la misteriosa puerta. Entonces siento su mano sobre mi brazo y lentamente me vuelvo hacia él fulminándole con la mirada. Al ver mi cabreo el hombre me suelta de inmediato y carraspea nervioso.

—¡Por favor, Su Alteza, se lo pido por lo que más quiera! No puede entrar allí. Me comprometerá...

Le corto en mitad de la frase acercando mi rostro al suyo de forma amenazante.

—¿Quién eres tú para decirle a un jeque lo que puede o no hacer?

Le miro fijamente hasta que agacha la cabeza dándose cuenta de su estúpido error. Niego con la cabeza porque dirigirse a mí de esta manera en otras circunstancias podría haberle costado la vida. El ministro trata de disculparse hincándose de rodillas ante mí. Impaciente hago un ademán para que se aparte y me pego a la puerta abriéndola de a poco hasta que logro asomar la cabeza.

Vaya, es una especie de vestidor y en él hay dos muchachas de pie frente a un gran espejo ovalado que ocupa la mayor parte de la pared opuesta a mí. Al centrar mi atención en el reflejo veo que hay otra muchacha rubia sentada en un taburete con una expresión de fastidio. Está parcialmente oculta de mi vista por las otras dos que al parecer no paran de cotorrear entre sí. Aún así



puedo ver que tiene la tez blanca y los labios pintados de carmesí, y lleva un vestido corto de color rojo que corta el aliento. ¡Por Alá, si va casi desnuda!

Curioso busco sus ojos y advierto que me está observando a través del reflejo. El corazón se me sale al ver sus grandes ojos violetas que parpadean rápidamente al mirarme. Durante unos instantes que me parecen eternos permanecemos así, mirándonos como si no hubiera otra cosa que hacer en el mundo.

Pero el hechizo se rompe bruscamente cuando ella gira la cabeza hacia mí, haciendo que las otras muchachas también adviertan mi presencia.

Al verme comienzan a chillar como locas y me retiro maldiciendo por lo bajo. Enfilo el pasillo a toda prisa y el ministro corre tras de mí tratando de alcanzarme.

¿Era ella? ¡No puede ser cierto! Mis ojos deben estar engañándome. ¡Mierda, tengo que saberlo!

Me detengo en seco y me vuelvo hacia el ministro cogiéndole por las solapas de su chaqueta y lo alzo en vilo contra la pared. El pobre diablo empieza a suplicar por su vida. Con un gesto de impaciencia le indico que cierre la boca.

—¿Es ella? —le pregunto sin lograr disimular mi tono de ansiedad.

En su rostro puedo ver que comprende mi pregunta. Solo cuando le veo asentir varias veces con la cabeza le suelto y me vuelvo confundido, pasándome la mano por el cabello.

¡Mierda, mierda, mierda!

Definitivamente no es lo que esperaba.

Mientras el ministro me muestra la suite donde me alojaré sigo dándole vueltas a mi cabeza. Debo tener cuidado con esa muchacha. Esto podría poner mis planes patas arriba. Cuando al fin me quedo a solas, salgo al balcón y respiro profundamente. El sol se ha puesto detrás de las murallas y la noche no tardará en caer. Voy al cuarto de baño y abro el grifo para llenar la bañera. Después me dejo caer sobre el borde de la cama con la vista perdida en el vacío.

Recuerda las palabras de Mujib, me digo. Debes controlar tu impetuosidad o lo arruinarás todo.

Pero por más que lo intente con todas mis fuerzas, no puedo alejar de mi mente la imagen de la princesa Nadia.

Copyright © 2017 Brenna Day

Todos los derechos reservados. Este libro es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares y circunstancias son producto de la imaginación del autor o están utilizados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos es una coincidencia.

Está terminantemente prohibido reproducir cualquier parte de este libro a través de cualquier medio o forma, electrónica o mecánica, sin el permiso expreso del autor, exceptuando breves citas con fines promocionales o en reseñas literarias.